

Volumen 16

Poesía I

Ismaelillo –Versos sencillos – Versos libres – Flores del destierro – Versos de amor – Cartas rimadas

	Pág.
ISMAELILLO	
Príncipe enano	19
Sueño despierto	22
Brazos fragantes	23
Mi caballero	25
Musa traviesa	26
Mi reyecillo	33
Penachos vividos	35
Hijo del alma	37
Amor errante	39
Sobre mi hombro	42
Tábanos fieros	43
Tórtola blanca	49
Valle lozano	51
Mi dispensero.	52
Rosilla nueva	53
VERSOS SENCILLOS	
I. Yo soy un hombre sincero	63
II. Yo sé de Egipto y Nigricia	66
III. Odio la máscara. y vicio	67
IV. Yo visitaré anhelante	70
V. Si ves un monte de espumas	72
VI. Si quieren que de este mundo	73
VII. Para Aragón en España	74
VIII. Yo tengo un amigo muerto	76
IX. Quiero a la sombra de un ala	78
X. El alma trémula y sola	80
XI. Yo tengo un paje muy fiel	83
XII. En el bote iba remando	85
XIII. Por donde abunda la malva	86
XIV. Yo no puedo olvidar nunca	87
XV. Vino el médico amarillo	88
XVI. En el alféizar calado	89

XVII. Es rubia: el cabello suelto	90
XVIII. El alfiler de Eva loca	92
XIX. Por tus ojos encendidos	93
XX. Mi amor del aire se azora	94
XXI. Ayer la vi en el salón	95
XXII. Estoy en el baile extraño	97
XXIII. Yo quiero salir del mundo	98
XXIV. Sé de un pintor atrevido	99
XXV. Yo pienso, cuando me alegro	100
XXVI. Yo que vivo, aunque me he muerto	101
XXVII. El enemigo brutal	102
XXVIII. Por la tumba del cortijo	104
XXIX. La imagen del rey, por ley	105
XXX. El rayo surca, sangriento	106
XXXI. Para modelo de un dios	108
XXXII. En el negro callejón	109
XXXIII. De mi desdicha espantosa	110
XXXIV. ¡Penas! ¿quién osa decir?	112
XXXV. ¡Qué importa que tu puñal	113
XXXVI. Ya sé: de carne se puede	114
XXXVII. Aquí está pecho, mujer	115
XXXVIII. ¿De tirano? Del tirano	116
XXXIX. Cultivo una rosa blanca	117
XL. Pinta mi amigo el pintor	118
XLI. Cuando me vino el honor	119
XLII. En el extraño bazar	120
XLIII. Mucho, señora, daría	121
XLIV. Tiene el leopardo un abrigo	122
XLV. Sueño con claustros de mármol	123
XLVI. Vierte, corazón, tu pena	125

VERSOS LIBRES

Mis versos	131
Académica	133
“Pollice verso”	135
A mi alma	139
Al buen Pedro	140
Hierro	141
Canto de Otoño	145
El padre suizo	149
Flores del cielo	151
Copa ciclópea	153
Pomona	155

Media noche	157
Homagno	159
Yugo y estrella	161
Isla famosa	163
Sed de belleza	165
¡Oh. Margarita!	167
Águila blanca	168
Amor de ciudad grande	170
He vivido: me he muerto	173
Estrofa nueva	175
Mujeres	178
Astro puro	181
Crin hirsuta	183
A los espacios	184
Pórtico	186
Mantilla andaluza	188
Poeta	189
Odio el mar	191
Noche de Mayo	194
Banquete de tiranos	196
Copa con alas	198
Árbol de mi alma	200
Luz de luna	201
Flor de hielo	204
Con letras de astros	208
Ali- Versos van revueltos	209
Poética	211
La poesía es sagrada	212
Cuentan que antaño	214
Canto religioso	216
¡No, música tenaz!	218
En torno al mármol rojo	220
Yo sacaré lo que en el pecho tengo	222
Mi Poesía	226
Apunte índice	230

FLORES DEL DESTIERRO

Contra el versó retórico	239
Vino de Chianti	241
Árabe	243
La noche es la propicia	245
Cual de incensario roto	247
Antes de trabajar	250

Dos patrias	252
Domingo triste	253
Al extranjero	255
¡Hala, hala!	256
Fuera del mundo	258
¡Dios las maldiga!	259
¡Oh nave!	261
Abordo	262
¡Bien vengas, mar!	263
Me han dicho, buen Florencio	264
A un clasicista que habló de suicidarse	265
Tálamo y cuna	267
En un campo florido	268
Tonos de orquesta	269
Envilece, devora	270
Dentro de mí	271
En los tiempos	272
Sólo el afán	273
Hurgue un huésped	275
¡Vivir en sí, qué espanto!	276
Patria en las flores	278
A la palabra	279
Señor en vano intento	281
Señor, aún no ha caído	282
A Eloy Escobar	283
A un joven muerto	287
Cruje la tierra, rueda hecha pedazos	288
Marzo	290
Abril	293
Era Sol	294
Hervor de espíritu	295
Tienes el don	297
Yo puedo hacer	298
Quieren , ¡oh mi dolor!	299
Bien: yo respeto	300
De mis tristes estudios	301
Siempre que hundo la mente	302
Obra y amor	303
Pues a vivir venimos	304
La madre está sentada	305
Como fiera enjaulada	307
Monte abajo	308

Dormida	311
Es verdad	315
Una virgen espléndida	317
Noche de baile	319
Y te busqué	321
La copa envenenada	322
Baile	324
Baile agitado	326
Guantes azules	329
Sé, mujer. para mí	331
En un dulce estupor	332
Vino el amor mental	333
Allí despacio	334
¿Cómo me has de querer?	336
Todo soy canas ya	337
Yo ni de dioses	340

CARTAS RIMADAS

A Adelaida Baralt	347
A Adelaida Baralt	348
A Enrique Estrázulas	349
A Néstor Ponce de León	354
.4 Juan Bonilla	359
A Juan Bonilla	361
A Serafín Sánchez	362

JOSE MARTI

Obras Completas

16

Poesía



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

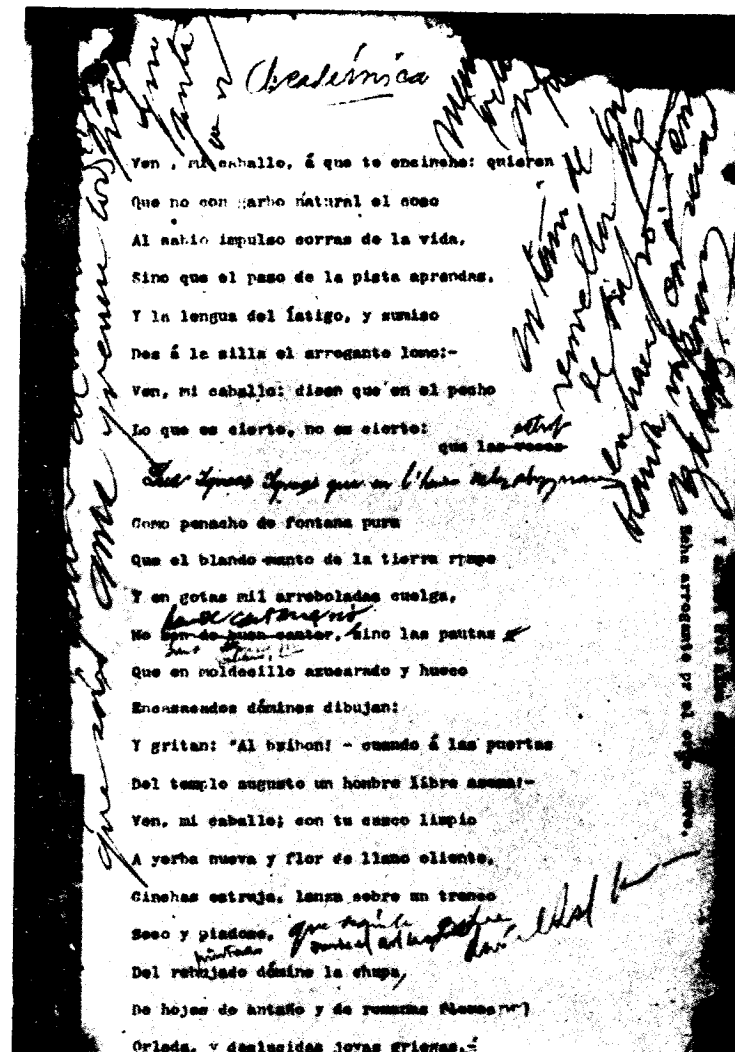
Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión

© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0071-9
959-06-0044-1

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.



FACSIMILE DEL POEMA "ACADÉMICA", QUE SE HALLA EN LA PÁGINA 133

P O E S I A

I

I S M A E L I L L O

VERSOS SENCILLOS

VERSOS LIBRES

FLORES DEL DESTIERRO

VERSOS DE AMOR

CARTAS RIMADAS

NOTA PRELIMINAR

En su carta testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui,¹ Martí le recomendó al referirse a su producción literaria y, en particular, a sus poesías:

“Y de versos podría hacer otro volumen: Ismaelillo, Versos Sencillos y lo más cuidado o significativo de unos Versos Libres... No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.”

Y agregó en otra parte de esa misma carta:

“Versos míos, no publique ninguno antes de Ismaelillo: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.”

Fiel a la voluntad del maestro, el discípulo predilecto publicó en el volumen XI de sus Obras de Martí, que constituyeron la primera edición de gran parte de la obra del inmortal cubano, Ismaelillo, Versos Sencillos y parte de los Versos Libres. Y en el volumen XII reprodujo otras composiciones poéticas del Apóstol de nuestra independencia.

En el presente primer volumen de las poesías se mantiene ese mismo orden, sobre todo porque Ismaelillo y Versos Sencillos son las únicas producciones poéticas completas que publicó el mismo Martí. En los Versos Libres se han incluido numerosas composiciones que no figuraron en la recopilación de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, descifradas en gran parte a pesar de la frecuencia con que en los manuscritos se encuentran letras y

¹ Véase CUBA, *Política y Revolución*, tomo 1, págs. 25-28.

palabras de escritura ininteligible o de tinta desvaída, como ya señaló Quesada y Aróstegui. Las composiciones incluidas se han intercalado en los lugares correspondientes, de acuerdo con un apunte índice del propio Martí.² Siguen luego Flores del destierro, Versos de amor y Cartas rimadas.

En el segundo volumen se incluyen Versos varios, Versos en “La Edad de Oro”, Versos de circunstancias, Otras poesías, Fragmentos y poemas en elaboración, y Traducciones.

Algunas de las poesías de Martí que se publican en los grupos indicados, se han tomado de sus cuadernos de apuntes. No obstante, para no destruir el carácter y la estructura de éstos, esas poesías aparecerán también en el tomo en que se publiquen los cuadernos.

ISMAELILLO

² Véase el apunte índice de los *Versos Libres*, en la pág. 230 de este tomo.

JOSÉ MARTÍ

ISMAELILLO



Nueva York

IMPRENTA DE THOMPSON Y MOREAU

51 Y 53 MAIDEN LANE

MDCCCLXXXII

*Se reproduce aquí ISMAELILLO con la
portada y las viñetas de la edición original.*

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en ti.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

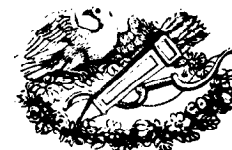
*Príncipe enano*

PARA un príncipe enano
 Se hace esta fiesta.
 Tiene guedejas rubias,
 Blandas guedejas;
 Por sobre el hombro blanco
 Luengas le cuelgan.
 Sus dos ojos parecen
 Estrellas negras:
 ¡Vuelan, brillan, palpitan,
 Relampaguean!
 El para mí es corona,
 Almohada, espuela.
 Mi mano, que así embrida
 Potros y hienas,
 Va, mansa y obediente,
 Donde él la lleva.
 Si el ceño frunce, temo;
 Si el ceño frunce, temo;

Si se me queja,—
 Cual de mujer, mi rostro
 Nieve se trueca:
 Su sangre, pues, anima
 Mis flacas venas:
 ¡Con su gozo mi sangre
 Se hincha, o se seca!
 Para un príncipe enano
 Se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
 Por esta senda!
 ¡Entrese mi tirano
 Por esta cueva!
 Tal es, cuando a mis ojos
 Su imagen llega,
 Cual si en lóbrego antro
 Pálida estrella,
 Con fulgor de ópalo
 Todo vistiera.
 A su paso la sombra
 Matices muestra,
 Como al sol que las hiere
 Las nubes negras.
 ¡Heme ya, puesto en armas,
 En la pelea!
 Quiere el príncipe enano
 Que a luchar vuelva:
 ¡El para mí es corona,
 Almohada, espuela!
 Y como el sol, quebrando
 Las nubes negras,
 En banda de colores
 La sombra trueca,—

El, al tocarla, borda
 En la onda espesa,
 Mi banda de batalla
 Roja y violeta.
 ¿Conque mi dueño quiere
 Que a vivir vuelva?
 ¡Venga mi caballero
 Por esta senda!
 ¡Entrese mi tirano
 Por esta cueva!
 ¡Déjeme que la vida
 A él, a él ofrezca!
 Para un príncipe enano
 Se hace esta fiesta.





Sueño despierto

Y O sueño con los ojos
Abiertos, y de día
Y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas
Del ancho mar revuelto,
Y por entre las crespas
Arenas del desierto,
Y del león pujante,
Monarca de mi pecho,
Montado alegremente
Sobre el sumiso cuello,—
¡Un niño que me llama
Flotando siempre veo!



Brazos fragantes

SÉ de brazos robustos,
Blandos, fragantes;
Y sé que cuando envuelven
El cuello frágil,
Mi cuerpo, como rosa
Besada, se abre,
Y en su propio perfume
Lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
Las sienas laten;
Mueven las rojas plumas
Internas aves;
Sobre la piel, curtida
De humanos aires,
Mariposas inquietas
Sus alas batan;
¡Savia de rosa enciende
Las muertas carnes!—

¡Y yo doy los redondos
 Brazos fragantes,
 Por dos brazos menudos
 Que halarme saben,
 Y a mi pálido cuello
 Recios colgarse,
 Y de místicos lirios
 Collar labrarme!
 ¡Lejos de mí por siempre,
 Brazos fragantes!



Mi caballero

POR las mañanas
 Mi pequeñuelo
 Me despertaba
 Con un gran beso.
 Puesto a horcajadas
 Sobre mi pecho,
 Bridas forjaba
 Con mis cabellos.
 Ebrio él de gozo,
 De gozo yo ebrió,
 Me espoleaba
 Mi caballero:
 ¡Qué suave espuela
 Sus dos pies frescos!
 ¡Cómo reía
 Mi jinetuelo!
 Y yo besaba
 Sus pies pequeños,
 ¡Dos pies que caben
 En solo un beso!

*Musa traviesa*

MI musa? Es un diablillo
Con alas de ángel.
¡Ah, musilla traviesa,
Qué vuelo trae!

Yo suelo, caballero
En sueños graves,
Cabalgar horas luengas
Sobre los aires.
Me entro en nubes rosadas,
Bajo a hondos mares,
Y en los senos eternos
Hago viajes.
Allí asisto a la inmensa
Boda inefable,
Y en los talleres huelgo
De la luz madre:

Y con ella es la oscura
Vida, radiante,
¡Y a mis ojos los antros
Son nidos de ángeles!
Al viajero del cielo
¿Qué el mundo frágil?
Pues ¿no saben los hombres
Qué encargo traen?
¡Rasgarse el bravo pecho,
Vaciar su sangre,
Y andar, andar heridos
Muy largo valle,
Roto el cuerpo en harapos,
Los pies en carne,
Hasta dar sonriendo
—¡No en tierra!—exánimes!
Y entonces sus talleres
La luz les abre,
Y ven lo que yo veo:
¿Qué el mundo frágil?
Seres hay de montaña,
Seres de valle,
Y seres de pantanos
Y lodazales.

De mis sueños desciendo,
Volando vanse,
Y en papel amarillo
Cuento el viaje.
Contándolo, me inunda
Un gozo grave:—
Y cual si el monte alegre,
Queriendo holgarse
Al alba enamorando

Con voces ágiles,
 Sus hilillos sonoros
 Desanudase,
 Y salpicando riscos,
 Labrando esmaltes,
 Refrescando sedientas
 Cálidas cauces,
 Echáralos risueños
 Por falda y valle,—
 Así, al alba del alma
 Regocijándose,
 Mi espíritu encendido
 Me echa a raudales
 Por las mejillas secas
 Lágrimas suaves.
 Me siento, cual si en magno
 Templo oficiase;
 Cual si mi alma por mirra
 Virtiese al aire;
 Cual si en mi hombro surgieran
 Fuerzas de Atlante;
 Cual si el sol en mi seno
 La luz fraguase:—
 ¡Y estallo, hiervo, vibro!
 Alas me nacen!

Suavemente la puerta
 Del cuarto se abre,
 Y éntanse a él gozosos
 Luz, risas, aire.
 Al par da el sol en mi alma
 Y en los cristales:
 ¡Por la puerta se ha entrado
 Mi diablo ángel!

¿Qué fue de aquellos sueños,
 De mi viaje,
 Del papel amarillo,
 Del llanto suave?
 Cual si de mariposas
 Tras gran combate
 Volaran alas de oro
 Por tierra y aire,
 Así vuelan las hojas
 Do cuento el trance.
 Hala acá el travesuelo
 Mi paño árabe;
 Allá monta en el lomo
 De un incunable;
 Un carcax con mis plumas
 Fabrica y átase;
 Un sílex persiguiendo
 Vuelca un estante,
 Y ¡allá ruedan por tierra
 Versillos frágiles,
 Brumosos pensadores,
 Lópeos galanes!
 De águilas diminutas
 Puéblase el aire:
 ¡Son las ideas, que ascienden,
 Rotas sus cárceles!

Del muro arranca, y ciñese,
 Indio plumaje:
 Aquella que me dieron
 De oro brillante,
 Pluma, a marcar nacida
 Frentes infames,
 De su caja de seda

Saca, y la blande:
 Del sol a los requiebros
 Brilla el plumaje,
 Que baña en áureas tintas
 Su audaz semblante.
 De ambos lados el rubio
 Cabello al aire,
 A mí súbito viénese
 A que lo abrace.
 De beso en beso escala
 Mi mesa frágil;
 ¡Oh, Jacob, mariposa,
 Ismaelillo, árabe!
 ¿Qué ha de haber que me gusta
 Como mirarle
 De entre polvo de libros
 Surgir radiante,
 Y, en vez de acero, verle
 De pluma armarse,
 Y buscar en mis brazos
 Tregua al combate?
 Venga, venga, Ismaelillo:
 La mesa asalte,
 Y por los anchos pliegues
 Del paño árabe
 En rota vergonzosa
 Mis libros lance,
 Y siéntese magnífico
 Sobre el desastre,
 Y muéstreme riendo,
 Roto el encaje—
 —¡Qué encaje no se rompe
 En el combate!—
 ¡Su cuello, en que la risa

Gruesa onda hace!
 Venga, y por cauce nuevo
 Mi vida lance,
 Y a mis manos la vieja
 Péñola arranque,
 ¡Y del vaso manchado
 La tinta vacie!
 ¡Vaso puro de nácar:
 Dame a que harte
 Esta sed de pureza:
 Los labios cánsame!
 ¿Son éstas que lo envuelven
 Carnes, o nácares?
 La risa, como en taza
 De ónice árabe,
 En su incólume seno
 Bulle triunfante:
 ¡Hete aquí, hueso pálido,
 Vivo y durable!
 ¡Hijo soy de mi hijo!
 ¡El me rehace!

¡Pudiera yo, hijo mío,
 Quebrando el arte
 Universal, muriendo
 Mis años dándote,
 Envejecerte súbito,
 La vida ahorrarte!—
 Mas no: ¡que no verías
 En horas graves
 Entrar el sol al alma
 Y a los cristales!
 Hierva en tu seno puro
 Risa sonante:

Rueden pliegues abajo
 Libros exangües:
 Sube, Jacob alegre,
 La escala suave:
 Ven, y de beso en beso
 Mi mesa asaltes:—
 ¡Pues ésa es mi musilla,
 Mi diablo ángel!
 ¡Ah, musilla traviesa,
 Qué vuelo trae!



Mi reyecillo

LOS persas tienen
 Un rey sombrío;
 Los hunos foscos
 Un rey altivo;
 Un rey ameno
 Tienen los iberos;
 Rey tiene el hombre,
 Rey amarillo:
 ¡Mal van los hombres
 Con su dominio!
 Mas yo vasallo
 De otro rey vivo,—
 Un rey desnudo,
 Blanco y rollizo:
 Su cetro—¡un beso!
 Mi premio—¡un mimo!
 ¡Oh! cual los áureos
 Reyes divinos
 De tierras muertas,
 De pueblos idos
 —¡Cuando te vayas,
 Llévame, hijo!—

Toca en mi frente
 Tu cetro omnímodo;
 Ungeme siervo,
 Siervo sumiso:
 ¡No he de cansarme
 De verme ungido!
 ¡Lealtad te juro,
 Mi reyecillo!
 Sea mi espalda
 Pavés de mi hijo;
 Pasa en mis hombros
 El mar sombrío:
 Muera al ponerte
 En tierra vivo:—
 Mas si amar piensas
 El amarillo
 Rey de los hombres,
 ¡Muere conmigo!
 ¿Vivir impuro?
 ¡No vivas, hijo!



Penachos vividos

COMO taza en que hierve
 De transparente vino
 En doradas burbujas
 El generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
 Del cauce nuevo henchido
 Rebosa, y por las playas
 Bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
 De bellos potros vivos
 Que en la mañana clara
 Muestran su regocijo,
 Ora en carreras locas,
 O en sonoros relinchos,
 O sacudiendo el aire
 El crinaje magnífico;—

Así mis pensamientos
 Rebosan en mí vívidos,
 Y en crespas espumas de oro
 Besan tus pies sumisos,
 O en fúlgidos penachos
 De varios tintes ricos,
 Se mecen y se inclinan
 Cuando tú pasas—¡hijo!



Hijo del alma

Tú flotas sobre todo,
 Hijo del alma!
 De la revuelta noche
 Las oleadas,
 En mi seno desnudo
 Déjante el alba;
 Y del día la espuma
 Turbia y amarga,
 De la noche revuelta
 Te echa en las aguas.
 Guardiancillo magnánimo,
 La no cerrada
 Puerta de mi hondo espíritu
 Amante guardas;
 Y si en la sombra ocultas
 Búscanme avaras,
 De mi calma celosas,
 Mis penas varias,—
 En el umbral oscuro
 Fiero te alzas,
 ¡Y les cierran el paso
 Tus alas blancas!
 Ondas de luz y flores

Trae la mañana,
 Y tú en las luminosas
 Ondas cabalgas.
 No es, no, la luz del día
 La que me llama,
 Sino tus manecitas
 En mi almohada.
 Me hablan de que estás lejos:
 ¡Locuras me hablan!
 Ellos tienen tu sombra;
 ¡Yo tengo tu alma!
 Esas son cosas nuevas,
 Mías y extrañas.
 Yo sé que tus dos ojos
 Allá en lejanas
 Tierras relampaguean,—
 Y en las doradas
 Olas de aire que baten
 Mi frente pálida,
 Pudiera con mi mano,
 Cual si haz segara
 De estrellas, segar haces
 De tus miradas:
 ¡Tú flotas sobre todo,
 Hijo del alma!



Amor errante

HIJO, en tu busca
 Cruzo los mares:
 Las olas buenas
 A ti me traen:
 Los aires frescos
 Limpian mis carnes
 De los gusanos
 De las ciudades;
 Pero voy triste
 Porque en los mares
 Por nadie puedo
 Verter mi sangre.
 ¿Qué a mí las ondas
 Mansas e iguales?
 ¿Qué a mí las nubes,
 Joyas volantes?
 ¿Qué a mí los blandos
 Juegos del aire?

¿Qué la iracunda
 Voz de huracanes?
 A éstos—¡la frente
 Hecha a domarles!
 ¡A los lascivos
 Besos fugaces
 De las menudas
 Brisas amables,—
 Mis dos mejillas
 Secas y exangües,
 De un beso inmenso
 Siempre voraces!
 Y ¿a quién, el blanco
 Pálido ángel
 Que aquí en mi pecho
 Las alas abre
 Y a los cansados
 Que de él se amparen
 Y en él se nutran
 Busca anhelante?
 ¿A quién envuelve
 Con sus suaves
 Alas nubosas
 Mi amor errante?
 ¡Libres de esclavos
 Cielos y mares,
 Por nadie puedo
 Verter mi sangre!

Y llora el blanco
 Pálido ángel:
 ¡Celos del cielo
 Llorar le hacen,
 Que a todos cubre

Con sus celajes!
 Las alas níveas
 Cierra, y ampárase
 De ellas el rostro
 Inconsolable:—
 Y en el confuso
 Mundo fragante
 Que en la profunda
 Sombra se abre,
 Donde en solemne
 Silencio nacen
 Flores eternas
 Y colosales,
 Y sobre el dorso
 De aves gigantes
 Despiertan besos
 Inacabables,—
 ¡Risueño y vivo
 Surge otro ángel!





VED: sentado lo llevo
 Sobre mi hombro:
 ¡Oculto va, y visible
 Para mí solo!
 El me ciñe las sienes
 Con su redondo
 Brazo, cuando a las fieras
 Penas me postro:—
 Cuando el cabello hirsuto
 Yérguese y hosco,
 Cual de interna tormenta
 Símbolo torvo,
 Como un beso que vuela
 Siento en el tosco
 Cráneo: ¡su mano amansa
 El bridón loco!—
 Cuando en medio del recio
 Camino lóbrego,
 Sonrío, y desmayado
 Del raro gozo,
 La mano tiendo en busca
 De amigo apoyo,—
 Es que un beso invisible
 Me da el hermoso
 Niño que va sentado
 Sobre mi hombro.



Tábanos fieros

VENID, tábanos fieros.
 Venid, chacales,
 Y muevan trompa y diente
 Y en horda ataquen,
 Y cual tigre a bisonte
 Sítienme y salten!
 ¡Por aquí, verde envidia!
 ¡Tú, bella carne,
 En los dos labios muérdeme:
 Sécame: máncame!
 ¡Por acá, los vendados
 Celos voraces!
 ¡Y tú, moneda de oro,
 Por todas partes!
 ¡De virtud mercaderes,
 Mercadeadme!
 Mató el Gozo a la Honra:
 Venga a mí,—¡y mate!

Cada cual con sus armas
 Surja y batalle:
 El placer, con su copa;
 Con sus amables
 Manos, en mirra untadas,
 La virgen ágil;
 Con su espada de plata,
 El diablo bátame:—
 ¡La espada cegadora
 No ha de cegarme!

Asorde la caterva
 De batallantes:
 Brillen cascos plumados
 Como brillasen
 Sobre montes de oro
 Nieves radiantes:
 Como gotas de lluvia
 Las nubes lancen
 Muchedumbre de aceros
 Y de estandartes:
 Parezca que la tierra,
 Rota en el trance,
 Cubrió su dorso verde
 De áureos gigantes:
 Lidiemos, no a la lumbre
 Del sol suave,
 Sino al funesto brillo
 De los cortantes
 Hierros: rojos relámpagos
 La niebla tajen:
 Sacudan sus raíces
 Libres los árboles:
 Sus faldas trueque el monte

En alas ágiles:
 Clamor óigase, como
 Si en un instante
 Mismo, las almas todas
 Volando ex cárceles,
 Rodar a sus pies vieran
 Su hoga de carnes:
 Cíñame recia veste
 De amenazantes
 Astas agudas: hilos
 Tenues de sangre
 Por mi piel ruedan leves
 Cual rojos áspides:
 Su diente en lodo afilen
 Pardos chacales:
 Lime el tábano terco
 Su aspa volante:
 Muérdame en los dos labios
 La bella carne:—
 ¡Que ya vienen, ya vienen
 Mis talismanes!
 Como nubes vinieron
 Esos gigantes:
 ¡Ligeros como nubes
 Volando iránse!

La desdentada envidia
 Irá, secas las fauces,
 Hambrienta, por desiertos
 Y calcinados valles,
 Royéndose las mondas
 Escuálidas falanges;
 Vestido irá de oro
 El diablo formidable.

En el cansado puño
Quebrada la tajante;
Vistiendo con sus lágrimas
Irá, y con voces grandes
De duelo, la Hermosura
Su inútil arreafe:—
Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
Radiosa evaporarse
Aquellas escamadas
Corazas centellantes:
Las alas de los cascos
Agítanse, debátense,
Y el casco de oro en fuga
Se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
Sobre la hierba arrástranse,
Cual sierpes de colores,
Las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
Sus grietas colosales
Y echa su dorso verde
Por sobre los gigantes:
Corren como que vuelan
Tábanos y chacales,
Y queda el campo lleno
De un humillo fragante,
De la derrota ciega
Los gritos espantables
Escúchanse, que evocan

Callados capitanes;
Y mésase soberbia
El áspero crinaje,
Y como muere un buitre
Expira sobre el valle:
En tanto, yo a la orilla
De un fresco arroyo amable,
Restaño sonriendo
Mis hilillos de sangre.

¡No temo yo ni curo
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas,
Ni vírgenes voraces!
El vuela en torno mío,
El gira, él para, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y a siniestra
Mandobla, quiebra, esparce;
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes;
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—

El como abeja zumba,
 El rompe y mueve el aire,
 Detiénese, ondea, deja
 Rumor de alas de ave:
 Ya mis cabellos roza;
 Ya sobre mi hombro párase;
 Ya a mi costado cruza;
 Ya en mi regazo lánzase;
 ¡Ya la enemiga tropa
 Huye, rota y cobarde!
 ¡Hijos, escudos fuertes,
 De los cansados padres!
 ¡Venga mi caballero,
 Caballero del aire!
 ¡Véngase mi desnudo
 Guerrero de alas de ave,
 Y echemos por la vía
 Que va a ese arroyo amable,
 Y con sus aguas frescas
 Bañe mi hilo de sangre!
 ¡Caballeruelo mío!
 ¡Batallador volante!

*Tórtola blanca*

EL aire está espeso,
 La alfombra manchada,
 Las luces ardientes,
 Revuelta la sala;
 Y acá entre divanes
 Y allá entre otomanas,
 Tropiézase en restos
 De tules,—¡o de alas!
 ¡Un baile parece
 De copas exhaustas!
 Despierto está el cuerpo,
 Dormida está el alma;
 ¡Qué fervido el valse!
 ¡Qué alegre la danza!
 ¡Qué fiera hay dormida
 Cuando el baile acaba!

Detona, chispea,
 Espuma, se vacía,
 Y expira dichosa

La rubia champaña:
 Los ojos fulguran,
 Las manos abrasan,
 De tiernas palomas
 Se nutren las águilas;
 Don Juanes lucientes
 Devoran Rosauras;
 Fermenta y rebosa
 La inquieta palabra;
 Estrecha en su cárcel
 La vida incendiada,
 En risas se rompe
 Y en lava y en llamas;
 Y lirios se quiebran,
 Y violas se manchan,
 Y giran las gentes,
 Y ondulan y valsan;
 Mariposas rojas
 Inundan la sala,
 Y en la alfombra muere
 La tórtola blanca.

Yo fiero rehúso
 La copa labrada;
 Traspaso a un sediento
 La alegre champaña;
 Pálido recojo
 La tórtola hollada;
 Y en su fiesta dejo
 Las fieras humanas;—
 Que el balcón azotan
 Dos alitas blancas
 Que llenas de miedo
 Temblando me llaman.



Valle lozano

DÍGAME mi labriego
 ¿Cómo es que ha andado
 En esta noche lóbrega
 Este hondo campo?
 Dígame ¿de qué flores
 Untó el arado,
 Que la tierra olorosa
 Trasciende a nardos?
 Dígame ¿de qué ríos
 Regó ese prado,
 Que era un valle muy negro
 Y ora es lozano?

Otros, con dagas grandes
 Mi pecho araron:
 Pues ¿qué hierro es el tuyo
 Que no hace daño?
 Y esto dije—y el niño
 Riendo me trajo
 En sus dos manos blancas
 Un beso casto.



Mi dispensero

QUÉ me das? ¿Chipre?

Yo no lo quiero:
Ni rey de bolsa
Ni posaderos
Tienen del vino
Que yo deseo;
Ni es de cristales
De cristaleros
La dulce copa
En que lo bebo.

Mas está ausente
Mi dispensero,
Y de otro vino
Yo nunca bebo.



Rosilla nueva

TRAIDOR! ¿Con qué arma de oro
Me has cautivado?
Pues yo tengo coraza
De hierro áspero.
Hiela el dolor: el pecho
Trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
Del sol al blando
Rayo, suelta el magnífico
Manto plateado,
Y salta en hilo alegre
Al valle pálido,
Y las rosillas nuevas
Riega magnánimo;—
Así, guerrero fúlgido,
Roto a tu paso,
Humildoso y alegre
Rueda el peñasco;
Y cual lebel sumiso
Busca saltando
A la rosilla nueva
Del valle pálido.

VERSOS SENCILLOS

A MANUEL MERCADO, de México

A ENRIQUE ESTRÁZULAS, del Uruguay

*El Manuel de los Hijos -
mañita en el pecho, en la
pestañada, en el alma oca.*

*de
José Martí*

1897-98

JOSÉ MARTÍ

VERSOS SENCILLOS

NEW YORK
LOUIS WEISS & CO., Importadores
No. 215 Nassau Street

1891

Se reproduce aquí la portada original de
VERSOS SENCILLOS.

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, —que quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni

a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

JOSÉ MARTÍ

Nueva York: 1891

I

YO soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces vi el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,
A la entrada de la viña,—
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca:—cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro,—es
Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto.—
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador:
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

II

YO sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé de las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me diga que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil, y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

III

ODIO la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho.
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo
Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el sol.

¡Diganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

IV

YO visitaré anhelante
 Los rincones donde a solas
 Estuvimos yo y mi amante
 Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
 Solos, con la compañía
 De dos pájaros que vimos
 Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
 En la pareja ligera,
 Deshizo los lirios rojos
 Que le dio la jardinera.

La madre selva olorosa
 Cogió con sus manos ella,
 Y una madama graciosa,
 Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
 Abrirle su quitasol;
 Y ella me dijo: "¡Qué afán!
 ¡Si hoy me gusta ver el sol!"

"Nunca más altos he visto
 Estos nobles robledales:
 Aquí debe estar el Cristo,
 Porque están las catedrales."

"Ya sé dónde ha de venir
 Mi niña a la comunión;
 De blanco la he de vestir
 Con un gran sombrero alón."

Después, del calor al peso,
 Entramos por el camino,
 Y nos dábamos un beso
 En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
 Al lago mudo y helado:
 Clavaré la quilla triste:
 Posaré el remo callado!

V

SI ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

 Mi verso es como un puñal
Que por el puña echa flor:
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

 Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido:
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo

 Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.

VI

SI quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

 Si quieren, por gran favor,
Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

 Si quieren que a la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro!

VII

PARA Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.

VIII

YO tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

"En un ave de dos alas
"Bogo por el cielo azul:
"Un ala del ave es negra,
"Otra de oro Caribú.

"El corazón es un loco
¡Que no sabe de un color:
"O es su amor de dos colores,
"O dice que no es amor.

"Hay una loca más fiera
"Que el corazón infeliz:
"La que le chupó la sangre
"Y se echó luego a reír.

"Corazón que lleva rota
"El ancla fiel del hogar,
"Va como barca perdida,
"Que no sabe a dónde va."

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

IX

QUIERO, a la sombra de un ala,
 Contar este cuento en flor:
 La niña de Guatemala,
 La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
 Y las orlas de reseda
 Y de jazmín: la enterramos
 En una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
 una almohadilla de olor:
 El volvió, volvió casado:
 Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
 Obispos y embajadores:
 Detrás iba el pueblo en tandas,
 Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
 Salió a verlo al mirador:
 El volvió con su mujer:
 Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
 Al beso de despedida
 Era su frente ¡la frente
 Que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
 La sacó muerta el doctor:
 Dicen que murió de frío:
 Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
 La pusieron en dos bancos:
 Besé su mano afilada,
 Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
 Me llamó el enterrador:
 ¡Nunca más he vuelto a ver
 A la que murió de amor!

X

EL alma trémula y sola
 Padece al anochecer:
 Hay baile; vamos a ver
 La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
 El banderón de la acera;
 Porque si está la bandera,
 No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
 Soberbia y pálida llega:
 ¿Cómo dicen que es gallega?
 Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
 Y una capa carmesí:
 ¡Lo mismo que un alefí!
 Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
 Ceja de mora traidora:
 Y la mirada, de mora:
 Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
 Y sale en bata y mantón,
 La virgen de la Asunción
 Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
 Crúzase al hombro la manta:
 En arco el brazo levanta:
 Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
 El tablado zalamera,
 Como si la tabla fuera
 Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
 En las llamas de los ojos,
 Y el manto de flecos rojos
 Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
 Húrtase, se quiebra, gira:
 Abre en dos la cachemira,
 Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
 La boca abierta provoca;
 Es una rosa la boca:
 Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
 El manto de flecos rojos:
 Se va, cerrando los ojos,
 Se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española;
 Es blanco y rojo el mantón:
 ¡Vuelve, fosca, a su rincón
 El alma trémula y sola!

XI

YO tengo un paje muy fiel
 Que me cuida y que me gruñe,
 Y al salir, me limpia y bruñe
 Mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
 Que no come, que no duerme,
 Y que se acurruca a verme
 Trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
 Y en mi bolsillo aparece;
 Vuelvo, y el terco me ofrece
 Una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
 Se sienta junto a mi cama:
 Si escribo, sangre derrama
 Mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
 Al andar castañetea:
 Híela mi paje, y chispea:
 Mi paje es un esqueleto.

XII

EN el bote iba remando
 Por el lago seductor
 Con el sol que era oro puro
 Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
 Ofendido del hedor,
 Un pez muerto, un pez hediondo
 En el bote remador.

XIII

POR donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

YO no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
Junto a la estufa apagada,
Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

XV

VINO el médico amarillo
 A darme su medicina,
 Con una mano cetrina
 Y la otra mano al bolsillo:
 ¡Yo tengo allá en un rincón
 Un médico que no manca
 Con una mano muy blanca
 Y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
 El grave del repostero,
 A preguntarme si quiero
 O Málaga o Pajarete:
 ¡Díganle a la repostera
 Que ha tanto tiempo no he visto,
 Que me tenga un beso listo
 Al entrar la primavera!

XVI

EN el alféizar calado
 De la ventana moruna,
 Pálido como la luna,
 Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
 De seda tórtola y roja.
 Eva, callada, deshoja
 Una violeta en el té.

XVII

ES rubia: el cabello suelto
 Da más luz al ojo moro:
 Voy, desde entonces, envuelto
 En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
 Más ágil por la flor nueva,
 No dice, como antes, "tumba":
 "Eva" dice: todo es "Eva".

Bajo, en lo oscuro, al temido
 Raudal de la catarata:
 ¡Y brilla el iris, tendido
 Sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
 Pompa del monte irritado:
 ¡Y en el alma azul celeste
 Brota un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
 A la laguna vecina:
 Y entre las ramas la veo,
 Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
 Silba, escupe, y se resbala
 Por su agujero: el clarín
 Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
 Donde vibra el Universo:
 Vengo del sol, y al sol voy:
 Soy el amor: soy el versol

XVIII

EL alfiler de Eva loca
Es hecho del oro oscuro
Que le sacó un hombre puro
Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
Le trajo en el pico ayer
Un relumbrante alfiler
De pasta y de similor.

Eva se prendió al oscuro
Talle el diamante ñembustero:
Y echó en el alfiletero
El alfiler de oro puro.

XIX

POR tus ojos encendidos
Y lo mal puesto de un broche,
Pensé que estuvieste anoche
Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
Te odié con odio de muerte:
Náusea me daba de verte
Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquila que vi
Sin saber cómo ni cuándo,
Sé que estuvieste llorando
Toda la noche por mí.

XX

MI amor del aire se azora;
 Eva es rubia, falsa es Eva:
 Viene una nube, y se lleva
 Mi amor que gime y que llora.

Se lleva mi amor que llora
 Esa nube que se va:
 Eva me ha sido traidora:
 ¡Eva me consolará!

XXI

AYER la vi en el salón
 De los pintores, y ayer
 Detrás de aquella mujer
 Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
 Está en el lienzo: dormido
 Al pie, el esposo rendido:
 Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
 Se ven mendrugos mondados:
 Le cuelga el manto a los lados,
 Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
 Ni una viola, ni una espiga:
 ¡Muy lejos, la casa amiga,
 Muy triste y oscuro el cielo!...

¡Esa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

XXII

ESTOY en el baile extraño
De polaina y casaquín
Que dan, del año hacia el fin,
Los cazadores del año.

Una duquesa violeta
Va con un frac colorado:
Marca un vizconde pintado
El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
Pasan los tules de fuego,
Como delante de un ciego
Pasan volando las hojas.

XXIII

YO quiero salir del mundo
 Por la puerta natural:
 En un carro de hojas verdes
 A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
 A morir como un traidor:
 ¡Yo soy bueno, y como bueno
 Moriré de cara al sol!

XXIV

SÉ de un pintor atrevido
 Que sale a pintar contento
 Sobre la tela del viento
 Y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante.
 El de divinos colores,
 Puesto a pintarle las flores
 A una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
 Que mira el agua al pintar,—
 El agua ronca del mar,—
 Con un entrañable amor.

XXV

YO pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
¡Que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,—¡y una bandera!

XXVI

YO que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

A la boca de la muerte,
 Los valientes habaneros
 Se quitaron los sombreros
 Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
 Como dos locos, me dijo:
 "¡Vamos pronto, vamos, hijo:
 La niña está sola: vamos!"

XXVII

EL enemigo brutal
 Nos pone fuego a la casa:
 El sable la calle arrasa,
 A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
 Del sable del español:
 La calle, al salir el sol,
 Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
 Entran, llorando, a una muerta:
 Llama una mano a la puerta
 En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
 El portón: y la mujer
 Que llama, me ha dado el ser:
 Me viene a buscar mi madre.

XXVIII

POR la tumba del cortijo
 Donde está el padre enterrado,
 Pasa el hijo, de soldado
 Del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra.
 Envuelto en su pabellón
 Alzase: y de un bofetón
 Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
 El viento por el cortijo:
 El padre recoge al hijo,
 Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

LA imagen del rey, por ley,
 Lleva el papel del Estado:
 El niño fue fusilado
 Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
 Del rey: y en la fiesta santa
 ¡La hermana del niño canta
 Ante la imagen del rey!

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
¡Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen!

XXX

EL rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

XXXI

PARA modelo de un dios
El pintor lo envió a pedir:—
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
El hijo que amo y bendigo:—
¡Mejor en la ceja oscura,
Cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
De nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos: si yo muero,
Me besas: si tú... ¡prefiero
Verte muerto a verte vill!

XXXII

EN el negro callejón
Donde en tinieblas paseo,
Alzo los ojos, y veo
La iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
Revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
De postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
Muerde el gusano el retoño;
Grazna, llamando al otoño,
La hueca y hosca cigarra.

Craznan dos: atento al dúo
Alzo los ojos y veo
Que la iglesia del paseo
Tienc la forma de un búho.

El alma lúgubre grita:
 “¡Mujer, maldita mujer!”
 ¡No sé yo quién pueda ser
 Entre las dos la maldita!

XXXIII

DE mi desdicha espantosa
 Siento, oh estrellas, que muero:
 Yo quiero vivir, yo quiero
 Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
 Le corona el rostro bello:
 Brilla su negro cabello
 Como un sable de Damasco.

¿Aquella?... Pues pon la hiel
 Del mundo entero en un haz,
 Y tállala en cuerpo, y ¡haz
 Un alma entera de hiel!

¿Esta?... Pues esta infeliz
 Lleva esarpines rosados,
 Y los labios colorados,
 Y la cara de barniz.

XXXIV

PENAS! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXV

QUÉ importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVI

YA sé: de carne se puede
Hacer una flor: se puede,
Con el poder del cariño,
Hacer un cielo,—¡y un niño!

De carne se hace también
El alacrán; y también
El gusano de la rosa,
Y la lechuza espantosa.

XXXVII

AQUÍ está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás;
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

DEL tirano? Del tirano
 Di todo, ¡di más!; y clava
 Con furia de mano esclava
 Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
 Di el antro, di las veredas
 Oscuras: di cuanto puedas
 Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
 Que mueras de su mordida;
 ¡Pero no empañes tu vida
 Diciendo mal de mujer!

XXXIX

CULTIVO una rosa blanca,
 En julio como en enero,
 Para el amigo sincero
 Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
 El corazón con que vivo,
 Cardo ni oruga cultivo:
 Cultivo la rosa blanca.

XL

PINTA mi amigo el pintor
 Sus angelones dorados,
 En nubes arrodillados,
 Con soles alrededor.

Pínteme con sus pinceles
 Los angelitos medrosos
 Que me trajeron, piadosos,
 Sus dos ramos de claveles.

XLI

CUANDO me vino el honor
 De la tierra generosa,
 No pensé en Blanca ni en Rosa
 Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
 Que está en la tumba, callado:
 Pensé en mi padre, el soldado:
 Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
 Carta, en su noble cubierta,
 Pensé en la tumba desierta,
 No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

EN el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar, llegó a aborrecerla:
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia, y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijó la mar borrascosa:

“¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
Yo guardo la perla triste.”

XLIII

MUCHO, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
Despacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XLIV

TIENE el leopardo un abrigo
 En su monte seco y pardo:
 Yo tengo más que el leopardo,
 Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
 La mushma en su cojinete
 De arce del Japón: yo digo:
 "No hay cojín como un amigo."

Tiene el conde su abolengo:
 Tiene la aurora el mendigo:
 Tiene ala el ave: ¡yo tengo
 Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
 Un jardín con una fuente,
 Y un tesoro en oro y trigo:
 Tengo más, tengo un amigo.

XLV

SUEÑO con claustros de mármol
 Donde en silencio divino
 Los héroes, de pie, reposan:
 ¡De noche, a la luz del alma.
 Hablo con ellos: de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: las manos
 De piedra les beso: abren
 Los ojos de piedra: mueven
 Los labios de piedra: tiemblan
 Las barbas de piedra: empuñan
 La espada de piedra: lloran:
 ¡Vibra la espada en la vaina!
 Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: lloroso
 Me abrazo a un mármol: "¡Oh mármol,

Dicen que beben tus hijos
 Su propia sangre en las copas
 Venenosas de sus dueños!
 ¡Que hablan la lengua podrida
 De sus rufianes! ¡Que comen
 Juntos el pan del oprobio,
 En la mesa ensangrentada!
 ¡Que pierden en lengua inútil
 El último fuego! ¡Dicen,
 Oh mármol, mármol dormido,
 Que ya se ha muerto tu raza!"

Echame en tierra de un bote
 El héroe que abrazo: me ase
 Del cuello: barre la tierra
 Con mi cabeza: levanta
 El brazo, ¡el brazo le luce
 Lo mismo que un sol!: resuena
 La piedra: buscan el cinto
 Las manos blancas: ¡del soclo
 Saltan los hombres de mármol!

XLVI

VIERTE, corazón, tu pena
 Donde no se llegue a ver,
 Por soberbia, y por no ser
 Motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
 Porque cuando siento el pecho
 Ya muy cargado y deshecho,
 Parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
 En tu regazo amoroso,
 Todo mi amor doloroso,
 Todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
 Amar y hacer bien, consientes
 En enturbiar tus corrientes
 Con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
La tierra, y sin odio, y puro,
Te arrastras, pálido y duro,
Mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
Al cielo limpia y serena,
Y tú me cargas mi pena
Con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
De echarme en ti te desvía
De tu dichosa armonía
Y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojo
Sobre tu seno, y lo azotan,
Y tu corriente alborotan,
Y acá lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
Ora arremetes y ruges,
Ora con el peso cruje
De un dolor más que tú fuerte,

¿Habré, como me aconseja
Un corazón mal nacido,
De dejar en el olvido
A aquel que nunca me deja?

¡Verso, nos hablan de un Dios
Adonde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos,
O nos salvamos los dos!

VERSOS LIBRES'

⁸ Al margen de los manuscritos de sus *Versos Libres* se encuentra esta nota, escrita a lápiz por Martí y apenas legible:

"A los 25 años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética."

Ello significaría que estos versos fueron escritos en 1878. Algunos, sin embargo tienen, de puño y letra de Martí, la fecha de 1882.

MIS VERSOS

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultorio, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollados como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al ciclo y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas—mis guerreros.—Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zureí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.—De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí

como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

ACADÉMICA

VEN, mi caballo, a que te encinche: quieren
 Que no con garbo natural el coso
 Al sabio impulso corras de la vida,
 Sino que el paso de la pista aprendas,
 Y la lengua del látigo, y sumiso
 Des a la silla el arrogante lomo:—
 Ven, mi caballo: dicen que en el pecho
 Lo que es cierto, no es cierto: que las estrofas
 Igneas que en lo hondo de las almas nacen,
 Como penacho de fontana pura
 Que el blando manto de la tierra rompe
 Y en gotas mil arreboladas cuelga,
 No han de cantarse, no, sino las pautas
 Que en moldecillo azucarado y hueco
 Encasacados dómines dibujan:
 Y gritan “¡Al bribón!”—¡cuando a las puertas
 Del templo augusto un hombre libre asoma!—
 Ven, mi caballo, con tu casco limpio
 A yerba nueva y flor de llano oliente,

Cinchas estruja, lanza sobre un tronco
 Seco y piadoso, donde el sol la avive.
 Del repintado dómine la chupa,
 De hojas de antano y de romanas rosas
 Orlada, y deslucidas joyas griegas,—
 Y al sol del alba en que la tierra rompe
 Echa arrogante por el orbe nuevo.

“POLLICE VERSO”

(Memoria de presidio)

Sí! ¡yo también, desnuda la cabeza
 De tocado y cabellos, y al tobillo
 Una cadena lurda, heme arrastrado
 Entre un montón de sierpes, que revueltas
 Sobre sus vicios negros, parecían
 Esos gusanos de pesado vientre
 Y ojos viscosos, que en hedionda cuba
 De pardo lodo lentos se revuelcan!
 Y yo pasé, sereno entre los viles,
 Cual si en mis manos, como en ruego juntas,
 Las anchas alas púdicas, abriese
 Una paloma blanca. Y aún me aterro
 De ver con el recuerdo lo que he visto
 Una vez con mis ojos. Y espantado,
 ¡Póngome en pie, cual a emprender la fuga!
 ¡Recuerdos hay que queman la memoria!
 ¡Zarzal es la memoria; mas la mía

Es un cesto de llamas! A su lumbre
 El porvenir de mi nación preveo.
 Y lloro. Hay leyes en la mente, leyes
 Cual las del río, el mar, la piedra, el astro.
 Asperas y fatales: ese almendro
 Que con su rama oscura en flor sombrea
 Mi alta ventana, viene de semilla
 De almendro; y ese rico globo de oro
 De dulce y perfumoso jugo lleno
 Que en blanca fuente una niñuela cara,
 Flor del destierro, cándida me brinda,
 Naranja es, y vino de naranjo.
 Y el suelo triste en que se siembran lágrimas,
 Dará árbol de lágrimas. La culpa
 Es madre del castigo. No es la vida
 Copa de mago que el capricho torna
 En hiel para los míseros, y en férvido
 Tokay para el feliz. La vida es grave.
 Y hasta el pomo ruin la daga hundida,
 Al fojo gladiador clava en la arena.

¡Alza, oh pueblo, el escudo, porque es grave
 Cosa esta vida, y cada acción es culpa
 Que como aro servil se lleva luego
 Cerrado al cuello, o primero generoso
 Que del futuro mal pródigo libra!
 ¿Veis los esclavos? ¡Como cuerpos muertos
 Atados en racimo, a vuestra espalda
 Irán vida tras vida, y con las frentes
 Pálidas y angustiosas, la sombría
 Carga en vano halaréis, hasta que el viento,
 De nuestra pena bárbara apiadado,
 Los átomos postreros evapore!
 ¡Oh, qué visión tremenda! ¡Oh, qué terrible

Procesión de culpables! Como en llano
 Negro los miro, torvos, anhelosos,
 Sin fruta el arbolar, secos los píos
 Bejucos, por comarca funeraria
 ¡Donde ni el sol da luz, ni el árbol sombra!
 ¡Y bogan en silencio, como en magno
 Océano sin agua, y a la frente
 Porción del Universo frase unida
 A frase colosal, sierva ligada
 A un carro de oro, que a los ojos mismos
 De los que arrastra en rápida carrera
 Ocúltase en el áureo polvo, sierva
 Con escondidas riendas ponderosas
 A la incansable eternidad atada!

Circo la tierra es, como el romano;
 Y junto a cada cuna una invisible
 Panoplia al hombre aguarda, donde lucen,
 Cual daga cruel que hiere al que la blande,
 Los vicios, y cual límpidos escudos
 Las virtudes: la vida es la ancha arena,
 Y los hombres esclavos gladiadores.
 Mas el pueblo y el rey, callados miran
 De grada excelsa, en la desierta sombra.
 ¡Pero miran! Y a aquel que en la contienda
 Bajó el escudo, o lo dejó de lado,
 O suplicó cobarde, o abrió el pecho
 Laxo y servil a la enconosa daga
 Del enemigo, las vestales rudas,
 Desde el sitio de la implacable piedra,
 Condenan a morir, *pollice verso*;
 ¡Llevan, cual yugo el buey, la cuerda uncida,
 Y a la zaga, listado el cuerpo flaco
 De hondos azotes, el montón de siervos!

¡Veis las carrozas, las ropillas blancas
 Risueñas y ligeras, el luciente
 Corcel de crin trenzada y riendas ricas,
 Y la albarda de plata suntuosa
 Prendida, y el menudo zapatillo
 Cárcel a un tiempo de los pies y el alma?
 ¡Pues ved que los extraños os desdennan
 Como a raza ruin, menguada y floja!

A MI ALMA

Llegada la hora del trabajo

Ea, jamelgo! ¡De los montes de oro
 Baja, y de andar en prados bien olientes
 Y de aventar con los ligeros cascotes
 Mures y viboreznos, y al sol rubio
 Mecer gentil las brilladoras crines!
 ¡Ea, jamelgo! Del camino oscuro
 Que va do no se sabe, ésta es posada,
 ¡Y de pagar se tiene al hostelero!
 Luego será la gorja, luego el llano,
 Luego el prado oloroso, el alto monte:
 Hoy bájese el jamelgo, que le aguarda
 Cabe el duro roncal la gruesa albarda.

AL BUEN PEDRO

DICEN, buen Pedro, que de mí murmuras
 Porque tras mis orejas el cabello
 En crespas ondas su caudal levanta:
 Diles, ¡bribón!, que mientras tú en festines,
 En rubios caldos y en fragantes pomas,
 Entre mancebas del astuto Norte,
 De tus esclavos el sudor sangriento,
 Torcido en oro, descuidado bebes,—
 Pensativo, febril, pálido, grave,
 Mi pan rebano en solitaria mesa
 Pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
 De libertar de su infortunio al siervo
 ¡Y de tu infamia a ti! Y en estos lances,
 Suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
 Faltar la monedilla que reclama
 Con sus húmedas manos el barbero.

HIERRO⁴

GANADO tengo el pan: hágase el verso,—
 Y en su comercio dulce se ejercite
 La mano, que cual prófugo perdido
 Entre oscuras malezas, o quien lleva
 A rastra enorme peso, andaba ha poco
 Sumas hilando y revolviendo cifras.
 Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
 De la pálida espalda ensangrentada
 El arpa dívea, acalla los sollozos
 Que a tu garganta como mar en furia
 Se agolparán, y en la madera rica
 Taja plumillas de escritorio y echa
 Las cuerdas rotas al movable viento.

¡Oh alma! ¡oh alma buena! ¡mal oficio
 Tienes!: ¡póstrate, calla, cede, lame
 Manos de potentado, ensalza, excusa

⁴ Antes Martí había titulado esta composición "Hora de vuelo".

Defectos, tenlos—que es mejor manera
De excusarlos—, y mansa y temerosa
Vicios celebra, encumba vanidades:
Verás entonces, alma, cuál se trueca
En plato de oro rico tu desnudo
Plato de pobre!

Pero guarda ¡oh alma!
¡Que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
Sus joyas el bribón y el barbilindo:
Las armas no,—las almas son de hierro!

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
Lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
Lo aliviará mejor!—Y las oscuras
Tardes me atraen, cual si mi patria fuera
La dilatada sombra.⁵

¡Oh verso amigo,
Muero de soledad, de amor me muero!
No de amores vulgares; estos amores
Envenenan y ofuscan. No es hermosa
La fruta en la mujer, sino la estrella.
¡La tierra ha de ser luz, y todo vivo
Debe en torno de sí dar lumbre de astro!
¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas

⁵ Los siguientes versos aparecen tachados en el manuscrito original de esta composición:

Era yo niño
Y con filial amor miraba al cielo:
¡Cuán pobre a mi avaricia el descuidado
Cariño del hogar! ¡Cuán tristemente
Bañado el rostro ansioso en llanto largo
Con mis ávidos ojos perseguía
La madre austera, el padre pensativo
Sin que jamás los labios ardorosos
Del corazón voraz la sed sacuasen.

De carne! ¡Oh, estas siervas, ante el dueño
Que las enjoya o estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
De comer de esta carne!

Es de inefable
Amor del que yo muero, del muy dulce
Menester de llevar, como se lleva
Un niño tierno en las cuidosas manos,
Cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
Sino de los dichosos, y a los tristes
El duro humor y la fatiga aumenta,
Salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
Mi frente oprimo, y de los turbios ojos
Brotan raudal de lágrimas. ¡Y miro
El sol tan bello y mi desierta alcoba,
Y mi virtud inútil, y las fuerzas
Que cual tropa famélica de hirsutas
Fieras saltan de mí buscando empleo;
Y el aure hueco palpo, y en el muro
Frío y desnudo el cuerpo vacilante
Apoyo, y en el cráneo estremecido
En agonía flota el pensamiento,
Cual leño de bajel despedazado
Que el mar en furia a la playa ardiente arroja!⁶
¡Sólo las flores del paterno prado

⁶ Los siguientes versos aparecen tachados en el manuscrito original de esta composición:

¡Y echo a andar, como un muerto que camina,
Loco de amor, de soledad, de espanto!
¡Amar, agonía! ¡Es tósigo el exceso
De amor! Y la prestada casa oscila
Cual barco en tempestad: ¡en el destierro
Náufrago es todo hombre, y toda casa
Inseguro bajel, al mar rendido!

Tienen olor! ¡Sólo las seibas patrias
 Del sol amparan! Como en vaga nube
 Por suelo extraño se anda; las miradas
 Injurias nos parecen, y ¡el Sol mismo,
 Más que en grato calor, enciende en ira!
 ¡No de voces queridas puebla el eco
 Los aires de otras tierras: y no vuelan
 Del arbolar espeso entre las ramas
 Los pálidos espíritus amados!
 De carne viva y profanadas frutas
 Viven los hombres, ¡ay! ¡mas el proscripto
 De sus entrañas propias se alimenta!
 ¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
 El honor de vuestro odio: ya son muertos!
 ¡Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto
 De arrebatarlos al hogar, hundiera
 En lo más hondo de su pecho honrado
 Vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
 Grato es morir, horrible vivir muerto.
 ¡Mas no! ¡mas no! La dicha es una prenda
 De compasión de la fortuna al triste
 Que no sabe domarla. A sus mejores
 Hijos desgracias da Naturaleza:
 Fecunda el hierro al llano, ¡el golpe al hierro!

Nueva York, 4 de agosto

CANTO DE OTOÑO

BIEN; ¡ya lo sé! La Muerte está sentada
 A mis umbrales: cautelosa viene,
 Porque sus llantos y su amor no apronten
 En mi defensa, cuando lejos viven
 Padres e hijo. Al retornar ceñudo
 De mi estéril labor, triste y oscura,
 Con que a mi casa del invierno abrigo,
 De pic sobre las hojas amarillas,
 En la mano fatal la flor del sueño,
 La negra toca en alas rematada,
 Avido el rostro, trémulo la miro
 Cada tarde aguardándome a mi puerta.
 ¡En mi hijo pienso, y de la dama oscura
 Huyó sin fuerzas, devorado el pecho
 De un frenético amor! ¡Mujer más bella
 No hay que la Muerte! ¡Por un beso suyo
 Bosques espesos de laureles varios,
 Y las adelfas del amor, y el gozo
 De remembrarme mis niñeces dicra!

...Pienso en aquel a quien mi amor culpable
 Trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
 De mi amada los brazos; mas ya gozo
 De la aurora perenne el bien seguro.
 ¡Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto.

¡Oh, duelos con la sombra! ¡Oh, pobladores
 Ocultos del espacio! ¡Oh, formidables
 Gigantes que a los vivos azorados
 Mueven, dirigen, postran, precipitan!
 ¡Oh, cóncave de jueces, blandos sólo
 A la virtud, que en nube tenebrosa,
 En grueso manto de oro recogidos,
 Y duros como peña, aguardan torvos
 A que al volver de la batalla rindan
 —Como el frutal sus frutos—
 De sus obras de paz los hombres cuenta,
 De sus divinas alas!... ¡de los nuevos
 Árboles que sembraron, de las tristes
 Lágrimas que enjugaron, de las fosas
 Que a los tigres y víboras abrieron,
 Y de las fortalezas eminentes
 Que al amor de los hombres levantaron!
 ¡Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
 Apetecido, la arrogante mora
 Que a su brusco señor cautiva espera
 Llorando en la desierta barbacana!
 Este el santo Salem, éste el Sepulcro
 De los hombres modernos. ¡No se vierta
 Más sangre que la propia! ¡No se bata
 Sino al que odie al amor! ¡Unjanse presto
 Soldados del amor los hombres todos!
 ¡La tierra entera marcha a la conquista
 De este rey y señor, que guarda el cielo!

...¡Viles! ¡El que es traidor a sus deberes,
 Muere como un traidor, del golpe propio
 De su arma ociosa el pecho atravesado!
 ¡Ved que no acaba el drama de la vida
 En esta parte oscura! ¡Ved que luego
 Tras la losa de mármol o la blanda
 Cortina de humo y césped se reanuda
 El drama portentoso! ¡y ved, oh viles,
 Que los buenos, los tristes, los burlados,
 Serán en la otra parte burladores!

Otros de lirio y sangre se alimenten:
 ¡Yo no! ¡yo no! Los lóbregos espacios
 Rasgué desde mi infancia con los tristes
 Penetradores ojos: el misterio
 En una hora feliz de sueño acaso
 De los jueces así, y amé la vida
 Porque del doloroso mal me salva
 De volverla a vivir. Alegremente
 El peso eché del infortunio al hombro:
 Porque el que en huelga y regocijo vive
 Y huye el dolor, y esquivo las sabrosas
 Penas de la virtud, irá confuso
 Del frío y torvo juez a la sentencia,
 Cual soldado cobarde que en herrumbre
 Dejó las nobles armas; ¡y los jueces
 No en su dosel lo ampararán, no en brazos
 Lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
 A odiar, a amar y batallar de nuevo
 En la fogosa sofocante arena!
 ¡Oh! ¿qué mortal que se asomó a la vida
 Vivir de nuevo quiere?...

Puede ansiosa
 La Muerte, pues, de pie en las hojas secas,

Esperarme a mi umbral con cada turbia
 Tarde de Otoño, y silenciosa puede
 Irme tejiendo con helados copos
 Mi manto funeral.

No di al olvido

Las armas del amor: no de otra púrpura
 Vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
 Listo estoy, madre Muerte: ¡al juez me lleva!

¡Hijo!... ¿Qué imagen miro? ¿qué llorosa
 Visión rompe la sombra, y blandamente
 Como con luz de estrella la ilumina?
 ¡Hijo!... ¿qué me demandan tus abiertos
 Brazos? ¿A qué descubres tu afligido
 Pecho? ¿Por qué me muestras tus desnudos
 Pies, aún no heridos, y las blancas manos
 Vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...
 ¡Cesa! ¡calla! ¡reposa! ¡vive! ¡El padre
 No ha de morir hasta que a la ardua lucha
 Rico de todas armas lance al hijo!
 ¡Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas
 De los abrazos de la Muerte oscura
 Y de su manto funeral me libren!

Nueva York, 1882

EL PADRE SUIZO

LITTLE ROCK, ARKANSAS, 1º DE SEPTIEMBRE

"El miércoles por la noche, cerca de París, condado de Logan, un suizo, llamado Edward Schwerzmann, llevó a sus tres hijos, de dieciocho meses el uno, y cuatro y cinco años los otros, al borde de un pozo, y los echó en el pozo, y él se echó tras ellos. Dicen que Schwerzmann obró en un momento de locura." Telegrama publicado en Nueva York.

DICEN que un suizo, de cabello rubio
 Y ojos secos y cóncavos, mirando
 Con desolado amor a sus tres hijos,
 Besó sus pies, sus manos, sus delgadas,
 Secas, enfermas, amarillas manos;
 Y súbito, tremendo, cual airado
 Tigre que al cazador sus hijos roba,
 Dio con los tres, y con sí mismo luego,
 En hondo pozo—¡y los robó a la vida!
 Dicen que el bosque iluminó radiante
 Una rojiza luz, y que a la boca
 Del pozo oscuro—suelos los cabellos,
 Cual corona de llamas que al monarca

Doloroso, al humano, sólo al borde
 Del antro funeral la sien descíñe,—
 La mano ruda a un tronco seco asida,
 Contra el pecho huesoso, que sus uñas
 Mismas sajaron, los hijuelos mudos
 Por su brazo sujetos, como en noche
 De tempestad las aves en su nido,
 El alma a Dios, los ojos a la selva,
 Retaba el suizo al cielo, y en su torno
 Pareció que la tierra iluminaba
 Luz de héroe, ¡y que el reino de la sombra
 La muerte de un gigante estremecía!

¡Padre sublime, espíritu supremo
 Que por salvar los delicados hombros
 De sus hijuelos, de la carga dura
 De la vida sin fe, sin patria, torva
 Vida sin fin seguro y cauce abierto,
 Sobre sus hombros colosales puso
 De su crimen feroz la carga horrenda!
 ¡Los árboles temblaban, y en su pecho
 Huesoso, los seis ojos espantados
 De los pálidos niños, seis estrellas
 Para guiar al padre iluminadas,
 Por el reino del crimen, parecían!
 ¡Ve, bravo! ¡Ve, gigante! ¡Ve, amoroso
 Loco! ¡y las venenosas zarzas pisa
 Que roen como tósigos las plantas
 Del criminal, en el dominio lóbrego
 Donde andan sin cesar los asesinos!
 ¡Ve!—¡que las seis estrellas luminosas
 Te seguirán, y te guiarán, y ayuda
 A tus hombros darán cuantos hubieren
 Bebido el vino amargo de la vida!

FLORES DEL CIELO

*Lei estos dos versos de Ronsard:
 "Je vous envoie un bouquet que ma main
 Vient de trier de ces fleurs épanouies",
 y escribí esto:*

FLORES? ¡No quiero flores! ¡Las del cielo
 Quisiera yo segar!

¡Cruja, cual falda
 De monte roto, esta cansada veste
 Que me encinta y engrilla con sus miembros
 Como con sierpes, y en mi alma sacian
 Su hambre, y asoman a la cueva lóbrega
 Donde mora mi espíritu, su negra
 Cabeza, y boca roja y sonriente!
 ¡Caiga, como un encanto, este tejido
 Enmarañado de raíces! ¡Surjan
 Donde mis brazos alas, y parezca
 Que, al ascender por la solemne atmósfera,
 De mis ojos, del mundo a que van llenos,
 Ríos de luz sobre los hombres rueden!

Y huelguen por los húmedos jardines
 Bardos tibios *segando* florecillas.
 Yo, pálido de amor, de pie en las sombras,
 Envuelto en gigantesca vestidura
 De lumbre astral, en mi jardín, el cielo,
 Un ramo haré magnífico de estrellas.
 ¡No temblará de asir la luz mi mano!

Y buscaré, donde las nubes duermen,
 Amada, y en su seno la más viva
 Le prenderé, y esparciré las otras
 Por su áurea y vaporosa cabellera.

COPA CICLÓPEA

EL Sol alumbra: ya en los aires miro
 La copa amarga: ya mis labios tiemblan.
 No de temor, que prostituye, ¡de ira!...
 ¡El Universo, en las mañanas alza
 Medio dormido aún de un dulce sueño
 En las manos la Tierra perezosa,
 Copa inmortal, en donde
 Hierven al sol las fuerzas de la vida!--
 ¡Al niño triscador, al venturoso
 De alma tibia y mediocre, a la fragante
 Mujer que con los ojos desmayados
 Abrirse ve en el aire extrañas rosas,
 Iris la Tierra es, roto en colores,—
 Raudal que juvenece y rueda limpio
 Por perfumado llano, y al retozo
 Y al desmayo después plácido brinda!—
 ¡Y para mí, porque a los hombres amo

Y mi gusto y mi bien terco descuido,
 La Tierra melancólica aparece
 Sobre mi frente que la vida bate,
 De lúgubre color inmenso yugo!
 La frente encorvo, el cuello manso inclino
 Y, con los labios apretados, muero.

POMONA

OH ritmo de la carne, oh melodía,
 Oh licor vigorante, oh filtro dulce
 De la hechicera forma! ¡No hay milagro
 En el cuento de Lázaro, si Cristo
 Llevó a su tumba una mujer hermosa!

¿Qué soy, quién es, sino Memnón en donde
 Toda la luz del Universo canta,
 Y cauce humilde en el que van revueltas,
 Las eternas corrientes de la vida?
 Iba, como arroyuelo que cansado
 De regar plantas ásperas fenece,
 Y, de amor por el noble Sol, transido,
 A su fuego con gozo se evapora:
 Iba, cual jarra que el licor ligero
 En el fermento rompe,
 Y en silenciosos hilos abandona:
 Iba, cual gladiador que sin combate
 Del incólume escudo ampara el rostro

Y el cuerpo rinde en la ignorada arena.
 ...¡Y súbito, las fuerzas juveniles
 De un nuevo mar, el pecho rebosante
 Hinchán y embargan, el cansado brío
 Arde otra vez, y puebla el aire sano
 Música suave y blando olor de mieles!
 Porque a mis ojos los brazos olorosos
 En armónico gesto alzó Pomona.

MEDIANOCHE

OH, qué vergüenza! El Sol ha iluminado
 La Tierra; el amplio mar en sus entrañas
 Nuevas columnas a sus naves rojas
 Ha levantado; el monte, granos nuevos
 Juntó en el curso del solemne día
 A sus jaspes y breñas; en el vientre
 De las aves y bestias nuevos hijos
 Vida, que es forma, cobran; en las ramas
 Las frutas de los árboles maduran;
 ¡Y yo, mozo de gleba, he puesto sólo.
 Mientras que el mundo gigantesco crece,
 Mi jornal en las ollas de la casa!

¡Por Dios, que soy un vil! ¡No en vano el sueño
 A mis pálidos ojos es negado!
 ¡No en vano por las calles titubeo
 Ebrio de un vino amargo, cual quien busca

Fosa ignorada donde hundirse, y nadie
 Su crimen grande y su ignominia sepa!
 ¡No en vano el corazón me tiembla ansioso
 Como el pecho sin calma de un malvado!

¡El cielo, el cielo, con sus ojos de oro
 Me mira, y ve mi cobardía, y lanza
 Mi cuerpo fugitivo por la sombra
 Como quien loco y desolado huye
 De un vigilante que en sí mismo lleva!
 ¡La Tierra es soledad! ¡La luz se enfría!
 ¿Adónde iré que este volcán se apague?
 ¿Adónde iré que el vigilante duerma?

¡Oh, sed de amor! Oh, corazón prendado
 De cuanto vivo el Universo habita:
 Del gusanillo verde en que se trueca
 La hoja del árbol; del rizado jaspe
 En que las ondas de la mar se cuajan;
 De los árboles prescos, que a los ojos
 Me sacan siempre lágrimas; del lindo
 Bribón gentil que con los pies desnudos
 En fango y nieve, diario o flor pregona.

¡Oh, corazón, que en el carnal vestido
 No hierros de hacer oro, ni belfudos
 Labios glotones y sensuosos mira,
 Sino corazas de batalla; y hornos
 Donde la vida universal fermenta!

¡Y yo, pobre de mí!, ¡preso en mi jaula,
 La gran batalla de los hombres miro!

HOMAGNO

HOMAGNO sin ventura
 La hirsuta y retostada cabellera
 Con sus pálidas manos se mesaba.
 “Máscara soy, mentira soy, decía;
 Estas carnes y formas, estas barbas
 Y rostro, estas memorias de la bestia,
 Que como silla a lomo de caballo
 Sobre el alma oprimida echan y ajustan,
 Por el rayo de luz que el alma mía
 En la sombra entrevé,—¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
 Que me revelan mi disfraz, son míos.
 Queman, me queman, nunca duermen, oran,
 Y en mi rostro los siento y en el cielo,
 Y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
 ¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
 Un grano ruin de alpiste mal trojado
 Talló el Creador mis colosales hombros?

Ando, pregunto, ruinas y cimientos
 Vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
 En la Creación, la madre de mil pechos,
 Las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
 Cabeza con las secas manos mías
 Acaricio y destrenzo; por la tierra
 Me tiendo compungido, y los confusos
 Pies, con mi llanto baño y con mis besos,
 Y en medio de la noche, palpitante,
 Con mis voraces ojos en el cráneo
 Y en sus órbitas anchas encendidos,
 Trémulo, en mí plegado, hambriento espero
 Por si al próximo sol respuestas vienen.
 Y a cada nueva luz, de igual enjuto
 Modo y ruin, la vida me aparece,
 Como gota de leche que en cansado
 Pezón, al terco ordeño, titubea,
 Como carga de hormiga, como taza
 De agua añeja en la jaula de un jilguero.”
 ¡De mordidas y rotas, ramos de uvas
 Estrujadas y negras, las ardientes
 Manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
 Voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

CUANDO nací, sin sol, mi madre dijo:
 “Flor de mi seno, Homagno generoso,
 De mí y de la Creación suma y reflejo,
 Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
 Mira estas dos, que con dolor te brindo,
 Insignias de la vida: ve y escoge.
 Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
 Hace de manso buey, y como presta
 Servicio a los señores, duerme en paja
 Caliente, y tiene rica y ancha avena.
 Esta, oh misterio que de mí naciste
 Cual la cumbre nació de la montaña,
 Esta, que alumbra y mata, es una estrella.
 Como que riega luz, los pecadores
 Huyen de quien la lleva, y en la vida,
 Cual un monstruo de crímenes cargado,
 Todo el que lleva luz se queda solo.
 Pero el hombre que al buey sin pena imita,
 Buey torna a ser, y en apagado bruto

La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, icrece!

¡Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo;
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón; cuando a los vientos
De Norte y Sur virtió su voz sagrada,
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra.”

— Dame el yugo, oh mi madre, de mar e a
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

ISLA FAMOSA

AQUÍ estoy, solo estoy, despedazado.
Ruge el cielo; las nubes se aglomeran,
Y aprietan, y ennegrecen, y desgajan.
Los vapores del mar la roca ciñen.
Sacra angustia y horror mis ojos comen.
¿A qué, Naturaleza embravecida,
A qué la estéril soledad en torno
De quien de ansia de amor rebosa y muere?
¿Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones?
¿Dónde, oh sombra enemiga, dónde el ara
Digna por fin de recibir mi frente?
¿En pro de quién derramaré mi vida?

Rasgóse el velo; por un tajo ameno
De claro azul, como en sus lienzos abre
Entre mazos de sombra Díaz famoso,
El hombre triste de la roca mira
En lindo campo tropical, galanes
Blancos, y Venus negras, de unas flores

Fétidas y fangosas coronados.
 Danzando van; ¡a cada giro nuevo
 Bajo los muelles pies la tierra cede!
 Y cuando en ancho beso los gastados
 Labios sin lustre, ya trémulos juntan,
 Sáltanles de los labios agoreras
 Aves tintas en hiel, aves de muerte.

SED DE BELLEZA

SOLO, estoy solo: viene el verso amigo,
 Como el esposo diligente acude
 De la erizada tórtola al reclamo
 Cual de los altos montes en deshielo
 Por breñas y por valles en copiosos
 Hilos las nieves desatadas bajan –
 Así por mis entrañas oprimidas
 Un balsámico amor y una avaricia,
 Celeste de hermosura se derraman.
 Tal desde el vasto azul, sobre la tierra,
 Cual si de alma virgen la sombría
 Humanidad sangrienta perfumasen,
 Su luz benigna las estrellas vierten
 ¡Esposas del silencio! – y de las flores
 Tal el aroma vago se levanta.

Dadme lo sumo y lo perfecto: dadme
 Un dibujo de Angelo: una espada
 Con puño de Cellini, más hermosa

Que las techumbres de marfil calado
 Que se place en labrar Naturaleza.
 El cráneo augusto dadme donde ardieron
 El universo Hamlet y la furia
 Tempestuosa del moro:—la manceba
 India que a orillas del ameno río
 Que del viejo Chichén los muros baña
 A la sombra de un plátano pomposo
 Y sus propios cabellos, el esbelto
 Cuerpo bruñido y nítido enjugaba.
 Dadme mi cielo azul..., dadme la pura,
 La inefable, la plácida, la eterna
 Alma de mármol que al soberbio Louvre
 Dio, cual su espuma y flor, Milo famosa.

¡OH, MARGARITA!

UNA cita a la sombra de tu oscuro
 Portal donde el friecillo nos convida
 A apretarnos los dos, de tan estrecho
 Modo, que un solo cuerpo los dos sean:
 Deja que el aire zumbador resbale,
 Cargado de salud, como travieso
 Mozo que las corteja, entre las hojas,
 Y en el pino
 Rumor y majestad mi verso aprenda.
 Sólo la noche del amor es digna.
 La soledad, la oscuridad convienen.
 Ya no se puede amar, ¡oh Margarita!

Perdura, apaga el sol, toma la forma
 De mujer libre y pura, a que yo pueda
 Ungir tus pies, y con mis besos locos
 Ceñir tu frente y calentar tus manos.
 Librame, eterna noche, del verdugo,
 O dale a que me dé con la primera
 Alba una limpia y redentora espada.
 ¿Que con qué la has de hacer? ¡Con luz de estrellas!

AGUILA BLANCA

DE pie, cada mañana,
 Junto a mi áspero lecho está el verdugo.
 Brilla el sol, nace el mundo, el aire ahuyenta
 Del cráneo la malicia,
 Y mi águila infeliz, mi águila blanca,
 Que cada noche en mi alma se renueva,
 Al alba universal las alas tiende
 Y, camino del sol, emprende el vuelo.⁷

.....

Y en vez del claro vuelo al sol altivo
 Por entre pies ensangrentada y rota,
 De un grano en busca el águila rastrea.

Oh noche, sol del triste, amiable seno
 Donde su fuerza el corazón revive,

⁷ Se ha optado por poner puntos suspensivos donde el poeta había dejado claros, ya de versos, ya de algunas palabras, con la intención evidente de llenarlos después. (Nota de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.)

AMOR DE CIUDAD GRANDE

DE gorja son y rapidez los tiempos.
 Corre cual luz la voz; en alta aguja,
 Cual nave despeñada en sirte horrenda,
 Húndese el rayo, y en ligera barca
 El hombre, como alado, el aire hiende.
 ¡Así el amor, sin pompa ni misterio
 Muere, apenas nacido, de saciado!
 ¡Jaula es la villa de palomas muertas
 Y ávidos cazadores! Si los pechos
 Se rompen de los hombres, y las carnes
 Rotas por tierra ruedan, ¡no han de verse
 Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
 De los salones y las plazas; muere
 La flor el día en que nace. Aquella virgen
 Trémula que antes a la muerte daba
 La mano pura que a ignorado mozo;
 El goce de temer; aquel salirse

Del pecho el corazón; el inefable
 Placer de merecer; el grato susto
 De caminar de prisa en derechura
 Del hogar de la amada, y a sus puertas
 Como un niño feliz romper en llanto;
 Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
 Irse tiñendo de color las rosas,
 ¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
 Tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
 Cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
 Dama gentil en casa de magnate!
 ¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
 Y a la copa que pasa se la apura!
 Luego, la copa turbia al polvo rueda,
 ¡Y el hábil catador—manchado el pecho
 De una sangre invisible—sigue alegre
 Coronado de mirtos, su camino!
 ¡No son los cuerpos ya sino desechos,
 Y fosas, y jirones! ¡Y las almas
 No son como en el árbol fruta rica
 En cuya blanda piel la almíbar dulce
 En su sazón de madurez rebosa,
 Sino fruta de plaza que a brutales
 Golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
 ¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
 Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
 Que la ventura falta? Como liebre
 Azorada, el espíritu se esconde,
 Trémulo huyendo al cazador que ríe,
 Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
 Y el deseo, de brazo de la fiebre,
 Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
 De copas por vaciar, o hueecas copas!
 ¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
 Tósigo sea, y en mis venas luego
 Cual duende vengador los dientes clave!
 ¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
 No se sabe beber! ¡No he padecido
 Bastante aún, para romper el muro
 Que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
 ¡Tomad vosotros, catadores ruines
 De vinillos humanos, esos vasos
 Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
 Sin compasión y sin temor se bebe!
 ¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

Nueva York, abril de 1882

HE VIVIDO: ME HE MUERTO...

HE vivido: me he muerto: y en mi andante
 Fosa sigo viviendo: una armadura
 Del hierro montaraz del siglo octavo.
 Menos, sí, menos que mi rostro pesa.
 Al cráneo inquieto lo mantengo fijo
 Porque al rodar por tierra, el mar de llanto
 no asombre.
 Quejarme, no me quejo: es de lacayos
 Quejarse, y de mujeres,
 Y de aprendices de la trova. manos
 Nuevas en liras viejas:—Pero vivo
 Cual si mi ser entero en un agudo
 Desgarrador sollozo, se exhalara.—
 De tierra, a cada sol mis restos propios
 Recojo, presto los apilo a rastras,
 A la implacable luz y a los voraces
 Hombres, cual si vivieran los paseo:
 Mas si frente a la luz me fuese dado
 Como en la sombra do duermo, al polvo

Mis disfraces echar, viérase súbito
 Un cuerpo sin calor venir a tierra
 Tal como un monte muerto que en sus propias
 Inanimadas faldas se derrumba.

He vivido: al deber juré mis armas
 Y ni una vez el sol dobló las cuestas
 Sin que mi lidia y mi victoria viere:—
 ¡Ni hablar, ni ver, ni pensar yo quisiera!
 Cruzando los brazos como en nube
 Parda, en mortal sosiego me hundiría.
 De noche, cuando al sueño a sus soldados
 En el negro cuartel llama la vida,
 La espalda vuelvo a cuanto vive: al muro
 La frente doy, y como jugo y copia
 De mis batallas en la tierra miro—
 ¡La rubia cabellera de una niña
 Y la cabeza blanca de un anciano!

ESTROFA NUEVA

CUANDO, oh Poesía,
 Cuando en tu seno reposar me es dado!
 Ancha es y hermosa y fúlgida la vida.
 ¡Que éste o aquél o yo vivamos tristes,
 Culpa de éste o aquél será, o mi culpa!
 Nace el corcel, del ala más lejano
 Que el hombre, en quien el ala encumbradora
 Ya en los ingentes brazos se diseña.
 Sin más brida que el viento el corcel nace
 Espoleador y flameador; ¡al hombre
 La vida echa sus riendas en la cuna!
 Si las tuerce o revuelve y si tropieza
 Y da en atolladero, a sí se culpe
 Y del incendio o del zarzal redima
 La destrozada brida: sin que al noble
 Sol y vida desafíe.
 De nuestro bien o mal autores somos,
 Y cada cual autor de sí; la queja
 A la torpeza y la deshonra añade
 De nuestro error. ¡Cantemos, sí, cantemos,

Aunque las hidras nuestro pecho roan,
La hermosura y grandeza de la vida,
El Universo colosal y hermoso!

Un obrero tiznado; una enfermiza
Mujer, de faz enjuta y dedos gruesos;
Otra que al dar al Sol los entumidos
Miembros en el taller, como una egipcia
Voluptuosa y feliz, la saya burda
En las manos recoge y canta, y danza;
Un niño que sin miedo a la ventisca,
Como el soldado con el arma al hombro,
Va con sus libros a la escuela; el denso
Rebaño de hombres que en silencio triste
Sale a la aurora y con la noche vuelve,
Del pan del día en la difícil busca,
Cual la luz a Memnón, mueven mi lira.
Los niños, versos vivos, los heroicos
Y pálidos ancianos, los oscuros
Hornos donde en bridón o tritón truecan
Los hombres victoriosos las montañas,
Astiánax son y Andrómaca mejores,
Mejores, sí, que las del viejo Homero.

Naturaleza, siempre viva: el mundo
De minotauro yendo a mariposa,
Que de rondar el Sol enferma y muere;
La sed de luz, que como el mar salado
La de los labios, con el agua amarga
De la vida se irrita; la columna
Compacta de asaltantes que sin miedo
Al Dios de ayer sobre los flacos hombros
La mano libre y desferrada ponen,
Y los ligeros pies en el vacío,

Poesía son y estrofa alada, y grito
Que ni en tercetos ni en octava estrecha
Ni en remilgados serventesios caben.

¡Vaciad un monte; en tajo de Sol vivo
Tallad un plectro; o de la mar brillante
El seno rojo y nacarado, el molde
De la triunfante estrofa nueva sea!

¡Como nobles de Nápoles, fantasmas
Sin carnes ya y sin sangre, que en polvosos
Palacios muertos con añejas chupas
De comido blasón, a paso sordo
Andan, y al mundo que camina enseñan
Como un grito sin voz, la seca encía,
Así, sobre los árboles cansados,
Y los ciriales rotos, y los huecos
De oxidadas diademas, duendecillos
Con chupa vieja y metro viejo asoman!
¡No en tronco seco y muerto hacen sus nidos,
Alegres recaderos de mañana,
Las lindas aves cuerdas y gentiles!
Ramaje quieren suelto y denso, y tronco
Alto y robusto, en fibra rico y savia.
Mas con el Sol se alza el deber; se pone
Mucho después que el Sol; de la hornería
Y su batalla y su fragor cansada
La mente plena en el rendido cuerpo,
Atormentada duerme, ¡como el verso
Vivo en los aires, por la lira rota
Sin dar sonidos desalado pasa!
Perdona, pues, oh estrofa nueva, el tosco
Alarde de mi amor. Cuando, oh Poesía,
Cuando en tu seno reposar me es dado.

MUJERES

I

ESTA, es rubia; ésa, oscura; aquélla, extraña
 Mujer de ojos de mar y cejas negras;
 Y una cual palma egipcia, alta y solemne,
 Y otra como un canario gorjeadora.
 Pasan y muerden; los cabellos luengos
 Echan, como una red; como un juguete
 La lánguida beldad ponen al labio
 Casto y febril del amador que a un templo
 Con menos devoción que al cuerpo llega
 De la mujer amada; ella, sin velos
 Yace, ¡y a su merced!, él, casto y mudo.
 En la inflamada sombra alza dichoso
 Como un manto imperial de luz de aurora.
 Cual un pájaro loco en tanto ausente
 En frágil rama y en menudas flores,
 De la mujer el alma travesea.
 Noble furor enciende al sacerdote,

Y a la insensata, contra el ara augusta
 Como una copa de cristal rompiera.
 Pájaros, sólo pájaros: el alma
 Su ardiente amor reserva al universo.

II

Vino hirviente es amor: del vaso afuera,
 Echa, brillando al sol, la alegre espuma,
 Y en sus claras burbujas, desmayados
 Cuerpos, rizosos niños, cenadores
 Fragantes y amistosas alamedas
 Y juguetones ciervos se retratan.
 De joyas, de esmeraldas, de rubíes,
 De ónices y turquesas y del duro
 Diamante, al fuego eterno derretidos,
 Se hace el vino satánico. Mañana
 El vaso sin ventura que lo tuvo,
 Cual comido de hienas, y espantosa
 Lava mordente, se verá quemado.

III

Bien duerma, bien despierte, bien recline,
 —Aunque no lo reclino—bien de hinojos,
 Ante un niño que juega el cuerpo doble,
 Que no se dobla a viles ni a tiranos,
 Siento que siempre estoy en pie. Si suelo,
 Cual del niño en los rizos suele el aire
 Benigno, en los piadosos labios tristes
 Dejar que vuele una sonrisa, es cierto
 Que así, sépalo el mozo, así sonríen
 Cuantos nobles y crédulos buscaron

El sol eterno en la belleza humana.
 Sólo hay un vaso que la sed apague
 De hermosura y amor: Naturaleza
 Abrazos deleitosos, híbleos besos
 A sus amantes pródiga regala.

IV

Para que el hombre los tallara, puso
 El monte y el volcán Naturaleza;
 El mar, para que el hombre ver pudiese
 Que era menor que su cerebro; en horno
 Igual, sol, aire y hombres elabora.
 Porque los dome, el pecho al hombre inunda
 Con pardos brutos y con torvas fieras.
 ¡Y el hombre no alza el monte; no en el libre
 Aire ni en sol magnífico se trueca,
 Y en sus manos sin honra, a las sensuales
 Bestias del pecho el corazón ofrece!
 A los pies de la esclava vencedora
 El hombre yace deshonrado, muerto.

ASTRO PURO

DE un muerto, que al calor de un astro puro,
 De paso por la tierra, como un manto
 De oro sintió sobre sus huesos tibios
 El polvo de la tumba; al sol radiante
 Resucitó gozoso, vivió un día,
 Y se volvió a morir, son estos versos:

Alma piadosa que a mi tumba llamas
 Y cual la blanca luz de astros de enero,
 Por el palacio de mi pecho en ruinas
 Entrase, irradas, y los restos fríos
 De los que en él voraces habitaron
 Truecas, ¡oh maga!, en cándidas palomas;
 Espíritu, pureza, luz, ternura,
 Ave sin pies que el ruido humano espanta,
 Señora de la negra cabellera,
 El verso muerto a tu presencia surge
 Como a las dulces horas del rocío
 En el oscuro mar el sol dorado.

Y álzase por el aire cuanto existe
 Cual su manto, en el vuelo recogiendo,
 Y a ti llega, y se postra y por la tierra
 En colosales pliegues
 Con majestad de púrpura romana.
 Besé tus pies, te vi pasar, señora.
 ¡Perfume y luz tiene por fin la tierra!
 El verso aquel que a dentelladas duras
 La vida diaria y ruin me remordía
 Y en ásperos retazos, de mis secos
 Y codiciosos labios se exhalaba,
 Ora triunfante y melodioso bulle.
 Y como ola del mar al sol sereno,
 Bajo el espacio azul rueda en espuma:
 ¡Oh mago, oh mago amor!

Ya compañía

Tengo para afrontar la vida eterna.
 Para la hora de la luz, la hora
 De reposo y de flor, ya tengo cita.

Esto diciendo, los abiertos brazos
 Tendió el cantor como a abrazar. El vivo
 Amor que su viril estrofa mueve
 Sólo duró lo que su estrofa dura.
 Alma infeliz el alma ardiente, aquella
 En que el ascua más leve alza un incendio
 y el sueño
 Que vio esplendor, y quiso así, hundióse
 Como un águila muerta. El ígneo, el...
 Calló, brilló, volvió solo a su tumba.

CRIN HIRSUTA

QUE como crin hirsuta de espantado
 Caballo que en los troncos secos mira
 Garras y dientes de tremendo lobo,
 Mi destrozado verso se levanta?...
 Sí, pero ¡se levanta! A la manera,
 Como cuando el puñal se hunde en el cuello
 De la res, sube al cielo hilo de sangre.
 Sólo el amor engendra melodías.

A LOS ESPACIOS...

A los espacios entregarme quiero
 Donde se vive en paz y con un manto
 De luz, en gozo embriagador henchido,
 Sobre las nubes blancas se pasea,
 Y donde Dante y las estrellas viven.
 Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
 En ciertas horas puras, cómo rompe
 Su cáliz una flor, y no es diverso
 Del modo, no, con que lo quiebra el alma.
 Escuchad, y os diré:—viene de pronto
 Como una aurora inesperada, y como
 A la primera luz de primavera
 De flor se cubren las amables lilas...
 ¡Triste de mí! contároslo quería,
 Y en espera del verso, las grandiosas
 Imágenes en fila ante mis ojos
 Como águilas alegres vi sentadas.
 Pero las voces de los hombres cecan
 De junto a mí las nobles aves de oro.

Ya se van, ya se van. Ved cómo rueda
 La sangre de mi herida.
 Si me pedís un símbolo del mundo
 En estos tiempos, vedlo: un ala rota.
 Se labra mucho el oro. ¡El alma apenas!
 Ved cómo sufro. Vive el alma mía
 Cual cierva en una cueva acorralada.
 ¡Oh, no está bien; me vengaré, llorando!

PÓRTICO

FRENTE a las casas ruines, en los mismos
 Sacros lugares donde Franklin bueno
 Citó al rayo y lo ató, por entre truncos
 Muros, cerros de piedra, boqueantes
 Fosos, y los cimientos asomados
 Como dientes que nacen a una encía,
 Un pórtico gigante se elevaba.
 Rondaba cerca de él la muchedumbre
 que siempre en torno
 De las fábricas nuevas se congrega.
 Cuál, que ésta es siempre distinción de necios.
 Absorto ante el tamaño; piedra el otro
 Que no penetra el Sol, y cuál en ira
 De que fuera mayor que su estatura.
 Entre el tosco andamiaje, y las nacientes
 Paredes, aquel pórtico,
 En un cráneo sin tope parecía
 Un labio enorme, lívido e hinchado.

Ruedas y hombres el aire sometieron;
 Trepaban en la sombra; más arriba
 Fueron que las iglesias; de las nubes
 La fábrica magnífica colgaron:
 Y en medio entonces de los altos muros
 Se vio el pórtico en toda su hermosura.

MANTILLA ANDALUZA

POR qué no acaba todo, ora que puedes
 Amortajar mi cuerpo venturoso
 Con tu mantilla, pálida andaluza?
 ¡No me avergüenzo, no, de que me encuentren
 Clavado el corazón con tu peineta!

¡Te vas! Como invisible escolta, surgen
 Sobre sus tallos frescos, a seguirte
 Mis jazmines sin mancha y mis claveles.
 ¡Te vas! ¡Todos se van! Y tú me miras,
 Oh perla pura en flor, como quien echa
 En honda copa joya resonante,
 Y a tus manos tendidas me abalanzo
 Como a un cesto de frutas un sediento.

De la tierra mi espíritu levantas
 Como el ave amorosa a su polluelo.

COMO nacen las palmas en la arena
 Y la rosa en la orilla al mar salobre,
 Así de mi dolor mis versos surgen
 Convulsos, encendidos, perfumados.
 Tal en los mares sobre el agua verde,
 La vela hendida, el mástil trunco, abierto
 A las ávidas olas el costado,
 Después de la batalla fragorosa
 Con los vientos, el buque sigue andando.

¡Horror, horror! ¡En tierra y mar no había
 Más que crujidos, furia, niebla y lágrimas!
 Los montes, desgajados sobre el llano
 Rodaban; las llanuras, mares turbios,
 En desbordados ríos convertidas,
 Vaciaban en los mares; un gran pueblo

⁸ Sin título en el original, y, más que de otros, dudamos si será éste el que le corresponde. Lo mismo decimos de la que hemos titulado "Noche de Mayo". (Nota de Gonzalo de Quesada y Aróstegui.)

Del mar cabido hubiera en cada arruga;
 Estaban en el cielo las estrellas
 Apagadas; los vientos en jirones
 Revueltos en la sombra, huían, se abrían,
 Al chocar entre sí, y se despeñaban;
 En los montes del aire resonaban
 Rodando con estrépito; ¡en las nubes
 Los astros locos se arrojaban llamas!

Rió luego el Sol; en tierra y mar lucía
 Una tranquila claridad de boda.
 ¡Fecunda y purifica la tormenta!
 Del aire azul colgaban ya, prendidos
 Cual gigantescos tules, los rasgados
 Mantos de los crespudos vientos, rotos
 En el fragor sublime. ¡Siempre quedan
 Por un buen tiempo luego de la cura
 Los bordes de la herida sonrosados!
 Y el barco, como un niño, con las olas
 Jugaba, se mecía, travesaba.

ODIO EL MAR

ODIO el mar, sólo hermoso cuando gime
 Del barco domador bajo la hendente
 Quilla, y como fantástico demonio
 De un manto negro colosal tapado,
 Encórrase a los vientos de la noche
 Ante el sublime vencedor que pasa:—
 Y a la luz de los astros, encerrada
 En globos de cristales, sobre el puente
 Vuelve un hombre impasible la hoja a un libro.—

Odio el mar: vasto y llano, igual y frío
 No cual la selva hojosa echa sus ramas
 Como sus brazos, a apretar al ~~triste~~
 Que herido viene de los hombres duros
 Y del bien de la vida desconfía;
 No cual honrado luchador, en suelo
 Firme y pecho seguro, al hombre aguarda
 Sino en traidora arena y movediza,

Cual serpiente letal.—También los mares,
 El sol también, también Naturaleza
 Para mover el hombre a las virtudes,
 Franca ha de ser, y ha de vivir honrada—
 Sin palmeras, sin flores, me parece
 Siempre una tenebrosa alma desierta.

Que yo voy muerto, es claro: a nadie importa
 Y ni siquiera a mí, pero por bella,
 Ignea, varia, inmortal, amo la vida.

Lo que me duele no es vivir; me duele
 Vivir sin hacer bien. Mis penas amo,
 Mis penas, mis escudos de nobleza.
 No a la próspera vida haré culpable
 De mi propio infortunio, ni el ajeno
 Goce envenenaré con mis dolores.
 Buena es la tierra, la existencia es santa.
 Y en el mismo dolor, razones nuevas
 Se hallan para vivir, y goce sumo,
 Claro como una aurora y penetrante.

Mueran de un tiempo y de una vez los necios
 Que porque el llanto de sus ojos surge
 Más grande y más hermoso que los mares.
 Odio el mar, muerto enorme, triste muerto
 De tórpes y glotonas criaturas
 Odiosas habitado: se parecen
 A los ojos del pez que de harto expira,
 Los del gañán de amor que en brazos tiembla
 De la horrible mujer libidinosa:—
 Vilo, y lo dije:—algunos son cobardes,
 Y lo que ven y lo que sienten callan:
 Yo no: si hallo un infame al paso mío,

Dígole en lengua clara: ahí va un infame,
 Y no, como hace el mar, escondo el pecho.
 Ni mi sagrado verso nimio guardo
 Para tejer rosarios a las damas
 Y máscaras de honor a los ladrones.

Odio el mar, que sin cólera soporta
 Sobre su lomo complaciente, el buque
 Que entre música y flor trae a un tirano.

¡Divino oficio! El Universo entero,
 Su forma sin perder, cobra la forma
 De la mujer amada, y el esposo
 Ausente, el cielo póstumo adivina
 Por el casto dolor purificado.

NOCHE DE MAYO

CON un astro la tierra se ilumina;
 Con el perfume de una flor se llenan
 Los ámbitos inmensos. Como vaga,
 Misteriosa envoltura, una luz tenue
 Naturaleza encubre, y una imagen
 Misma del linde en que se acaba brota
 Entre el humano batallar. ¡Silencio!
 ¡En el color, oscuridad! ¡Enciende
 El sol al pueblo bullicioso y brilla
 La blanca luz de luna! En los ojos
 La imagen va, porque si fuera buscan
 Del vaso herido la admirable esencia,
 En haz de aromas a los ojos surge;
 Y si al peso del párpado obedecen,
 ¡Como flor que al plegar las alas pliega
 Consigo su perfume, en el solemne
 Templo interior como lamento triste
 La pálida figura se levanta!

BANQUETE DE TIRANOS

HAY una raza vil de hombres tenaces
 De sí propios inflados, y hechos todos,
 Todos del pelo al pie, de garra y diente;
 Y hay otros, como flor, que al viento exhalan
 En el amor del hombre su perfume.
 Como en el bosque hay tórtolas y fieras
 Y plantas insectívoras y pura
 Sensitiva y clavel en los jardines.
 De alma de hombres los unos se alimentan:
 Los otros su alma dan a qué se nutran
 Y perfumen su diente los glotones,
 Tal como el hierro frío en las entrañas
 De la virgen que mata se calienta.

A un banquete se sientan los tiranos,
 Pero cuando la mano ensangrentada
 Hunden en el manjar, del mártir muerto
 Surge una luz que les aterra, flores
 Grandes como una cruz súbito surgen

Y huyen, rojo el hocico, y pavoridos
 A sus negras entrañas los tiranos.
 Los que se aman a sí, los que la augusta
 Razón a su avtricia y gula ponen:
 Los que no ostentan en la frente honrada
 Ese cinto de luz que en el yugo funde
 Como el inmenso sol en ascuas quiebra
 Los astros que a su seno se abalanzan:
 Los que no llevan del decoro humano
 Ornado el sano pecho: los menores
 Y los segundones de la vida, sólo
 A su goce ruin y medro atentos
 Y no al concierto universal.

Danzas, comidas, músicas, harenes,
 Jamás la aprobación de un hombre honrado.
 Y si acaso sin sangre hacerse puede,
 Hágase... clávalos, clávalos
 En el horcón más alto del camino
 Por la mitad de la villana frente.
 A la grandiosa humanidad traidores,
 Como implacable obrero
 Que un féretro de bronce clavetea,
 Los que contigo
 Se parten la nación a dentelladas.

COPA CON ALAS

UNA copa con alas ¿quién la ha visto
 Antes que yo? Yo ayer la vi. Subía
 con lenta majestad, como quien vierte
 Oleo sagrado; y a sus dulces bordes
 Mis regalados labios apretaba.
 ¡Ni una gota siquiera, ni una gota
 Del bálsamo perdí que hubo en tu beso!

Tu cabeza de negra cabellera
 ¿Te acuerdas? con mi mano requería,
 Porque de mí tus labios generosos
 No se apartaran. Blanda como el beso
 Que a ti me transfundía, era la suave
 Atmósfera en redor; ¡la vida entera
 Sentí que a mí abrazándote, abrazaba!
 ¡Perdí el mundo de vista, y sus ruidos
 Y su envidiosa y bárbara batalla!
 Una copa en los aires ascendía

¡Y yo, en brazos no vistos reclinado
 Tras ella, asido de sus dulces bordes,
 Por el espacio azul me remontaba!

¡Oh amor, oh inmenso, oh acabado artista!
 En rueda o riel funde el herrero el hierro;
 Una flor o mujer o águila o ángel
 En oro o plata el joyador cincela;
 ¡Tú sólo, sólo tú, sabes el modo
 De reducir el Universo a un beso!

ARBOL DE MI ALMA

COMO un ave que cruza el aire claro,
 Siento hacia mí venir tu pensamiento
 Y acá en mi corazón hacer su nido.
 Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas
 Como los labios frescos de un mancebo
 En su primer abrazo a una hermosura;
 Cuchichean las hojas; tal parecen
 Lenguaraces obreras y envidiosas,
 A la doncella de la casa rica
 En preparar el tálamo ocupadas.
 Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.
 ¡Todo lo triste cabe en él, y todo,
 Cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!
 De hojas secas, y polvo, y derruidas
 Ramas lo limpio; bruño con cuidado
 Cada hoja, y los tallos; de las flores
 Los gusanos y el pétalo comido
 Separo; oreo el césped en contorno
 Y a recibirte, oh pájaro sin mancha,
 ¡Apresto el corazón enajenado!

LUZ DE LUNA

ESPLENDÍA su rostro; por los hombros
 Rubias guedejas le colgaban; era
 Una caricia su sonrisa: era
 Ciego de nacimiento: parecía
 Que veía: tras los párpados callados
 Como un lago tranquilo, el alma exenta
 Del horror que en el mundo ven los ojos,
 Sus apacibles aguas deslizaba:
 Tras los párpados blancos se veían
 Aves de plata, estrellas voladoras,
 En unas grutas pálidas los besos
 Risueños disputándose la entrada,
 Y en el dorso de cisnes navegando
 Del cielo fiel los pensamientos puros.

Como una rama en flor, al sosegado
 Río silvestre que hacia el mar camina,
 Una afable mujer se asomó al ciego:
 Tembló, encendiéndose, se cubrió de rosas,

Y las pálidas manos del amante
 Besó cien veces, y llenó con ellas:
 En la misma guirnalda entrelazados
 Pasan los dos la generosa vida:
 Tan grandes son las flores que a su sombra
 Suelen dormir la prolongada siesta.

Cual quien enfrena a un potro que husmeando
 Campo y batalla, en el portal sujeto
 Mira, como quien muerde, al amo duro,
 Así, rebelde a veces, tras sus ojos
 El pobre ciego el alma sujetaba.
 —¡Oh, si vieras!—los necios le decían
 Que no han visto en sus almas—¡oh, si vieras
 Cuando sobre los trigos requemados,
 Su ejército de rayos el sol lanza,
 Cómo chispean, cómo relucen, cómo,
 Asta al aire, el hinchado campamento
 Los cascos mueve y el plumón lustrosos!
 ¡Si vieras cómo el mar, roto y negruzco
 Vuelca al barco infeliz, y encumbra al fuerte;
 Si vieses, infeliz, cómo la Tierra
 Cuando la Luna llena la ilumina,
 Desposada parece que en los aires
 Buscando va, con planta perezosa,
 La casa florecida de su amado!
 —¡Ha de ser, ha de ser como quien toca
 La cabeza de un niño!

—Calla, ciego.

Es como asir en una flor la vida.

De súbito vio el ciego.—Esta que esplende,
 Dijéronle, es la Luna. ¡Mira, mira
 Qué mar de luz! ¡Abismos, ruinas, cuevas,

Todo por ella casto y blando luce
 Como de noche el pecho de las tórtolas!
 —¿Nada más?—dijo el ciego, y retornando
 A su amada celosa los ya abiertos
 Ojos, besóla la temblante mano
 Humildemente, y díjole:—No es nueva,
 Para el que sabe amar, la luz de luna.

FLOR DE HIELO

(Al saber que era muerto Manuel Ocaranza)

MÍRALA! ¡Es negra! ¡Es torva! Su tremenda
Hambre la azuza. Son sus dientes hoces;
Antro su fauce; secadores vientos
Sus hálitos; su paso, ola que traga
Huertos y selvas; sus manjares, hombres.
¡Viene! ¡escondeos, oh caros amigos,
Hijo del corazón, padres muy caros!
Do asoma, quema; es sorda, es ciega:—El hambre
Ciega el alma y los ojos. ¡Es terrible
El hambre de la Muerte!

No es ahora

La generosa, la clemente amiga
Que el muro rompe al alma prisionera
Y le abre el claro cielo fortunado;
No es la dulce, la plácida, la pía
Redentora de tristes, que del cuerpo,
Como de huerto abandonado, toma

El alma adolorida, y en más alto
Jardín la deja, donde blanda luna
Perpetuamente brilla, y crecen sólo
En vástagos en flor blancos rosales;
No la esposa evocada; no la eterna
Madre invisible, que los anchos brazos,
Sentada en todo el ámbito solemne,
Abre a sus hijos, que la vida agosta,
Y a reposar y a reparar sus bríos
Para el fragor y la batalla nueva
Sus cabezas igníferas reclina
En su puro y jovial seno de aurora.

¡No; aun a la diestra del Señor sublime
Que envuelto en nubes, con sonora planta
Sobre cielos y cúspides pasea;
Aun en los bordes de la copa dívea
En colosal montaña trabajada
Por tallador cuyas tundentes manos
Hechas al rayo y trueno fragorosos
Como barro sutil la roca herían;
Aun a los lindes del gigante vaso
Donde se bebe al fin la paz eterna,
El mal, como un insecto, sus oscuros
Anillos mueve y sus antenas clava,
Artero, en los sedientos bebedores!

Sierva es la Muerte: sierva del callado
Señor de toda vida: ¡salvadora
Oculto de los hombres! Mas el ígneo
Dueño a sus siervos implacable ordena
Que hasta rendir el postrimer aliento,
A la sombra feliz del mirto de oro,
El bien y el mal el seno les combatan;

Y sólo las eternas rosas ciñe
 Al que a sus mismos ojos el mal torvo
 En batalla final colvulso postra.
 Y pío entonces en la seca frente
 Da aquel, en cuyo seno poderoso
 No hay muerte ni dolor, un largo beso.
 Y en la Muerte gentil, la Muerte misma,
 ¡Lidian el bien y el mal...! ¡Oh dueño rudo,
 A rebelión y a admiración se mueve
 Este misterio de dolor, que pena
 La culpa de vivir, que es culpa tuya,
 Con el dolor tenaz, martirio nuestro!
 ¿Es tu seno quizá tal hermosura
 Y el placer de domar la interna fiera
 Gozo tan vivo, que el martirio mismo
 Es precio pobre a la final delicia?
 ¡Hora tremenda y criminal, oh Muerte,
 Aquella en que en tu seno generoso
 El hambre ardió, y en el ilustra amigo
 Seca posaste la tajante mano!
 ¡No es, no, de tales víctimas tu empresa
 Poblar la sombra! De cansados ruines,
 De ancianos laxos, de guerreros flojos
 Es tu oficio poblarla, y en tu seno
 Rehacer al viejo la gastada vida
 Y al soldado sin fuerzas la armadura.
 ¡Mas el taller de los creadores sea,
 ¡Oh Muerte! de tus hambres reservado!
 ¡Hurto ha sido; tal hurto, que en la sola
 Casa, su pueblo entero los cabellos
 Mesa, y su triste amigo solitario
 Con gestos grandes de dolor sacude,
 Por él clamando, la callada sombra!
 ¡Dime, torpe hurtadora, di el oscuro

Monte donde tu recia culpa amparas;
 Y donde con la seca selva en torno,
 Cual cabellera de tu cráneo hueco,
 En lo profundo de la tierra escondes
 Tu generosa víctima! ¡Di al punto
 El antro, y a sus puertas con el pomo
 Llamaré de mi espada vengadora!
 Mas, ¡ay! ¿Qué a dó me vuelvo? ¿Qué soldado
 A seguirme vendrá? ¡Capua es la tierra,
 Y de orto a ocaso, y a los cuatro vientos!
 No hay más, no hay más que infames desertores,
 De pie sobre sus armas enmohecidas
 En rellenar sus arcas afanados.

No de mármol son ya, ni son de oro,
 Ni de piedra tenaz o hierro duro
 Los divinos magníficos humanos.
 De algo más torpe son: ¡jaulas de carne
 Son hoy los hombres, de los vientos crueles
 Por mantos de oro y púrpura amparados,
 Y de la jaula en lo interior, un negro
 Insecto de ojos ávidos y boca
 Ancha y febril, retoza, come, ríe!
 ¡Muerte! el crimen fue bueno: ¡guarda, guarda
 En la tierra inmortal tu presa noble!

CON LETRAS DE ASTROS

CON letras de astros el horror que he visto
 En el espacio azul grabar querría
 En la llanura, muchedumbre:—en lo alto
 Mientras que los de abajo andan y ruedan
 Y sube olor de frutas estrujadas,
 Olor de danza, olor de lecho, en lo alto
 De pie entre negras nubes, y en los hombros
 Cual principio de alas se descuelgan,
 Como un monarca sobre un trono, surge
 Un joven bello, pálido y sombrío.
 Como estrella apagada, en el izquierdo
 Lado del pecho vésele abertura
 Honda y boqueante, bien como la tierra
 Cuando de cuajo un árbol se le arranca
 Abalánzanse, apriétanse, recógense,
 Ante él, en negra tropa, toda suerte
 De fieras, anca al viento, y bocas juntas
 En una inmensa boca,—y en bordado
 Plato de oro bruñido y perlas finas
 Su corazón el bardo les ofrece.

MIS VERSOS VAN REVUELTOS...

MIS versos van revueltos y encendidos
 Como mi corazón: bien es que corra
 Manso el arroyo que en fácil llano
 Entre céspedes frescos se desliza:
 ¡Ay!; pero el agua que del monte viene
 Arrebatada; que por hondas breñas
 Baja, que la destrozan; que en sedientos
 Pedregales tropieza, y entre rudos
 Troncos salta en quebrados borbotones.
 ¿Cómo, despedazada, podrá luego
 Cual lebel de salón, jugar sumisa
 En el jardín podado con las flores,
 O en pecera de oro ondear alegre
 Para querer de damas olorosas?—

Inundará el palacio perfumado,
 Como profanación: se entrará fiera
 Por los joyantes gabinetes, donde
 Los bardos, lindos como abates, hilan

Tiernas quintillas y rimas dulces
 Con aguja de plata en blanca seda.
 Y sobre sus divanes espantadas
 Las señoras, los pies de media suave
 Recogerán,—en tanto el agua rota,
 Falsa, como todo lo que expira,
 Besa humilde el chapín abandonado,
 ¡Y en bruscos saltos destemplada muere!

POÉTICA

LA verdad quiere cetro. El verso mío
 Puede, cual paje amable, ir por lujosas
 Salas, de aroma vario y luces ricas,
 Temblando enamorado en el cortejo
 De una ilustre princesa, o gratas nieves
 Repartiendo a las damas. De espadines
 Sabe mi verso, y de jubón violeta
 Y toca rubia, y calza acuchillada.
 Sabe de vinos tibios y de amores
 Mi verso montaraz; pero el silencio
 Del verdadero amor, y la espesura
 De la selva prolífica prefiere:
 ¡Cuál gusta del canario, cuál del águila!

Como en invierno un pájaro en su nido!
 ¡Maldiga Dios a dueños y tiranos
 Que hacen andar los cuerpos sin ventura
 Por do no pueden ir los corazones! —

LA POESÍA ES SAGRADA...

LA poesía es sagrada. Nadie
 De otro la tome, sino en sí. Ni nadie
 Como a esclava infeliz que el llanto enjuga
 Para acudir a su inclemente dueña,
 La llame a voluntad: que vendrá entonces
 Pálida y sin amor, como una esclava.
 Con desmayadas manos el cabello
 Peinará a su señora: en alta torre,
 Como pieza de gran repostería,
 Le apretará las trenzas; o con viles
 Rizados cubrirá la noble frente
 Por donde el alma su honradez enseña;
 O la atará mejor, mostrando el cuello,
 Sin otro adorno, en un discreto nudo.
 ¡Mas mientras la infeliz peina a la dama,
 Su triste corazón, cual ave roja
 De alas heridas, estará temblando
 Lejos ¡ay! En el pecho de su amante,

CUELTAN QUE ANTANO...

CUELTAN que antano, — y por si no lo cuentan,
 Invéntolo, — un labriego que quería
 Mucho a un zorzal, a quien dejaba libre
 Surcar el aire y desafiar el viento —
 De cierto bravo halcón librarlo quiso
 Que en cazar por el ala adestró astuto
 Un señorín de aquellas cercanías, —
 Y púsole al zorzal el buen labriego,
 Sobre sus alas, otras dos, de modo
 Que el vuelo alegre al ave no impidiesen.

Salió el sol, el halcón, rompiendo nubes,
 Tras el zorzal, que a la querencia amable
 Del labrador inquieto se venía:
 Ya le alcanza: ya le hinca: ya estremece
 En la mano del mozo el hilo duro:
 Mas iguay del señorín!: el halcón sólo

Prendió al zorzal, que diestro se le escurre,
 Por las alas postizas del labriego.

¡Así, quien caza por la rima, aprende
 Que en sus garras se escapa la poesía!

Y sigo a mi labor, como creyente
 A quien unge en la sien el sacerdote
 De rostro liso y vestiduras blancas—
 Practico: en el divino altar comulgo
 De la Naturaleza: es mi hostia el alma humana.

CANTO RELIGIOSO

LA fatiga y las sábanas sacudo:
 Cuando no se es feliz, abrumba el sueño
 Y el sueño, tardo al infeliz, y el miedo
 A ver la luz que alumbra su desdicha
 Resístense los ojos,—y parece
 No que en plumones mansos se ha dormido
 Sino en los brazos negros de una fiera.
 Al aire luminoso, como al río
 El sediento peatón, dos labios se abren:
 El pecho en lo interior se encumbra y goza
 Como el hogar feliz cuando recibe
 En Año Nuevo a la familia amada;—
 ¡Y brota, frente al sol, el pensamiento!

Mas súbito, los ojos se oscurecen,
 Y el cielo, y a la frente va la mano
 Cual militar que el pabellón saluda:
 Los muertos son, los muertos son, devueltos
 A la luz maternal: los muertos pasan.

¡Y boqueantes por la tierra seca
 Queman los pies los escaldados leños!
 ¡Toda fue flor la aterradora tumba!
 ¡No, música tenaz, me hables del cielo!

¡NO, MÚSICA TENAZ...!

NO, música tenaz, me hables del cielo!
 ¡Es morir, es temblar, es desgarrarme
 Sin compasión el pecho! Si no vivo
 Donde como una flor al aire puro
 Abre su cáliz verde la palmera,
 Si del día penoso a casa vuelvo...
 ¿Casa dije? ¡No hay casa en tierra ajena!...
 ¡Roto vuelvo en pedazos encendidos!
 Me recojo del suelo: alzo y amaso
 Los restos de mí mismo; ávido y triste
 Como un éstatuador un Cristo roto:
 Trabajo, siempre en pie, por fuera un hombre
 ¡Venid a ver, venid a ver por dentro!
 Pero tomad a que Virgilio os guíe...
 Si no, estáos afuera: el fuego rueda
 Por la cueva humeante: como flores
 De un jardín infernal se abren las llagas:

EN TORNO AL MÁRMOL ROJO...

EN torno al mármol rojo en donde duerme
 El corso vil, el Bonaparte infame,
 Como manos que acusan, como lívidas,
 Desgreñadas crenchas, las banderas
 De tanto pueblo mutilado y roto
 En pedazos he visto, ensangrentadas!
 Bandera fue también el alma mía
 Abierta al claro sol y al aire alegre
 En una asta, derecha como un pino.—
 La vieron y la odiaron, gerifaltes
 Pusieron, y celosa halconería a abatirla echaron,
 A traer el fleco de oro entre sus picos:
 ¡Oh! Mucho halcón del cielo azul ha vuelto
 Con un jirón de mi alma entre sus garras.
 Y ¡sus! yo a izarla—y ¡sus! con piedra y palo
 Las gentes a arriarla,— y ¡sus! el pino
 Como en fuga alargábase hasta el cielo
 ¡Y por él mi bandera blanca entraba!

¡Mas tras ella la gente, pino arriba,
 Este el hacha, ése daga, aquél ponzoña,
 Negro el aire en redor, negras las nubes,
 Allí donde los astros son robustos
 Pinos de luz, allí donde en fragantes
 Lagos de leche van cisnes azules,
 Donde el alma entra a flor, donde palpitan,
 Susurran, y echan a volar las rosas,
 Allí, donde hay amor, allí en las aspas
 Mismas de las estrellas me embistieron!—
 Por Dios, que aún se ve el asta: mas tan rota
 Ya la bandera está, que no hay ninguna
 Tan rota y sin ventura como ella
 En las que adornan la apagada cripta
 ¡Donde en su rojo féretro sus puños
 Roe despierto el Bonaparte infame!—

YO SACARÉ LO QUE EN EL PECHO TENGO

YO sacaré lo que en el pecho tengo
 De cólera y de horror. De cada vivo
 Huyó, azorado, como de un leproso.
 Ando en el buque de la vida: sufro
 De náuseas y mal de mar: un ansia odiosa
 Me angustia las entrañas: ¡quién pudiera
 En un solo vaivén dejar la vida!
 No esta canción desoladora escribo
 En hora de dolor:

¡Jamás se escriba
 En hora de dolor! el mundo entonces
 Como un gigante a hormiga pretenciosa
 Unce al poeta destemplado: escribo
 Luego de hablar con un amigo viejo,
 Limpio goce que el alma fortifica:—
 ¡Mas, cual las cubas de madera noble,
 La madre del dolor guardo en mis huesos!
 ¡Ay! ¡mi dolor, como un cadáver, surge

A la orilla, no bien el mar serena!
 Ni un poro sin herida: entre la uña
 Y la yema, estiletes me han clavado
 Que me llegan al pie; se me han comido
 Fríamente el corazón: y en este juego
 Enorme de la vida, cupo en suerte
 Nutrirse de mi sangre a una lechuza.
 ¡Así hueco y roído, al viento floto
 Alzando el puño y maldiciendo a voces,
 En mis propias entrañas encerrado!

No es que mujer me engañe, o que fortuna
 Me esquivé su favor, o que el magnate
 Que no gusta de pulcros, me querelle:
 Es ¿quién quiere mi vida? es que a los hombres
 Palpo, y conozco, y los encuentro malos.—
 Pero si pasa un niño cuando lloro
 Le acaricio el cabello, y lo despido
 Como el naviero que a la mar arroja
 Con bandera de gala un barco blanco.

Y si decís de mí blasfemia, os digo
 Que el blasfemo sois vos: ¿a qué me dieron
 Para vivir en un tigral, sedosa
 Ala, y no garra aguda? ¿o por acaso
 Es ley que el tigre de alas se alimente?
 Bien puede ser: ¡de alas de luz repleto,
 Daráse al fin de un tigre luminoso,
 Radiante como el Sol, la maravilla!—
 ¡Apresure el tigral el diente duro!
 ¡Nútrase en mí: coma de mí: en mis hombros
 Clave los grifos bien: móncheme el cráneo,
 Y, con dolor, a su mordida en tierra

Caigan deshechas mis ardientes alas!
 ¡Feliz aquel que en bien del hombre muere!
 ¡Bésale el perro al matador la mano!

¡Como un padre a sus hijas, cuando pasa
 Un galán pudridor, yo mis ideas
 De donde pasa el hombre, por quien muero,
 Guardo, como un delito, al pecho helado!

Conozco el hombre, y lo he encontrado malo.
 ¡Así, para nutrir el fuego eterno
 Perecen en la hoguera los mejores!
 ¡Los menos por los más! ¡los crucifijos
 Por los crucificantes! En maderos
 Clavaron a Jesús: sobre sí mismos
 Los hombres de estos tiempos van clavados.
 Los sabios de Chichén, la tierra clara
 Donde el aroma y el maguey se crían,
 Con altos ritos y canciones bellas
 Al hondo de cisternas olorosas
 A sus vírgenes lindas despeñaban,
 A su virgen mejor precipitaban.
 Del temido brocal se alzaba luego
 A perfumar el Yucatán florido
 Como en talle negruzco rosa suave
 Un humo de magníficos olores:—
 Tal a la vida echa el Creador los buenos:
 A perfumar: a equilibrar: ¡ea! clave
 El tigre bien sus garras en mis hombros:
 Los viles a nutrirse: los honrados
 A que se nutran los demás en ellos.

Para el misterio de la Cruz, no a un viejo
 Pergamino teológico se baje:

Bájese al corazón de un virtuoso.
 Padece mucho un cirio que ilumina:
 ¡Sonríe, como virgen que se muere,
 La flor cuando la siegan de su tallo!
 ¡Duele mucho en la tierra un alma buena!
 De día, luce brava: por la noche
 Se echa a llorar sobre sus propios brazos:
 Luego que ve en el aire la aurora
 Su horrenda lividez, por no dar miedo
 A la gente, con sangre de sus mismas
 Heridas, tiñe el miserable rostro,
 ¡Y emprende a andar, como una calavera
 Cubierta, por piedad, de hojas de rosa!

Diciembre 14

MI POESÍA

MUY fiera y caprichosa es la Poesía,
 A decírselo vengo al pueblo honrado:
 La denuncio por fiera. Yo la sirvo
 Con toda honestidad: no la maltrato;
 No la llamo a deshora cuando duerme,
 Quieta, soñando, de mi amor cansada,
 Pidiendo para mí fuerzas al cielo;
 No la pinto de gualda y amaranto
 Como aquesos poetas; no le estrujo
 En un talle de hierro el franco seno;
 Y el cabello dorado, suelto al aire,
 Ni con cintas retóricas le cojo:
 No: no la pongo en lindas vasijas
 Que morirían; sino la vierto al mundo
 A que cree y fecunde, y rueda y crezca
 Libre cual las semillas por el viento.
 Eso sí: cuido mucho de que sea
 Claro el aire en su torno; musicales,
 —Puro su lecho y limpio surtido—
 Los rasos que la amparan en el sueño,

Y limpios y aromados sus vestidos.—
 Cuando va a la ciudad, mi Poesía
 Me vuelve herida toda, el ojo seco
 Y como de enajenado, las mejillas
 Como hundidas, de asombro: los dos labios
 Gruesos, blandos, manchados; una que otra
 Luta de cieno—en ambas manos puras
 Y el corazón, por bajo el pecho roto
 Como un cesto de ortigas encendido:
 Así de la ciudad me vuelve siempre:
 Mas con el aire de los campos cura
 Bajo del cielo en la serena noche
 Un bálsamo que cierra las heridas.
 ¡Arriba, oh corazón!: ¿quién dijo muerte?

Yo protesto que mimo a mi Poesía:
 Jamás en sus vagares la interrumpo,
 Ni de su ausencia larga me impaciento.
 ¡Viene a veces terrible! ¡Ase mi mano,
 Encendido carbón me pone en ella
 Y cual por sobre montes me la empuja!
 Otras ¡muy pocas! viene amable y buena,
 Y me amansa el cabello; y me conversa
 Del dulce amor, ¡y me convida a un baño!
 Tenemos ella y yo, cierto recodo
 Púdico en lo más hondo de mi pecho:
 ¡Envuelto en olorosa enredadera!—
 Digo que no la fuerzo, y jamás la adorno,
 Y sé adornar; jamás la solicito,
 Aunque en tremendas sombras suelo a veces
 Esperarla, llorando, de rodillas.
 Ella ¡oh coqueta grande! en mi nube
 Airada entra, la faz sobre ambas manos
 Mirando como crecen las estrellas.

Luego, con paso de ala, envuelta en polvo
 De oro, baja hasta mí, resplandeciente.
 Viome un día infausto, rebuscando necio—
 Perlas, zafiros, ónices, cruces
 Para ornarle la túnica a su vuelta.
 Ya de un lado, piedras tenía
 Cruces y acicaladas en hilera,
 Octavas de claveles, cuartetines
 De flores campesinas; tríos, dúos
 De ardiente licor y pálida azucena.
 ¡Qué guirnaldas de décimas! ¡qué flecos
 De sonoras quintillas! ¡qué ribetes
 De pálido romance! ¡qué lujosos
 Broches de rima rara! ¡qué repuesto
 De mil consonantes serviciales
 Para ocultar con juicio las junturas:
 Obra, en fin, de suprema joyería!—
 Mas de pronto una lumbré silenciosa
 Brilla; las piedras todas palidecen,
 Como muertas, las flores caen en tierra
 Lívidas, sin colores: ¡es que bajaba
 De ver nacer los astros mi Poesía!—
 Como una cesta de caretas rotas
 Eché a un lado mis versos. Digo al pueblo
 Que me tiene oprimido mi Poesía:
 Yo en todo la obedezco: apenas siento
 Por cierta voz del aire que conozco
 Su próxima llegada, pongo en fiesta
 Cráneo y pecho; levántanse en la mente,
 Alados, los corceles; por las venas
 La sangre ardiente al paso se dispone;
 ¡El aire limpio, alejo los invitados,
 Muevo el olvido generoso, y barro
 De mí las impurezas de la tierra!

¡No es más pura que mi alma la paloma
 Virgen que llama a su primer amigo!
 Baja; vierte en mi mano unas extrañas
 Flores que el cielo da, flores que queman;—
 Como de un mar que sube, sufre el pecho,
 Y a la divina voz, la idea dormida,
 Royendo con dolor la carne tersa
 Busca, como la lava, su camino:
 De hondas grietas el agujero luego queda,
 Como la falda de un volcán cruzado;
 Precio fatal de los amores con el cielo:
 Yo en todo la obedezco: yo no esquivo
 Estos padecimientos, yo le cubro
 De unos besos que lloran, sus dos blancas
 Manos que así me acabarán la vida.
 Yo ¡qué más! cual de un crimen ignorado
 Sufro, cuando no viene: yo no tengo
 Otro amor en el mundo ¡oh mi Poesía!
 ¡Como sobre la pampa el viento negro
 Cae sobre mí tu enojo!
 A mí, que te respeto.
 De su altivez me quejo al pueblo honrado:
 De su soberbia femenil. No sufre.
 Espera. No perdona. Brilla, y quiere
 Que con el limpio brillo del acero
 Ya el verso al mundo cabalgando salga;—
 ¡Tal, una loca de pudor, apenas
 Un minuto al artista el cuerpo ofrece
 Para que esculpa en mármol su hermosura!—
 ¡Vuelan las flores que del cielo bajan,
 Vuelan, como irritadas mariposas,
 Para jamás volver, las crueles vuelan...

APUNTE ÍNDICE DE MARTÍ DE SUS VERSOS LIBRES

Académica

"Pollice verso"

A mi alma

Al buen Pedro

Hora de vuelo. (Hierro)

Canto de otoño

El padre suizo

BOSQUE DE ROSAS

Flores del cielo

Copa ciclópea

Pomona

Medianoche

Homagno

Yugo y estrella

Isla famosa

Sed de belleza

¡Oh, Margarita!

Aguila blanca

De gorja son y rapidez. (Amor de ciudad grande)

He vivido: me he muerto

Estrofa nueva

Mujeres

Astro puro

HOMAGNO AUDAZ

Crin hirsuta

A los espacios

Pórtico

Mantilla andaluza

Poeta

Odio el mar

Noche de mayo

Banquete de tiranos

Los títulos de los versos que aparecen en letra corriente fueron publicados por primera vez en el volumen XI de las *Obras de Martí*, editadas por Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

También incluyó en ese grupo, por encontrarse en el mismo cuaderno de los originales de los *Versos Libres*, las composiciones "Copa con alas", "Arbol de mi alma", "Luz de Luna" y "Flor de Hielo".

Las composiciones cuyos títulos aparecen en letra cursiva, fueron publicadas por primera vez en el volumen XVI,⁹ en la agrupación VERSOS LIBRES, con excepción de los versos "¡No, música tenaz, me hables del cielo!", "En torno del mármol rojo" y "Yo sacaré lo que en el pecho tengo".

La composición "Bosque de Rosas" no ha podido ser incluida por no encontrarse. Y "Homagno audaz" se encuentra entre los poemas en elaboración, por aparecer tres borradores o fragmentos en letra ininteligible.

Los nombres entre paréntesis, son los que dio Martí, definitivamente, a dos de sus poesías.

Por estar la mayor parte de las composiciones que no aparecen en el apunte índice en hojas sueltas, y por carecer además de fecha, ha sido prácticamente imposible establecer su orden exacto, aunque se ha intentado hacerlo teniendo en cuenta su contenido, y el papel y tinta empleados en cada manuscrito.

⁹ *Flores del Destierro* (Versos inéditos). Tomo xvi, *Obras de Martí*, La Habana, 1933.

FLORES DEL DESTIERRO''

¹⁰ La mayor parte de estas composiciones se encuentran en cuatro cuadernos de apuntes de Martí, y en hojas dispersas. Se agruparon, transcribiendo primero, por su orden, las que se encontraban en los citados cuadernos, dejando para lo último las escritas en hojas sueltas, y que evidentemente pertenecían a este grupo. Los versos sin título se han encabezado con la primera estrofa.



FACSIMILE DEL POEMA "A LA PALABRA", QUE SE ENCUENTRA EN LA PÁGINA 279

A mi tierra
 A una mujer buena
 A mis amigos

Estas que ofrezco, no son composiciones acabadas: son, ¡ay de mí! notas de imágenes tomadas al vuelo, y como para que no se escapasen, entre la muchedumbre antiática de las calles, entre el rodar estruendoso y arrebatado de los ferrocarriles, o en los quehaceres apremiantes e inflexibles de un escritorio de comercio —refugio cariñoso del proscripto.

Por qué las publico, no sé: tengo un miedo pueril de no publicarlas ahora. Yo desdeño todo lo mío: y a estos versos, atormentados y rebeldes, sombríos y querellosos, los mimo, y los amo.

Otras cosas podría hacer: acaso no las hago, no las intento acaso, robando horas al sueño, únicas horas mías, porque me parece la expresión la hembra del acto, y mientras hay qué hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de fuerzas del hombre. Cada día, de tanta imagen que viene a azotarme las sienes, y a pasearse, como buscando forma, ante mis ojos, pudiera hacer un tomo como éste, ¡pero el buey no ara con el arpa de David, que haría sonora la tierra, sino con el arado, que no es lira! ¡Y se van las imágenes, llorosas y torvas, desvanecidas como el humo: y yo me quedo, congojoso y triste, como quien ha faltado a su deber o no ha hecho bien los honores de la visita a una dama benévola y hermosa: y a mis solas, y donde nadie lo sospeche, y sin lágrimas, lloro.

De estos tormentos nace, y con ellos se excusa, este libro de versos.

¡Pudiera surgir de él, como debiera surgir de toda vida, rumbo a la muerte consoladora, un águila blanca!

Ya sé que están escritos en ritmo desusado, que por esto, o por serlo de veras, va a parecer a muchos duro. ¿Mas, con qué derecho puede quebrar la mera voluntad artística,¹¹ la forma natural y sagrada, en que, como la carne de la idea, envía el alma los versos a los labios? Ciertos versos pueden hacerse en toda forma: otros, no. A cada estado de alma, un metro nuevo. Da el amor versos claros y sonoros, y no sé por qué, en esas horas de florecencia, vertimiento, grata congoja, vigor pujante y generoso reboso del espíritu, recuerdo esas gallardas velas blancas que en el mar sereno cruzan por frente a playas limpias bajo un cielo bruñado. Del dolor, saltan los versos, como las espadas de la vaina, cuando las sacude en ellas la ira, como las negras olas de turbia y alta cresta que azotan los ijares fatigados de un buque formidable en horas de tormenta.

Se encabritan los versos, como las olas: se rompen con fragor o se mueven pesadamente, como fieras en jaula y con indómito y trágico desorden, como las aguas contra el barco. Y parece como que se escapa de los versos, escondiendo sus heridas, un alma sombría, que asciende velozmente por el lúgubre espacio, envuelta en ropas negras. ¡Cuán extraño que se abrieran las negras vestiduras y cayera de ellas un ramo de rosas!

¡Flores del destierro!

CONTRA EL VERSO RETÓRICO...

CONTRA el verso retórico y ornado
 El verso natural. Acá un torrente:
 Aquí una piedra seca. Allá un dorado
 Pájaro, que en las ramas verdes brilla,
 Como una marañuela entre esmeraldas —
 Acá la huella fétida y viscosa
 De un gusano: los ojos, dos burbujas
 De fango, pardo el vientre, craso, inmundo.
 Por sobre el árbol, más arriba, sola
 En el cielo de acero una segura
 Estrella; y a los pies el horno,
 El horno a cuyo ardor la tierra cuece —
 Llamas, llamas que luchan, con abiertos
 Huecos como ojos, lenguas como brazos,
 Savia como de hombre, punta aguda
 Cual de espada: ¡la espada de la vida
 Que incendio a incendio gana al fin, la tierra!
 Trepa: viene de adentro: ruge: aborta.
 Empieza el hombre en fuego y para en ala.

Y a su paso triunfal, los maculados,
 Los viles, los cobardes, los vencidos,
 Como serpientes, como gozques, como
 Cocodrilos de doble dentadura,
 De acá, de allá, del árbol que le ampara,
 Del suelo que le tiene, del arroyo
 Donde apaga la sed, del yunque mismo
 Donde se forja el pan, le ladran y echan
 El diente al pie, al rostro el polvo y lodo,
 Cuanto cegarle puede en su camino.
 El, de un golpe de ala, barre el mundo
 Y sube por la atmósfera encendida
 Muerto como hombre y como sol sereno.
 Así ha de ser la noble poesía:
 Así como la vida: estrella y gozque;
 La cueva dentellada por el fuego,
 El pino en cuyas ramas olorosas
 A la luz de la luna canta un nido
 Canta un nido a la lumbre de la luna.

VINO DE CHIANTI

HAY un derecho
 Natural al amor: ¿reside acaso,
 Chianti, en tu áspera gota, en tu mordente
 Vino, que habla y engendra, o en la justa sabia
 Unión de la hermosura y el deseo?
 Cuanto es bello, ya es mío: no cortejo,
 Ni engaño vil, ni mentiroso adulo:
 De los menores es el amarillo
 Oro que entre las rocas serpentea,
 De los menores: para mí es el oro
 Del vello rubio y de la piel trigüeña.
 Mi título al nacer puso en mi cuna,
 El sol que al cielo consagró mi frente.
 Yo sólo sé de amor. Tiemblo espantado
 Cuando, como culebras, las pasiones
 Del hombre envuelven tercas mi rodilla;
 Ciñen mis muslos, y echan a mis alas,—
 Lucha pueril, las lívidas cabezas:—
 Por ellas tiemblo, no por mí, a mis alas

No llegarán jamás: antes las cubro
 Para que ni las vean: el bochorno
 Del hombre es mi bochorno: mis mejillas
 Sufren de la maldad del Universo:
 Loco es mi amor, y, como el sol, revienta
 En luz, pinta la nube, alegra la onda,
 Y con suave calor, como la amiga
 Mano que al tigre tempestuoso aquieta,
 Doma la sombra, y pálido difunde
 Su beldad estelar en las negruzcas
 Sirtes, tremendas abras, alevosos
 Despeñaderos, donde el lobo atisba,
 Arropado en la noche, al que la espanta
 Con el fulgor de su alba vestidura.

ARABE

SIN pompa falsa ¡oh árabe! saludo
 Tu libertad, tu tienda y tu caballo.
 Como se ven desde la mar las cumbres
 De la tierra, tal miro en mi memoria
 Mis instantes felices: sólo han sido
 Aquellos en que, a solas, a caballo
 Vi el alba, salvé el riesgo, anduve el monte,
 Y al volver, como tú, fiero y dichoso
 Solté las bridas, y apuré sediento
 Una escudilla de fragante leche.

Los hombres, moro mío,
 Valen menos que el árbol que cobija
 Igual a rico y pobre, menos valen
 Que el lomo imperial de tu caballo.
 Sombra da el árbol, y el caballo asiento:
 El hombre, como el guao,
 Padre a los que se acogen a su sombra.
 Oh, ya no viene el verso cual solía

Como un collar de rosas, o a manera
 De caballero de la buena espada
 Toda de luz vestida la figura:
 Viene ya como un buey, cansado y viejo
 De halar de la pértiga en tierra seca.

LA NOCHE ES LA PROPICIA

LA noche es la propicia
 Amiga de los versos. Quebrantada,
 Como la mies bajo la trilla, nace
 En las horas ruidosas la Poesía.
 A la creación la oscuridad conviene—
 Las serpientes, de día entrelazadas
 Al pensamiento, duermen: las vilezas
 Nos causan más horror, vistas a solas.
 Deja el silencio una impresión de altura:—
 Y con imperio pudoroso, tiende
 Por sobre el mundo el corazón sus alas.
 ¡Noche amiga,—noche creadora!:
 Más que el mar, más que el cielo, más que el ruido
 De los volcanes, más que la tremenda
 Convulsión de la tierra, tu hermosura
 Sobre la tierra la rodilla encorva.
 A la tarde con paso majestuoso
 Por su puerta de acero entra la altiva
 Naturaleza, calla, y cubre al mundo,

La oscuridad fecunda de la noche:
 Surge el vapor de la fresca tierra;
 Pliegan sus bordes las cansadas hojas;
 Y en el ramaje azul tiemblan los nidos.
 Como en un cesto de coral, sangrientas,
 En el día, las bárbaras imágenes
 Frente al hombre, se estrujan: tienen miedo,
 Y en la taza del cráneo adolorido
 Crujen las alas rotas de los cisnes
 Que mueren del dolor de su blancura.
 ¡Oh, cómo pesan en el alma triste
 Estas aves crecidas que le nacen
 Y mueren sin volar! ¡Flores de plumas
 Bajo los pobres versos, estas flores,
 Flores de funeral mortandad!
 ¿Dónde, lo blanco
 Podrá, segura el ala, abrir el vuelo?
 ¿Dónde no será crimen la hermosura?

Oleo sacerdotal unge las sienes
 Cuando el silencio de la noche empieza:
 Y como reina que se sienta, brilla
 La majestad del hombre acorralada.
 Vibra el amor, gozan las flores, se abre
 Al beso—de un creador que cruza
 La sazonalta mente: el frío invita
 A la divinidad; y envuelve al mundo
 La casta soledad, madre del verso.

CUAL DE INCENSARIO ROTO...

CUAL de incensario roto huye el perfume
 Así de mi dolor se escapa el verso:
 Me nutro del dolor que me consume,
 De donde vine, ahí voy: al Universo.

Cirio soy encendido en la tormenta:
 El fuego con que brillo me devora
 Y en lugar de apagarme me alimenta
 El vendaval que al temeroso azora.

Yo nunca duermo: al despertarme, noto
 En mí el cansancio de una gran jornada
 Adonde voy de noche, cuando, roto
 El cuerpo, hundo la faz en mi almohada.

¿Quién, cuando a mal desconocido postro
 Mis fuerzas, me unge con la estrofa blanda,
 Y de lumbre de amor me baña el rostro
 Y abrir las alas y anunciar me manda?

¿Quién piensa en mí? ¿Quién habla por mis labios
Cosas que en vano detener intento?
¿De dónde vienen los consejos sabios?
¿Adónde va sin rienda el pensamiento?

Ya no me quejo, no, como solía,
De mi dolor callado e infecundo:
Cumpro con el deber de cada día
Y miro herir y mejorarse el mundo.

Ya no me aflijo, no, ni me desolo
De verme aislado en mi difícil lucha,
Va con la eternidad el que va solo,
Que todos oyen cuando nadie escucha.

Qué fue, no sé: jamás en mí di asiento
Sobre el amor al hombre, a amor alguno,
Y bajo tierra, y a mis plantas siento
Todo otro amor, menguado e importuno.

La libertad adoro y el derecho.
Odios no sufro, ni pasiones malas:
Y en la coraza que me viste el pecho
Un águila de luz abre sus alas.

Vano es que amor solloce o interceda,
Al limpio sol mis armas he jurado
Y sufriré en la sombra hasta que pueda
Mi acero en pleno sol dejar clavado.

Como una luz la férvida palabra
A los temblantes labios se me asoma:
Mas no haya miedo que las puertas le abra
Si antes el odio y la pasión no doma.

Qué fue, no sé: pero yo he dado un beso
A una gigante y bondadosa mano
Y desde entonces, por donde hablo, impreso
Queda en los hombres el amor humano.

Ya no me importa que la frase ardiente
Muera en silencio, o ande en casa oscura,
Amo y trabajo: así calladamente
Nutre el río a la selva en la espesura.

Del tigre echarán diente: en los preñados
 Árboles de la huerta, nuevas hojas
 Con frágil verde poblarán las ramas.

Mi verso crecerá: bajo la yerba
 Yo también creceré: ¡Cobarde y ciego
 Quien del mundo magnífico murmura!

ANTES DE TRABAJAR

ANTES de trabajar, como el cruzado
 Saludaba a la hermosa en la arena,
 La lanza de hoy, la soberana pluma
 Embrazo, a la pasión, corcel furioso
 Con mano ardiente embrido, y de rodillas
 Pálido domador, saludo al verso.

Después, como el torero, al circo salgo
 A que el cuerno sepulte en mis entrañas
 El toro enfurecido. Satisfecho
 De la animada lid, el mundo amable
 Merendará, mientras expiro helado,
 Pan blanco y vino rojo, y los esposos
 Nuevos se encenderán con las miradas.

En las playas el mar dejará en tanto
 Nuevos franos de arena: nuevas alas
 Asomarán ansiosas en los huevos
 Calientes de los nidos: los cachorros

DOS PATRIAS

DOS patrias tengo yo: Cuba y la noche.
 ¿O son una las dos? No bien retira
 Su majestad el sol, con largos velos
 Y un clavel en la mano, silenciosa
 Cuba cual viuda triste me aparece.
 ¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
 Que en la mano le tiembla! Está vacío
 Mi pecho, destrozado está y vacío
 En donde estaba el corazón. Ya es hora
 De empezar a morir. La noche es buena
 Para decir adiós. La luz estorba
 Y la palabra humana. El universo
 Habla mejor que el hombre.

Cual bandera

Que invita a batallar, la llama roja
 De la vela flamea. Las ventanas
 Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
 Las hojas del clavel, como una nube
 Que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

DOMINGO TRISTE

LAS campanas, el sol, el cielo claro
 Me llenan de tristeza, y en los ojos
 Llevo un dolor que el verso compasivo mira,
 Un rebelde dolor que el verso rompe
 ¡Y es ¡oh mar! la gaviota pasajera
 Que rumbo a Cuba va sobre tus olas!

Vino a verme un amigo, y a mí mismo
 Me preguntó por mí; ya en mí no queda
 Más que un reflejo mío, como guarda
 La sal del mar la concha de la orilla.
 Cáscara soy de mí, que en tierra ajena
 Gira, a la voluntad del viento huracán,
 Vacía, sin fruta, desgarrada, rota.
 Miro a los hombres como montes; miro
 Como paisajes de otro mundo, el bravo
 Codear, el mugir, el teatro ardiente
 De la vida en mi torno: Ni un gusano
 Es ya más infeliz: ¡suyo es el aire,

Y el lodo en que muere es suyo!
 Siento la cox de los caballos, siento
 Las ruedas de los carros; mis pedazos
 Palpo: ya no soy vivo: ¡ni lo era
 Cuando el barco fatal levó las anclas
 Que me arrancaron de la tierra mía!

AL EXTRANJERO

HOJA tras hoja de papel consumo:
 Rasgos, consejos, iras, letras fieras
 Que parecen espadas: Lo que escribo,
 Por compasión lo borro, porque el crimen,
 El crimen es al fin de mis hermanos.
 Huyo de mí, tiemblo del sol; quisiera
 Saber dónde hace el topo su guarida,
 Dónde oculta su escama la serpiente,
 Dónde sueltan la carga los traidores,
 Y dónde no hay honor, sino ceniza:
 ¡Allí, mas sólo allí, decir pudiera
 Lo que dicen y viven!, ¡que mi patria
 Piensa en unirse al bárbaro extranjero!

¡HALA, HALA!

HALA, hala!
 ¡Da vueltas a la noria, arrastra el ala!

Rosa que alegra el aire al sol que asoma
 De aires te deja ¡estúpida conseja!
 Y ven en la olla negra a echar tu aroma.

Alma, que dulcemente te consumes,
 Y en esta muerte ves sabrosa suerte,
 ¡Almas abajo, abajo los perfumes!

La vida es un molino:
 Hay que ganar el pan y hacer el vino.

Ya sé que vas sangrando y malherida,
 Y a cada gota de tu sangre brota
 Una cruz de jacinto florecida.

Ya sé que a cada noche alzas el vuelo
 A las estrellas y que bajas de ellas
 Con un dolor tan grande como el cielo.

Morir es un deleite:
 Pero un tirano nos echó a la vida,
 Y a la terrible lámpara encendida,
 ¡Alma infeliz! hay que nutrir de aceite.

¡Hala, alma, hala!
 ¡Da vueltas a la noria, arrastra el ala!

FUERA DEL MUNDO...

FUERA del mundo que batalla y luce
 Sin recordar a su infeliz cautivo,
 A mi trabajo servil sujeto vivo
 Que a la muerte temprano me conduce.
 Mas hay junto a mi mesa una ventana
 Por donde entra la luz; ¡y no daría
 Este rincón de la ventana mía
 Por la mayor esplendidez humana!

28 de enero

¡DIOS LAS MALDIGA!...

DIOS las maldiga! ¡Hay madres en el mundo
 Que apartan a los padres de sus hijos:
 Y preparan al mal sus almas blancas
 Y les derraman el odio en los oídos!
 ¡Dios las maldiga! Oh, cielo, ¿no tendrás
 Un Dios más cruel que las maldiga más?

¡Dios las maldiga! Frívolas e impuras
 Guardan tal vez el cuerpo con recato,
 Como un vaso de Sèvres donde humean
 Hidras ardientes y espantosos trasgos.
 ¡Dios las maldiga, y si puede sepulte
 Todo rostro que el alma real oculte!

¡Dios las maldiga! ¡Ciegas, y sensibles
 Del mundo sólo a los ligeros goces,
 Odian, como a un tirano, al que a sus gustos
 La majestad de la pureza opone!
 ¡Dios las maldiga, y cuanta hacerse quiera
 De las joyas de Dios aro y pulsera!

¡Dios las maldiga! ¡Untadas las mejillas,
Frente y manos cubiertas de albayalde,
Con la mano pintada, al justo acusan
Que de su amor infecundo se deshace!
¡Dios las maldiga, y a la ruin caterva
De esclavas que el honor del hombre enerva!

¡Dios las maldiga! En las temblantes manos
Los pedazos del pecho recogidos,
El justo irá do la piedad lo llame,
O alguien lo quiera, o se vislumbre un nido.
¡Dios las maldiga!

¡Dios las maldiga! ¡Yo he visto el pecho
Horrible como un cáncer animado!
¡Sufre, que es bueno, y llora, amigo mío,
Llora muriendo en mis cansados brazos!
¡Dios las perdone! ¿No se ve a este lloro
Otro clavo en la Cruz y otro astro de oro?

4 de febrero

¡OH, NAVE...!

OH, nave, oh pobre nave:
Pusiste al cielo el rumbo, engaño grave!—
¡Y andando por mar seco
Con estrépito horrendo, diste en huco!
Castiga así la tierra a quien la olvida
Y a quien la vida burla, hunde en la vida:
¡Bien solitario estoy, y bien desnudo,
Pero en tu pecho, oh niño, está mi escudo!

28 de febrero

A BORDO

VELA abajo, mozo arriba,
 Acá el roto, allá el peñasco,
 Ido el sol, recio el chubasco,
 Y el barco, no barco, criba:

Gigante el viento derriba
 Los hombres de las escalas;
 Desatadas van las balas
 Rodando por la cubierta,—
 ¡Y yo, en medio a la obra muerta
 Vivo, mi hijo en las alas!—

¡BIEN VENGAS, MAR!...

BIEN vengas, mar! De pie sobre la roca
 Te espero altivo: si mi barca toca
 Tu ola voraz, ni tiemblo, ni me aflijo:
 Alas tengo y huiré—¡las de mi hijo!

26 de febrero

ME HAN DICHO, BUEN FLORENCIO...

ME han dicho, buen Florencio—que desea—
 Ver un grano de trigo,
 Luego que sobre él cruza y recruza
 La rueda corpulenta del molino:

¡Pues, bien! ábreme el pecho:
 Que traigo en él un grano bien deshecho.

A UN CLASICISTA QUE HABLÓ DE SUICIDARSE

A un anciano abatido

AVIVE el buen cristiano
 El seso adormecido,
 Ponga al hierro mortífero la mano,
 Mas no a la sien insano,
 Sino a tierra, en arado convertido.

Mírese por el suelo—
 El vasto cráneo roto,
 Tinto en su sangre el pudoroso velo
 De sus hijas, y al soto
 El cuerpo echado, el alma opaca al cielo.

Y mire al reluciente
 Señor, de ira vestido,
 Y de luz de relámpagos, la frente
 Nublar de oro encendido
 Y cielo abajo echar al impaciente.

Y como desraigado
 Roble del alto Erebo
 Mírese por los vientos arrastrado
 Y deshecho, y de nuevo
 Por prófugo a la vida condenado.

Pues ¿cómo en el remanso
 Sabroso de la muerte
 Derecho igual al plácido descanso
 Tendrán el alma fuerte
 Y la cobarde, el réprobo y el manso?

TÁLAMO Y CUNA

DEJA ¡oh mi esposo! la labor causada
 Que tus hermosas fuerzas aniquila.
 Y ven bajo la bóveda tranquila
 De nuestro lecho azul, con tu adorada.”
 Y alcé los ojos de mi libro, y vila
 De susto y de dolor enajenada.
 “Secos y rojos del trabajo al peso,
 Tus ojos mira”,—pálida me dijo:
 “¡Duerme!”—y me puso en la mirada un beso.

Hacia la cuna trémulo dirijo
 Mi vista ansiosa, y vuelvo al tosco impreso:
 ¡No ha derecho a dormir quien tiene un hijo!

EN UN CAMPO FLORIDO...

EN un campo florido en que retoñan
 Al sol de abril las campanillas blancas,
 Un coro de hombres jóvenes espera
 A sus novias gallardas.

Tiembla el ramaje, canta y aletean
 Los pájaros: las silvias de su nido
 Salen, a ver pasar las lindas mozas
 En sus blancos vestidos.

Ya se ven en parejas por lo oscuro
 Susurrando los novios venturosos:
 Volverán, volverán dentro de un año
 Más felices los novios.

Sólo uno, el más feliz, uno sombrío,
 Con un traje más blanco que la nieve,
 Para nunca volver, llevaba al brazo
 La novia que no vuelve.

TONOS DE ORQUESTA...

TONOS de orquesta y música sentida
 Tiene mi voz, ¿qué céfiro ha pasado
 Que el salterio sangriento y empolvado
 Con soplo salvador vuelve a la vida?

Te lo diré: La arena de colores
 Del páramo sediento, calenturiento
 Tiembla, sube revuelta, y cae en flores
 Nuevas y extrañas cuando pasa el viento.
 En las teclas gastadas y frías
 Del clave en el desván arrimado
 Con sus manos de luz toca armonías
 Sublimes un querube enamorado.

ENVILECE, DEVORA...

ENVILECE, devora, enferma, embriaga
 La vida de ciudad: se come el ruido,
 Como un corcel la yerba, la poesía.
 Estréchanse en las casas la apretada
 Gente, como un cadáver en su nicho:
 Y con penoso paso por las calles
 Pardas, se arrastran hombres y mujeres
 Tal como sobre el fango los insectos,
 Secos, airados, pálidos, canijos.

Cuando los ojos, del astral palacio
 De su interior, a la ciudad convierte
 El alma heroica, no en batallas grandes
 Piensa, ni en templos cóncavos, ni en lides
 De la palabra centelleante: piensa
 En abrazar, como un haz, los pobres
 Y adonde el aire es puro, y el sol claro
 Y el corazón no es vil, volar con ellos.

DENTRO DE MÍ...

DENTRO de mí hay un león enfrenado:
 De mi corazón he labrado sus riendas:
 Tú me lo rompiste: cuando lo vi roto
 Me pareció bien enfrenar la fiera.

Antes, cual la llama que en la estera prende,
 Mi cólera ardía, lucía y se apagaba:
 Como del león generoso en la selva
 La fiebre se enciende; lo ciega, y se calma.

Pero, ya no puedes: las riendas le he puesto
 Y al juicio he subido en el león a caballo:
 La furia del juicio es tenaz: ya no puedes.
 Dentro de mí hay un león enfrenado.

EN LOS TIEMPOS...

EN los tiempos de la maravilla
 Hubo una crueldad sumamente grande:
 Claváronle a un hombre
 Un hierro encendido
 Junto a la tetilla
 Y dijéronle: ¡ande!

El anduvo una vida asombrosa:
 Si se erguía, el hierro humeante
 En el calor de su dolor nutrido
 Por los ambos costados se salía
 Y en los brazos clavábase triunfante:
 Si reclinarse y reposar quería
 De las artes de los hombres
 Sorprendentes y extrañas,
 Con todo su peso el hierro oprimía
 En sus..., en sus nobles, en sus castas entrañas.

SÓLO EL AFÁN...

SÓLO el afán de un náufrago podría,
 Lejos el cielo y hondo el mar;
 A un alma sin amor, que en el tumulto
 De rostro en rostro, por su tarda amante
 En vano inquiere, y lívida jadea:
 ¡Yo sé, madre sin hijos, la tortura
 De vuestro corazón! ¡Yo sé del triste
 Sediento, y del hambriento, y del que lleva
 Un muerto en las entrañas! Oigo el aire,
 Suplico en alta voz, desesperado
 Gimo, a la sorda sombra pido un beso.
 De mí no sé. Me olvido. Me recoge
 La desesperación. ¡Y entre los brazos
 Del hambre, a tanto el plato me despierto!

Yo sé que de las rosas
 Holladas al morir brota un gemido;
 Yo he visto el alma pálida que surge

De la yerba que troncha el casco duro¹²
 Cual lágrima con alas: yo padezco
 De aquel dolor del agua cristalina
 Que el sol ardiente desdeñoso consume.
 Sé de mis náuseas mortales, y el deseo
 De vaciar de una vez el pecho ansioso,
 Como en la mesa el bebedor cansado
 Vuelca la copa del inútil vino.

¹² Hay dos manuscritos de la segunda parte de esta poesía, en el primero de los cuales aparecen como tachadas las palabras "troncha el casco duro". En el segundo hay un espacio en blanco de "De la yerba que" como si Martí pensara completar la estrofa más adelante.

HURGUE UN HUÉSPED...

HURGUE un huésped muy inquieto
 Del lado del corazón.—
 ¡Muy celoso, muy celoso!—
 Dormir no sabe mi huésped: no.—

Como una sierpe, se enrosca
 Mas no como sierpe, no;—
 ¡Como hoguera que consume
 El lado donde está mi corazón!—

¡VIVIR EN SÍ, QUÉ ESPANTO!

VIVIR en sí, qué espanto!
 Salir de sí desea
 El hombre, que en su seno no halla modo
 De reposar, de renovar su vida,
 En roerse a sí propia entretenida. —
 La soledad ¡qué yugo!
 Del aire viene al árbol alto el jugo: —
 De la vasta, jovial naturaleza
 Al cuerpo viene el ágil movimiento
 Y al alma la anhelada fortaleza. —
 ¡Cambio es la vida! Vierten los humanos
 De sí el fecundo amor: y luego vierte
 La vida universal entre sus manos
 Modo y poder de dominar la Muerte.
 Como locos corceles
 En el cerebro del poeta vagan
 Entre muertos y pálidos laureles,
 Ansias de amor que su alma recia estragan
 De anhelo audaz de redimir repleto

Buscar en el aire bueno a su ansia objeto
 Y vive el triste, pálido y sombrío,
 Como gigante fiero
 A un negro poste atado,
 Con la ración mezquina de un jilguero
 Por mano de un verdugo alimentado.
 ¡Fauce hambrienta y voraz, un alma amante!
 Y aquí, enredado entre sus hierros, rueda
 Y el polvo muerde, el aire tasca y queda
 Atado al poste el mísero gigante.

PATRIA EN LAS FLORES

POR qué os secáis, violetas generosas,
 Que me dio en hora amarga mano pía?
 Pues patria al alma dais, flores medrosas,
 ¡No os secaréis en la memoria mía!

3 de marzo

A LA PALABRA

ALMA que me transportas:
 Voz desatada
 Que a las almas ajenas
 Llevas mi alma;
 Cinta, cinta de fuego
 Que pura y rauda
 A los sueltos humanos
 Alegres y atas;—
 Pastora, y pastorcilla
 Enamorada.
 Que junto al blanco y húmedo
 Rebaño canta;
 Arabe, fiero—
 Que en su dorada
 Hacanca parece
 Volante llama;—
 León, león rugiente
 De la montaña
 Que como alud de oro

Al valle baja,—
 Y en el villano impuro
 La garra clava,—
 Y en el dormido alumbra
 El sol del alma;—
 Lira, lira imponente
 En la más alta
 Cúspide de la tierra
 Serena, alzada,—
 En dos troncos de robles
 Corvos las blandas
 Cuerdas mordiendo, y trenzas
 De rosas blancas
 De los hilos sonoros
 Sueltas al aura,
 Cantando con pasmosas
 Hercúleas cántigas,
 De los dioses del cielo
 Y tierra hazañas,
 Y en himnos sin medida,
 Como las almas,
 Esparciendo a las nubes
 La esencia humana,
 Que en lento firo asciende
 De la batalla.¹³

SEÑOR: EN VANO INTENTO

SEÑOR: en vano intento
 Contener el león que me devora:
 Hasta a escribir mi amargo pensamiento
 La pluma recia se me niega ahora—
 Señor: mi frente fría
 Prenda clara te da de mi agonía:
 Cual seiba desraigada
 Mi trémula armazón cruje espantada:
 No dejes que así cumbre
 Como a recio huracán delgado mimbres:
 ¡Señor, Señor! yo siento
 Que esta alta torre se derrumba al viento.
 A la pasión, al tigre que me muerde
 El poder de embridar el alma pierde.
 ¡Señor, Señor! no quieras
 Mi pobre corazón dar a las fieras.

12 de marzo

¹³ Esta composición fue ilustrada por Martí con dibujos simbólicos. Véase la página 234.

SEÑOR, AÚN NO HA CAÍDO

SEÑOR, aún no ha caído
 El roble, a padecer por ti elegido;
 Aún suena por su fibra
 Rota el eco del golpe: aún tiembla y vibra
 Dentro el tronco el acero, al aire el cabo:
 Aún es por la raíz del suelo esclavo:
 Señor, el hacha fiera
 Blande y retiemble, y este roble muera.

A ELOY ESCOBAR¹⁴

*A Orestes,—
 Pilades*

NO sabe el sol cuando asoma
 Cuántas tristezas alumbra;
 Ni el amigo cuando pasa
 Callado por mi vetusta
 Puerta,—cuánta devorante
 Pena recia mi alma enluta,—
 Ni cuánta del mar revuelto
 Viene al labio amarga espuma.

No tiene su querellosa
 Flautilla cuando modula
 Más que quejas de la tierra,
 Memorias del cielo augustas,—
 Son más tristes que el que mueven

¹⁴ Véase el trabajo "Eloy Escobar", en el tomo 8, páginas 201-204 de estas *Obras Completas*.

Dentro del ánima turbia
Remembranzas del pasado
Bien que en ruinas se sepulta,
Y la tibia frente orean
Con el aire de las tumbas.

Ni sabe Orestes ingrato
Como a Pilades conturban
De una niña que se queja
Cerca de él, las voces puras,—
Cuando las pálidas manos
De las que amantes las buscan,
Temerosa de que el vuelo—
Al cielo le estorben, ¡hurta!—

¡Oh! no sabe el excelente
Varón que el solar ilustra
Donde en el cráter de un mundo
Otro mundo se derrumba,—
Cuánto el que a la falda llega
Del monte verde, en penurias
De alma se aflige, y solloza
Con voces de fiera angustia
Que muerde más, por callada,
Y por sola, más asusta.

No de bellaco injuicioso
El triste Pilades cura;—
Ni de cabos, ni de condes,
Que el hado resuelto encumbra;
Ni de esas aves viajeras
Que con blanda estrofa arrullan
Cuando al casto sol de gloria
O al vivo sol de fortuna

Cual en torno al mástil suelen
En los mares, blancos sulas—
Del glorioso o rico en torno
En corte espesa se juntan,
Para volar con los soles
Donde nuevas albas luzcan.
Mas si de *Petrus in cunctis*
Y de fascinables turbas,
Y de máximos señores
Vivo en venturosa incuria,
No así de la noble estima
Del varón de ánima justa
Que con alta lengua y hechos
El solar nativo ilustra.—

Llegue el triste, del más triste
A alegrar la casa oscura:
Llegue con su barba luenga
Y su rica fabla culta,
Que va mansa, cual de oro
Arroyo en cuyas espumas
Rozasen las pintadillas
Alas mariposas fúlgidas.,

Suelta den al padre hidalgo
El coro alegre de puras
Hijas que con invisibles
Besos le cercan y escudan,—
Y a su paso atentas vierten
De melancólicas urnas,
Blandas esencias de flores
Que la atmósfera perfuman.

Deje la jaula dorada:
Venga a la de hierro dura:

Entienda las que no salen
 A la faz lágrimas turbias:
 Riendecilla traiga de oro
 Con su rica fabla culta,
 Que el rebelde tigre embriden
 Que en mí clava garra ruda.

Y cuando el zaguán estrecho
 Trasponga de la vetusta
 Casa que de Dios lo ha sido
 Y del Dios que hoy priva y cura,
 Y de tristes bardos muertos,
 Y bardos, de muerte en busca,
 Se abrirán de los naranjos
 Del patio añejo en la cúpula
 Blancos jazmines, gemelos
 De los que adornan mi pluma,
 Ora que el alma encamino
 Al varón de tierra fúlgida.

A UN JOVEN MUERTO

Para no sé qué corona fúnebre

VEDLE! En la seca garganta
 Apagada está la nota:
 El brazo ya no levanta
 La copa de oro, que rota
 Por la mística muerte,
 En la pálida mano mal huida
 Sus myosotis y sus violetas vierte
 Mustias al pie del luchador sin vida.
 Niños, que vais con el arma
 Cargada y luciente al hombro,—
 Al soldado que desarma
 Muerte importuna, al escombro
 De un águila aposento
 Ayer, y hueco ahora,
 Interrogad, y osado
 Su misión preguntad y cumplimiento
 A su obra rota dad: ¡así se llora!

CRUJE LA TIERRA, RUEDA HECHA PEDAZOS

CRUJE la tierra, rueda hecha pedazos
La ciudad, urge el miedo a la concordia.
Siervo y señor confúndense en abrazos:
Bosques las calles son, bosques de brazos
Que piden al Señor misericordia.

La soberana espira bambolea,
El pórtico corintio tiembla luego,
Vota y jura la gente, el suelo humea
Y sobre el llanto y el pavor pasea
De torre en torre el misterioso fuego.

Asoma: ¿quién es? ¿quién puede en un minuto
Revolcar en su polvo a las ciudades,—
Trocar al hombre en espantado bruto,
Echar la tierra sobre el mar enjuto,
Aventar como arena las edades?

Ya vuelve, ya adelanta, crece, oscila
El suelo como un mar, se encrespa, ruge.

Hincha el lomo, entreabre la pupila,
Cuanto quedaba en pie rueda o vacila:
Ya se apaga, se extingue, ronca, muge.

La ciudad, como un árbol, se deshoja,
Cortados a cercén vuelan los techos,
Se abre la tierra blanda en cuenca roja
Y a las madres, itan fiera es la congoja!
¡Se les seca la leche de los pechos!

Salta una novia de la alcoba nueva
Donde el naranjo fresco florecía:
Muerta a su espalda el novio se la lleva:
Párase, ve el horror, en negra cueva
Rompe el suelo a sus pies, y a ella se fía.

Abatido el poder, pálido el mando,
El más bravo allí trémulo ejemplo
De pavura mortal: huye llorando
Un clérigo infeliz: danzan temblando
Sobre el altar los santos en el templo.

Al lívido reflejo de las luces
Vese allí un pueblo orando por sus vidas,
Unos a rastras van; otros de bruces
Piden merced a Dios, junto a las cruces
De las torres magníficas caídas.

Todos quieren vivir: ¡mas se ha notado
Que no hay uno allí que ve de más la vida;
Uno en el pueblo entero!—un desterrado
Que a anodadar su cuerpo quebrantado
A las torres y pórticos convida.

MARZO

VUELVO a ti, pluma fiel. De la desdicha
 Más que de la ventura nace el verso.
 Marzo fatal sobre la tierra cruza,
 Marzo envidioso: corta la erizada
 Ala la nube que al encuentro boga
 De Abril, su rival: y el riego mismo
 Que flotante vapor, del flanco abierto
 Echa a raudales, con mayor frescura
 Adorna a Abril: ¡así con lo' que hiere,
 Gloria mayor da con su envidia!

Vibra el aire y retumba. Desaladas
 Huyen las nubes. Adereza la onda
 El rápido granizo. Sus caballos
 Negros desboca el huracán. Sacude
 El Invierno la barba... ¡Inflama el fuego
 Los cráteres dormidos! En los cauces
 Rompiendo su cristal el agua asoma

A ver pasar el sol: ¡renace el mundo!
 Se oye a lo lejos galopar la nieve.
 Batalla es el espacio: perseguida
 Por el viento brutal, a mis ventanas
 Temblando llama y persiste la lluvia.
 De la fealdad del hombre a la belleza
 Del Universo asciendo: bien castiga
 El hombre a quien lo busca; bien consuela
 Del hombre ingrato y de su influjo pasajero
 La tristeza sublime. ¡En sus radiosas
 Alas levanta el alma la tristeza
 Con majestad de los reyes no salida!
 De codos en mi mesa hundirse miro
 Bajo el capuz del aire, como artesa
 De aguas turbias el mundo: alas y brazos
 Flotan acá y allá, revueltos luego
 En la creciente oscuridad: ¡resbalan
 Sobre las crestas erizadas, como
 Chispas de luz, las almas de los niños!

De la fealdad del hombre a la belleza
 Del Universo asciendo; ¡en sus radiantes
 El hombre preso queda al Universo!
 No me duele la herida; no me duelen
 Los dientes de los hombres: más triunfante
 Muestra el alma su luz por la hendidura.
 Quien el vaso de fuego muerde airado
 Nuevas lenguas le da: la llama herida
 Revienta en flor de llama; a cada diente,
 Un pétalo de luz: ¡esos florones
 De fuego inmaculado, que en la armoniosa
 Sombra, la marcha mística del cielo
 Con sus llamas dolientes iluminan!

El dolor es la fuerza: la hermosura
 Perfecta es el dolor: como de un crimen
 Se sufre de gozar: como una mancha
 Queda en el cuerpo el beso victorioso
 De la mujer astuta: triste y vano
 Es el aplauso con que el hombre premia
 Al que lo halaga o doma; y cuando el mundo,
 Cual Mesalina de gozar cansada,
 Revela su fealdad, el alma en fuga
 Crece y luce al volar, abre el espanto
 Claridades magníficas, el gozo
 Corrompe el alma,—¡y el dolor la eleva!
 Hoy es Marzo, dolor ¡y Abril mañana!

ABRIL

JUEGA el viento de Abril gracioso y leve
 Con la cortina azul de mi ventana:
 Da todo el sol de Abril sobre la ufana
 Niña que pide al sol que se la lleve.

En vano el sol contemplará tendidos
 Hacia su luz sus brazos seductores,
 Estos brazos donde cuelgan las flores
 Como en las ramas cuelgan los nidos.

También el sol, también el sol, ha amado
 Y como todos los que amamos, sonriente
 Puede llevar la luz sobre la frente,
 Pero lleva la muerte en el costado.

ERA SOL

ERA sol: caballero en un potro,
 Con la rienda tendida al acaso,
 Fui testigo de un drama de amores:—
 ¡Qué volar! ¡Qué caer! ¡Qué dolores!..
 Aprieto el paso...

Era sol. El fragor de la tierra
 Celebrar tanto amor parecía:—
 Y el potente amador fulguraba
 Como un astro encendido, y volaba,
 Y los aires hendía.—

El amor, como un águila, vuela
 Sobre el cráneo poblado del hombre,
 Y tal aire en sus alas encierra
 Que lo empuja por sobre la tierra
 Con vuelo sin nombre.

Y a tal punto el amor transfigura
 Que la atónita tierra no sabe
 Si aquel astro que vuela es ave
 O humana criatura.

HERVOR DE ESPÍRITU

CIELO, mi amor!—en vano sobre el libro
 La vista fijo y la atención reclamo:
 Tu luz enciendo, con tus rayos vibro,
 ¡Y expulsado de ti, perdón te clamo!
 Si te merezco ¡oh padre! si te adoro
 ¿Qué delito filial he cometido?
 ¡Puesto que llanto sobrehumano lloro
 Delito alguno sobrehumano ha sido!
 En vano apago el férvido gemido;
 La voladora idea
 La frente en vano hacia la tierra inclina:
 La sien desenfrenada me golpea,—
 ¡El cerebro revuelto se ilumina
 Y el ojo enardecido centellea!
 Cierta corcel intrépido y fogoso
 De raudo giro irregular y eterno
 Rebelde, piafa, rápido circula,
 Detiénese, se lanza
 Del cráneo en torno en veloz carrera,

¡Y de polvo divino
 Llena, y de nube, la revuelta esfera!
 La ciencia, el cerco, el mísero detalle,
 El número, la clase, la doctrina;
 ¡Y bullendo en el mar de mi cerebro
 La impaciencia y la cólera divina!
 Sentir que sobre el monte
 Sol fuera, luminar del horizonte,
 Y frente a una ventana,
 Doble prisión sobre la interna mía
 ¡Plegar al libro el alma sobrehumana
 Y el alma ardiente a la cadena fría!
 Así, encerrada un águila
 En un místico cuerpo de paloma
 La garra ruda ciega movería
 Y en el círculo estrecho,
 Del golpe propio desgarrado el pecho
 Con el ala enclavada moriría.

TIENES EL DON...

TIENES el don, tienes el verso, tienes
 Todo el valor de ti, tienes la altiva
 Resolución que arrostra y que cautiva
 Y llama las coronas a las sienes.

Tienes la fuga, el verbo, los desdenes
 Divinos de quien es, y el habla viva
 De quien cruza la tierra cielo arriba
 Y ni adula al feliz, ni aguarda bienes.

—¡Pero no tengo el impudor odioso
 De enseñar mis entrañas derretidas
 En estuche de verso recamado!

Viva mi nombre oscuro y en reposo
 Si he de comprar las palmas perseguidas
 Sacando al viento mi dolor sagrado.

YO PUEDO HACER...

Y O puedo hacer, puedo hacer
 De esta desdicha una joya;
 ¡Pero me la habrán de ver!—
 No, vive Dios: ¡paso atrás!
 Mi pena es mi hija: ¡mi hija
 No me la han de ver jamás!
 Son cómicos del dolor,
 Son llorones de su entierro,
 Son mercaderes de amor,
 Son indignos de placer
 De sufrir y de querer
 Los que enseñan y venden
 En libros y salas
 Su goce o dolor.

(A los poetas a lo Grilo.)—

QUIEREN, ¡OH MI DOLOR!...

QUIEREN, ¡oh mi dolor!, que a tu hermosura
 De su ornamento natural despoje,
 Que el árbol pode, que la flor deshoje,
 Que haga al manto viril broche y cintura:

Quieren que el verso arrebatado en dura
 Cárcel sonante y apretada aherroje,
 Cual la espiga deshecha en la alta troje
 O en el tosco lagar la vid madura.

No puede ser: La cómica alquilada
 El paso ensaye y el sollozo, en donde
 Llena de untos, finge que implora:

El gran dolor, el alma desolada,
 Ni con carmín su lividez esconde,
 Ni se trenza el cabello cuando llora.

BIEN: YO RESPETO

B IEN: yo respeto
 A mi modo brutal, un modo manso
 Para los infelices e implacable
 Con los que el hambre y el dolor desdeñan,
 Y el sublime trabajo; yo respeto
 La arruga, el callo, la joroba, la hosca
 Y flaca palidez de los que sufren.
 Respeto a la infeliz mujer de Italia,
 Pura como su cielo, que en la esquina
 De la casa sin sol donde devoro
 Mis ansias de belleza, vende humilde
 Piñas dulces y pálidas manzanas.
 Respeto al buen francés, bravo, robusto,
 Rojo como su vino, que con luces
 De bandera en los ojos, pasa en busca
 De pan y gloria al Istmo donde muere.

DE MIS TRISTES ESTUDIOS...

D E mis tristes estudios, de mis sombras
 Nauseabundas y bárbaras, resurjo
 Lleno el pecho jovial de un amor loco
 Por la mujer hermosa y la poesía:
 ¡Siempre juntas las dos! Dos ojos negros,
 A mí que no ando en cuerpos, o ando apenas
 Como una antorcha en las tinieblas, vuelven
 A mi aterrado espíritu la vida:
 ¡Dos ojos negros, que entreví, pasando,
 Ya hacia la noche, ante una puerta oscura!

SIEMPRE QUE HUNDO LA MENTE...

SIEMPRE que hundo la mente en libros graves
 La saco con un haz de luz de aurora:
 Yo percibo los hilos, la juntura,
 La flor del Universo: yo pronuncio
 Pronta a nacer una inmortal poesía.
 No de dioses de altar ni libros viejos
 No de flores de Grecia, repintadas
 Con menjurjes de moda, no con rastros
 De rastros, no con lívidos despojos
 Se amansará de las edades muertas:
 Sino de las entrañas exploradas
 Del Universo, surgirá radiante
 Con la luz y las gracias de la vida.
 Para vencer, combatirá primero:
 E inundará de luz, como la aurora.—

OBRA Y AMOR

LA obra—delante, y el amor—adentro:—
 Y el amor, remolino avaricioso,
 El alma entera arrastra al hondo centro;
 La obra perece—y el amor celoso,
 Luego que por su culpa el hombre yerra,
 Con culpa y sin vigor lo deja en tierra.

PUES A VIVIR VENIMOS...

PUES a vivir venimos—y es la ofrenda
 Esta existencia que los hombres hacen
 A su final pureza—aunque el veneno
 De un cruel amor la ardiente sangre encienda,
 —Aunque a su indómita bestia arnés echemos
 De ricas piedras persas recamado,—
 —Aunque de daga aguda el pecho sea
 Con herida perenne traspasado—
 Vengan daga, y corcel, y amor que mate:—
 ¡Esó es al fin vivir!—

El bardo, como un pájaro, recoge
 Pajas para su nido—de las voces
 Que pueblan el silencio, de la triste
 Vida común, en que las almas luchan
 Como animadas perlas en los senos
 Enclavadas de un monte lucharían.

LA MADRE ESTÁ SENTADA

LA madre está sentada
 Junto a la cuna:—
 Por la ventana gótica calada
 Entran risueños quiebros de luna.

La madre está espantada,
 La cuna junto,
 Más blanca que la sábana calada
 Brilla a la luna su hijo difunto—
 ¿Sombra... por qué te llevas
 Mi Serafin?
 —Yo necesito de flores nuevas
 En mi jardín.

Ahí murió la madre arrodillada
 Junto a la cuna:
 Por la ventana gótica calada
 Entraba quieta la mansa luna:—
 ¡Loco el que al cielo o a los astros fía

Su pena o su alegría!—
 Se es en la vida—leño abandonado,
 Al capricho del mar alborotado:—
 Y flor, húmeda y seca, que los vientos
 Arrebatan violentos;—
 O respetan y halagan caprichosos;—
 ¡Juguetes ¡ay! nacidos
 A manchar su vellón, y a andar perdidos!—
 ¡Sin más mentor, desde la blanca cuna
 Que la razón vendada, y la fortuna!—

¡Música? Si es un hurto: si la muerte
 A esa edad infantil no tiene derecho;—
 Si el pesar no se ahorra,
 Si la sentencia es fiera,
 Si volverá aunque corra,
 Si volverá a vivir, ¡aunque se muera!—

Verdad que no es perdido
 El tiempo ya vivido—
 Y como de la tierra lo arrebató
 La muerte en su sencilla edad de plata:
 Cuando torne ese espíritu en forma nueva,
 ¡Volverá con la edad que ahora se lleva!—

No hay muerto, por bien muerto
 Que en las entrañas de la tierra yazga,
 Que en otra forma, o en su forma misma,
 Más vivo luego y más audaz no salga.

COMO FIERA ENJAULADA

COMO fiera enjaulada
 Mi asiento dejo—empujo la entornada
 Puerta, vuelvo a mi libro,
 Los anchos ojos en sus letras clavo,
 Como cuerdas heridas, tiemblo y vibro,—
 Y ruge, y muerde el alma atormentada,
 Como en cuerpo de mármol encerrada.—

VERSOS DE AMOR¹⁵

MONTE ABAJO

ALLÁ va, las entrañas encendidas,
La mole gemidora,—
Y esclava colosal, por hierros duros
Por selvas y por cráteres se lanza,—
Mas si torpe o rebelde el hierro olvida
Y de los rieles fuera altiva avanza,
Monte abajo deshecha se abalanza.—

Del vapor del espíritu movida
Va así, por entre hierros, nuestra vida:
Si el camino vulgar audaz desdeña
Monte abajo quebrada se despeña.—

¹⁵ En este grupo de poesías se ha seguido la misma pauta establecida con *Flores del Destierro*.

DORMIDA

MÁS que en los libros amargos
El estudio de la vida,
Pláceme en dulces letargos,
Verla dormida:—

De sus pestañas al peso
El ancho párpado entorna,
Lirio que, al sol que se torna,
Se cierra pidiendo un beso.

Y luego como fragante
Magnolia que desenvuelve
Sus blancas hojas, revuelve
El tenue encaje flotante:—

De mi capricho al vagar
Imagínala mi Amor,
¡Una Venus del pudor
Surgiendo de un nuevo mar!

Cuando la lámpara vaga
En este templo de amores,
Con sus blandos resplandores
Más que la alumbra, la halaga;

Cuando la ropa ligera
Sobre su cutis rosado,
Ondula como el alado
Pabellón de Primavera;

Cuando su seno desnudo,
Indefenso, a mi respeto
Pone más valla que el peto
De bravo guerrero rudo;

Siento que puede el amor,
Dormida y desnuda al verla,
Dejar perla a la que es perla,
Dejar flor a la que es flor;—

Sobre sus labios podría
Los labios míos posar,
Y en su seno reclinar
La pobre cabeza mía,—

Y con mi aliento volver
Mariposa a la crisálida;
Y a la clara rosa pálida
Animar y enrojecer,

Pero aquí, desde la sombra
Donde amante la contemplo,
Manchar no quiero del templo
Con paso impuro la alfombra.

Al acercarme, en ligera
Procesión avergonzado,
¿No volaría el alado
Pabellón de Primavera?

¡Al reflejarme el espejo,
Que la copia entre albas hojas,
Negras las tornara y rojas
De la lámpara al reflejo!

Dicen que suele volar
Por los espacios perdida
El alma, y en otra vida
Sus alas puras bañar;

Dicen que vuelve a venir
A su cuerpo con la Aurora,
Para volver—¡la traidora!—
Con cada noche a partir,

Y si su espíritu en leda
Beatitud los cielos hiende,
De esa mujer que se extiende
Bella ante mí ¿qué me queda?

Blanco cuerpo, línea fría.
Molde hueco, vaso roto,
¡Y viajera por lo ignoto
La luz que los encendía!

Y ¿a mí que tanto te quiero,
Delicada peregrina,
Turbar la marcha divina
De tu espíritu viajero?—

¡Duerme entre tus blancas galas!
 ¡Duerme, mariposa mía!
 Vuela bien:—¡mi mano impía
 No irá a cortarte las alas!

1878

ES VERDAD...

ES verdad. Si la máscara discreta
 Oculta su tormento al corazón:
 Nadie sabe el abismo que el poeta
 En los dinteles de la vida vio.

De verde fue, magnífico y sencillo—
 A un suave amor su cuerpo sacudir,
 Y tenderse, cruzado pajecillo,
 Como en un nido fresco un colibrí.

De verle fue, con férvida elocuencia,
 Ruiseñor vocinglero, arrebatarse—
 Y luego, junto al libro de la ciencia,
 ¡Perdonar, sonreír, aletear!

Fue la pública fama su riqueza,
 Un martirio celeste su blasón,
 Y más que oro brillaba su pureza
 A la luz de aquel sol que es más que sol.

Dicen que la malvada baila en fiestas
Y en calma escucha el sueño de Macbeth;
Dicen que rompe al son de las orquestas
Su corona primera de mujer:—

Crece a la par de la gentil doncella
El árbol puro del primer amor:
Pero, sépalo al fin la infame aquella:
La pureza no da más que una flor.

El pobre mozo, los heroicos labios
Pliega, como quien quiere sonreír—
Y en pie, volviendo a sus infolios sabios
¡Adiós! llorando dice al mes de Abril.

UNA VIRGEN ESPLÉNDIDA...

UNA virgen espléndida—morada
De un sol de amor que por sus negros ojos
Brotó, pregunta, abraza y acaricia—
Versos me pide, versos de mujeres.
¡Arrullos de paloma,
Murmillos de sunsunes,
Suspiros de tojosas!

Yo podré, en noche ardiente,
Trovando amor al pie de su ventana,
En tal aura envolverla,
Con tal fuego besarla,
Que al nuevo amanecer,—nadie vería
En su cutis la flor que lo teñía.
¡Calla, mi amigo amor! que nadie sepa
Que yo llevo en los labios la flor roja
Que su mejilla cándida lucía,
Y el candor, y la flor, y el frágil vaso,
Mío es todo, puesto que ella es mía.

Y la madre amorosa,
De sagrado temor y amor movida,
Dijérale a la pálida—¿y la rosa
De tu mejilla fresca dónde es ida?

NOCHE DE BAILE

MAGNÍFICOS espejos
Que vieron mozos los que copian viejos!—
¡Espléndidos tapices
Hechos de antaño a proteger deslices!—
¡Doradas cornucopias—
Del salón secular al tapar propias!
¡Severos sitiales
Sustento y marco ayer de épocas reales!—
Solos los dos:
—El viene
—Escucha
—¡Luego!
—¡Quema tu beso!
—¡Vuélveme mi fuego!—
¡Y se lo vuelve!—Y el espejo sabio
No del marido reflejó el agravio
Que de otra dama aspira ser cortejo
En cercano salón: ¡ley del espejo!—

En tanto, cual de espumas
 Hijo de Venus, el Amor alado
 Surgiera en concha de azuladas brumas
 Por invisible geniecillo alzado,
 Y moviendo los pálidos corales
 Clamara por los senos maternos,—
 Un niño se despierta
 En la alcoba magnífica desierta.

¡Niño que sufre, me parece mío!
 ¡Labio sin leche, rosa sin rocío!—
 Como espuma agitada
 Revuelve el lecho aquella rosa alada;
 En la cortina azul, en urna añeja
 Su última luz la lámpara refleja:—

Allí vieron los ojos
 Lúgubres sombras entre tonos rojos,—
 Y el niño, al fin, desesperado llora,
 Y allá, junto al espejo, se oye: “¡Ahora!”

28 de noviembre

Y TE BUSQUÉ...

Y te busqué por pueblos,
 Y te busqué en las nubes,
 Y para hallar tu alma,
 Muchos lirios abrí, lirios azules.

Y los tristes llorando me dijeron:
 —¡Oh, qué dolor tan vivo!
 ¡Que tu alma ha mucho tiempo que vivía
 En un lirio amarillo!—
 Mas dime—¿cómo ha sido?
 ¿Yo mi alma en mi pecho no tenía?
 Ayer te he conocido,
 Y el alma que aquí tengo no es la mía.

¡Oh! mi trémula mano bien sabría
 Al aire hurtar la alada nota hirviente
 Y, con arte de dulce hechicería,
 Colgando adelfas a la copa ardiente,

En mis sedientos brazos desmayada
 Daros, señora, matador perfume:
 Mas yo apuro la copa envenenada
 Y en mí acaba el amor que me consume.

4 de marzo

LA COPA ENVENENADA

DESQUE toqué, señora, vuestra mano
 Blanca y desnuda en la brillante fiesta,
 En el fiel corazón intento en vano
 Los ecos apagar de aquella orquesta!

Del vals asolador la nota impura
 Que en sus brazos de llama suspendidos
 Rauda os llevaba—al corazón sin cura,
 Repítela amorosos mis oídos.

Y cuanto acorde vago y murmurío
 Ofrece al alma audaz la tierra bella,
 Fíngelos el espíritu sombrío—
 Tenue cambiante de la nota aquella.

¡Oigola sin cesar! Al brillo, ciego,
 En mi torno la miro vagorosa
 Mover con lento son alas de fuego
 Y mi frente a ceñir tenderse ansiosa.

Del frac innoble libres
 O la prisión dichosa
 De niveo tul,—la férvida
 Fiesta recuerdes,—¡mira
 Que debes embridar el cuerpo loco,
 O que te absorbe con su sed a poco!

14 de marzo

BAILE

Y O miro con un triste
 Placer, como en la fiesta—
 Del noble Jerez pálido
 La copa llena guían
 Las blancas manos trémulas
 Al seco labio rojo:—
 Y yo muevo mi mano tristemente
 Al corazón vacío,—y a la frente.

Yo veo como un sueño
 De gasa blanca y oro,
 En que la llama se abre
 Camino en tanto alado
 Traje que ha de ser luego
 Ceniza, húmeda en lágrimas,
 Cruzar la alegre corte de oro y gasa,
 Y en llanto amargo el rostro se me abrasa.

¡Alma! cuando de vuelta
 Dentro del cuerpo laxo,

BAILE AGITADO

EN esta sala vacía
 Hubo fiesta y gala anoche,
 Y en la puerta, mucho coche,
 Y en todo, grande alegría...
 ¿Qué es esto? De encajería
 Fina está todo bordado:
 Es un pañuelo manchado
 De sangre con gruesas gotas:
 Cuando así a los labios brotas,
 Corazón, ¡cuán lastimado!—

¿Y esto? Labor...
 No era la dama sencilla:
 Es la olvidada varilla
 De un destrozado abanico.
 Aún cruje el paisaje rico:
 Aún estalla la crujiente
 Seda, por la mano ardiente

De una celosa oprimida,
 Que la quebró, como a erguida
 Caña la airada rompiente.

¿Y esto? Como sierpes muertas
 Acá y acullá se tienden,
 Bajo las sillas se extienden,
 Y asoman bajo las puertas:
 Estos rastros, estas yertas
 Muestras ya descoloridas
 De miserias escondidas
 Entre celajes azules,
 ¿Son restos de encaje y tules?
 ¡O son, ¡ay!, alas caídas!—

¿Y esto? En mesilla apartada
 De la antesala lujosa,
 Descansa en fuente preciosa
 La champaña evaporada:
 Dos copas, de regalada
 Labor, de cristalerías
 Joya y espejo, allí frías
 Posan, y turbias, y mudas:
 ¿Qué son? Pues no caben dudas:
 ¡Ay! ¡Son dos copas vacías!

¿Y esto? Perniles roídos,
 Y servilletas manchadas,
 Y frutas medio gustadas,
 Y ramilletes perdidos.
 Rizos y bucles caídos,
 Broches, lazos, alfileres;

¡Todos los ricos enseres!
 ¡Todo el polvo de los hombros!
 ¡Todo postre, todo escombros
 Del honor de las mujeres!—

GUANTES AZULES

I

SE me ha entrado por el alma
 Una banda de palomas:
 Me ha crecido y sale afuera
 Un rosal lleno de rosas:
 Una luna apacible se levanta
 Sobre un campo poblado por las tórtolas:
 Un guerrero gigante resplandece
 De pic, cual fuste de oro, entre las momias;
 Me parece que sube por el cielo
 La madre selva que tu cuarto aroma.

II

Calla, apaga la luz, deja que suba
 El vapor de la tierra, y se levante
 En la sombra el amor de nuestras almas:
 Caerán las cosas; dormiré la vida;

Sólo tú y yo, gigantes desposados,
 Nos erguiremos de la tierra al cielo:
 Coronarán tu frente las estrellas:
 De los astros sin luz te haré un anillo.

III

Yo llevo en las desdichas aprendida
 Una ciencia callada,
 Que reposa, como una puñalada,
 En las entrañas mismas de mi vida.
 Yo sé de la parcial sabiduría
 Con que el hombre se nutre y aconseja;
 Pero yo no sabía
 Lo que sabe la rosa de la abeja.

SÉ MUJER, PARA MÍ...

SÉ, mujer, para mí, como paloma
 Sin ala negra:
 Bajo tus alas mi existencia amparo:
 ¡No la ennegrezcas!

Cuando tus pardos ojos, claros senos
 De natural grandeza,
 En otro que no en mí sus rayos posan
 ¡Muero de pena!

Cuando miras, envuelves, cuando miras,
 Acaricias y besas:
 Pues ¿cómo he de querer que a nadie mires,
 Paloma de ala negra?

EN UN DULCE ESTUPOR...

EN un dulce estupor soñando estaba
 Con las bellezas de la tierra mía:
 Fuera, el invierno lívido gemía,
 Y en mi cuarto sin luz el sol brillaba.

La sombra sobre mí centelleaba
 Como un diamante negro, y yo sentía
 Que la frente soberbia me crecía,
 Y que un águila al cielo me encumbraba.

Iba hinchando este gozo el alma oscura,
 Cuando me vi de súbito estrechado
 Contra el seno fatal de una hermosura:

Y al sentirme en sus brazos apretado.
 Me pareció rodar desde una altura
 Y rodar por la tierra despeñado.

VINO EL AMOR MENTAL

VINO el amor mental: ese enfermizo
 Febril, informe, falso amor primero,
 ¡Ansia de amar que se consagra a un rizo,
 Como, si a tiempo pasa, al bravo acero!

Vino el amor social: ese alevoso
 Puñal de mango de oro oculto en flores
 Que donde clava, infama: ese espantoso
 Amor de azar, preñado de dolores.

Vino el amor del corazón: el vago
 Y perfumado amor, que al alma asoma
 Como el que en bosque duerme, eterno lago,
 La que el vuelo aún no alzó, blanca paloma.

Y la púdica lira, al beso ardiente
 Blanda jamás, rebosa a esta delicia,
 Como entraña de flor, que al alba siente
 De la luz no tocada la caricia.

ALLÍ DESPACIO...

Allí despacio te diré mis cuitas,
 ¡Allí en tu boca escribiré mis versos!
 ¡Ven, que la soledad será tu escudo!
 Ven, blanca oveja,
 Pero, si acaso lloras, en tus manos
 Esconderé mi rostro, y con mis lágrimas
 Borraré los extraños versos míos,
 ¿Sufrir tú, a quien yo amo, y ser yo el casco
 Brutal, y tú, mi amada, el lirio roto?
 No, mi tímida oveja, yo odio el lobo,
 Ven, que la soledad será tu escudo.

¡Oh! la sangre del alma, ¿tú la has visto?
 Tiene manos y voz, y al que la vierte
 Eternamente entre las sombras acusa.
 ¡Hay crímenes ocultos, y hay cadáveres
 De almas, y hay villanos matadores!
 Al bosque ven: del roble más erguido
 Un pilón labremos, y ¡en el pilón
 Cuantos engañen a mujer pongamos!

Esa es la lidia humana: ¡la tremenda
 Batalla de los cascos y los lirios!
 ¿Pues los hombres soberbios, no son fieras?
 ¡Bestias y fieras! Mira, aquí te traigo
 Mi bestia muerta y mi furor domado.
 Ven, a callar, a murmurar, al ruido
 De las hojas de Abril y los nidaes.
 Deja, oh mi amada, las paredes mudas
 De esta casa ahoyada y ven conmigo
 No al mar que bate y ruge sino al bosque
 De rosas que hay al fondo de la selva.
 Allí es buena la vida, porque es libre,
 Y tu virtud, por libre, será cierta,
 Por libre, mi respeto meritorio.
 Ni el amor, si no es libre, da ventura.

¡Oh, gentes ruines, los que en calma gozan
 De robados amores! Si es ajeno
 El cariño, el placer de respetarlo
 Mayor mil veces es que el de su goce;
 Del buen obrar que orgullo al pecho queda
 Y como en dulces lágrimas rebosa,
 Y en extrañas palabras, que parecen
 ¡Aleteos, no voces! Y ¡qué culpa
 La de fingir amor! ¡Pues hay tormento
 Como aquel, sin amar, de hablar de amores!

¡Ven, que allí triste iré, pues yo me veo!
 ¡Ven, que la soledad será tu escudo!

¿CÓMO ME HAS DE QUERER?...

CÓMO me has de querer? como el animal
 Que lleva en sí a sus hijos,
 Como al santo en el ara envuelve las lenguas de humo.
 La lengua de humo oloroso del incienso,
 Como la luz del sol baña la tierra llana.
 ¿Que no puedes? Yo lo sé. De estrellas
 Añorándome está la novia muda;
 Yo en mis entrañas tallaré una rosa,
 Y como quien engarza en plata una—
 Mi corazón engazaré en su seno:
 Caeré a sus pies, inerme, como cae
 Suelto el león a los pies de la hermosa
 Y con mi cuerpo abrigaré sus plantas
 Como olmo fecundo, que aprieta
 La raíz de un mal; mi planta humana
 Mime en plata, mi mujer de estrella,
 Hacia mí tenderá las ramas pías
 Y me alzaré, como cadáver indio,
 Me tendrá expuesto al sol, y de sus brazos
 Me irá perdiendo en el azul del cielo,
 ¡Pues así muero yo de ser amado!

TODO SOY CANAS YA...

TODO soy canas ya, y aún no he sabido
 Colmar mi corazón: como una copa
 Sin vino, o cráneo, rechazo
 La beldad insensata:—y el sentido
 ¡Ay! no lo es sin la beldad. ¡El sumo
 sentido es la beldad! ¿en qué soñadas
 Cárceles, nubes, rosas, joyas vive
 La que me rinda el corazón y dome
 Con doble encanto mi ansia de hermosura?
 Con su bondad me obliga la que en vano
 Quiere mi mente acompañar: la astuta
 Que con ágil belleza y luces de oro
 Llega volando, y en mis labios secos
 Bebe la última miel, y en mis entrañas
 Con el ala triunfante se abre un nido,—
 Antes que el sol que me la trajo abroche
 Su cinto rojo al mundo, antes que muera
 El insecto que vive sólo un día,

Ya me enseñó la máscara, y la horrenda
 Desnudez y flacura de los huesos.
 Como vapor, como visión, como humo,
 Ya la beldad de las mujeres miro.
 Velos de carne que el tablado esconden
 Donde siega cabezas el verdugo
 O al más alto postor, cual bestia en cueros,
 Vende el rematador la mercancía.
 Feria es el mundo: aquella en blando encaje
 Como un cesto de perlas recogida;
 Aquella en sus cojines reclinada
 Como un zafiro entre ópalos; aquella
 Donde el genio sublime resplandece
 En el alma inmortal, cual vaga el fuego
 Fatuo entre las hediondas sepulturas,
 Ni fuego son, ni encaje, ni zafiro
 Sino piara de cerdos.

¡Flor oscura,
 A ti, para morir, el alma ansiosa
 Tras sus jornadas negras se encamina!
 Tú no te pintas, flor del campo, el rostro
 Ni el corazón: no sepas, ay, no sepas
 Que no aplacas mi sed, pero tu seno
 Honrado es sólo de ampararme digno.
 Mancha el vicio al poeta, o la locura
 De amar lo vil: con la coraza entera
 Ha de morir el hombre: ¡me lastima
 Ya la coraza!: endulza, novia, endulza
 El dolor de dejarte: luego, luego
 Será el festín: ¿no ves que donde muere
 El hueso nace el ala?: ¡tú de estrellas
 Sabes y de la muerte: tú en las ruinas

Reinas, flor de bondad, dulce señora
 Del páramo candente, o el fragoso
 Campo de lava en que el jardín expira!
 En las luchas de amor las palmas rindo
 A la virtud constante y silenciosa.

YO NI DE DIOSES...

YO ni de dioses ni de filtro tengo
 Fuerzas maravillosas: he vivido,
 ¡Y la divinidad está en la vida!:
 ¡Mira si no la frente de los viejos!

Estréchame la mano: no, no esperes
 A que yo te la tienda: ¡yo sabía
 Antes tenderla, de mi hermoso modo
 Que envolvía en sombra de amor el Universo!
 Hoy, ya no puedo alzarla de la piedra,
 Donde me asiento: aunque el corazón en
 Plumas nuevas se viste y tiende el ala.
 ¡No acaba el alma humana en este mundo!
 Ya cual bucles de piedra, en mi mondado
 Cráneo cuelgan mis últimos cabellos;
 ¡Pero debajo no! ¡debajo vibra
 Todo el fuego magnífico y sonoro
 Que mantiene la tierra!

¡Ven y toma
 Esta mano que ha visto mucha pena!
 Dicen que así verás lo que yo he visto.
 ¡Aprieta bien, aprieta bien mi mano!—
 ¡Es bueno ir de la mano de los jóvenes!
 ¡Ahí, de sombra a luz, crece la vida!
 ¡Déjame divagar: la mente vaga
 Como las nubes, madres de la tierra!

Mozo, ven, pues: ase mi mano y mira:
 Aquí están, a tus ojos, en hilera,
 Frías y dormidas como estatuas, todas
 Las que de amor el pecho te han movido
 ¡Las llaves falsas, Jóveno, del cielo!
 Una no más sencillamente lo abre
 Como nuestro dominio: pero nota
 Como estas barbas a la tierra llegan
 Blancas y ensangrentadas, y aún no topo
 Con la que me pudiera abrir el cielo.
 En cambio, mira a mi redor: la tierra
 Está amasada con las llaves rotas
 Con que he probado a abrirlo:—¡y que éste es todo
 El mundo dicen los bellacos luego!
 ¡Viene después un cierto olor de rosa,
 Un trono en una nube, un vuelo vago,
 Y un aire y una sangre hecha a besos!
 ¡Pompa de claridad la muerte miro!
 ¡Palpa cual, de pensarla, están calientes,
 Finos, como si fuesen a una boda,
 Ágiles como alas, y sedosos
 Como la mocedad después del baño,
 Estos bucles de piedra! Gruñes, gruñes
 De estas cosas de viejo...

Ahí están todas
 Las mujeres que amaste; llaves falsas
 Con que en vano echa el hombre a abrir el cielo.
 Por la magia sutil de mi experiencia
 Las miro como son: cáscaras todas.
 Esta de nácar, cual la Aurora brinda,
 Humo como la Aurora: ésta de bronce:
 Marfil ésta; ésa ébano; y aquélla,
 ¡De esos diestros barrillos italianos
 De diversos colores...! ¡cuenta! Es fijo...
 ¿Cuántos años cumpliste? ¿Treinta? Es fijo
 Que has amado, y es poco, a más de ciento:
 ¡Se hacen muy fácilmente y duran poco,
 Las estatuas de cieno! Gruñes, gruñes
 De estas cosas de viejo...

...¡A ver qué tienen
 Las cáscaras por dentro! ¡Abajo, abajo
 Esa hermosa de nácar! ¡qué riqueza
 Viene al suelo de espalda y hombros finos!
 ¡Parece una onda de ópalo cuajada!
 ¡Sube un aroma que perfuma el viento,
 Que me enciende la carne, que me anubla
 El juicio, a tanta costa trabajado!
 Pero vuélvela a diestra y siniestra,
 A la luna y el sol: ¡no hay nada adentro!

¿Y en la de bronce? ¿qué hallas? ¡con qué modo
 Loco y ardiente buscas! aún humea
 Esa de bronce en restos: ¿qué has hallado
 Que con espanto tal la echas en tierra?
 ¡Ah, lo que corre el duende negro: un cerdo!

Y ¿ésa? ¡una uña! Y ¿ésa? ¡ay! una piedra
 Mas dura que mis bucles: ¡la más terrible

Es esa de la piedra! Y ¿esta moza
 Toda de colorines? ¡saca! ¡saca!
 ¡Esta por corazón tiene un vasillo
 Hueco, forrado en láminas de modas!
 ¿Esa? ¡inada! ¿Esa? ¡inada! ¿Esa? Una doble
 Dentadura, y manchado cada diente
 De una sangre distinta: ¡mata, mata!
 ¡Mata con el talón a esa culebra!
 Y ¿ésa? ¡Una hamaca! Y ¿ésa, pues, la última,
 La postrer de las cien, qué le has hallado
 Que le besas los pies, que la rehaces
 De prisa con tus manos, que la cubres
 Con sus mismos cabellos, que la amparas
 Con tu cuerpo, que te echas de rodillas?
 ¿Qué tienes? ¿qué levantas en las manos
 Lentamente como una ofrenda al cielo?
 ¿Entrañas de mujer? No en vano el cielo
 Con una luz tan suave se ilumina.
 ¡Eso es arpa: eso es sol...!
 ¿De cien mujeres, una con entrañas?
 ¡Abrazala! ¡arrebátala! con ella
 Vive, que serás rey, doquier que vivas:
 Cruza los bosques, que los lobos mismos
 Su presa te darán, y acatamiento:
 Cruza los mares, y las alas lomo
 Blando te prestarán; los hombres cruza
 Que no te morderán, aunque te juro
 Que lo que ven lo muerden, y si es bello
 Lo muerden más; y dondequier que muerden
 Lo despedazan todo y envenenan.
 ¡Ya no eres hombre, Jóveno, si hallaste
 Una mujer amante!: o no — ¡ya lo eres!

CARTAS RIMADAS

A ADELAIDA BARALT

AYER, linda Adelaida, en la pluviosa
Mañana, vi brillar un soberano
Arbol de luz en flor,—¡ay! un cubano
Floral,—nave perdida en mar brumosa.

Y en sus ramas posé, como se posa,
Loco de luz y hambriento de verano,
Un viejo colibrí, sin pluma y cano
Sobre la rama de un jazmín en rosa.

¡Mas parto, el ala triste! cruzo el río,
Y hallo a mi padre audaz, nata y espejo
De ancianos de valor, enfermo y frío.

De nostalgia y de lluvia: ¿cómo dejo
Por dar, linda Adelaida, fuego al mío,
Sin fuego y solo el corazón del viejo?

JOSÉ MARTÍ

A ADELAIDA BARALT

*De una novela sin arte*¹⁶

LA comisión ahí envió:
¡Bien haya el pecado mío
Ya que a Vd. le deja parte!

Cincuenta y cinco fue el precio:
La quinta es de Vd., la quinta
De cincuenta y cinco, pinta
Once, si yo no soy necio.

Para alivio de desgracias
¡Sea!: de lo que yo no quiero
Aliviarme es del sincero
Deber de darle las gracias.

JOSÉ MARTÍ

[1885]

¹⁶ Se refiere Martí a la novela *Amistad Furesta*, que publicó en *El Latino Americano* de Nueva York, con el seudónimo de *Adelaida Ral*. Los editores de la revista le encargaron una novela a la señorita Adelaida Baralt, pero ella trasladó el encargo a Martí.

A ENRIQUE ESTRÁZULAS

TÉNGAME amistad mayor
Por no escribirle, que ese
Silencio, aunque a Vd. le pese,
No es silencio, que es pudor.

Y hágole aquí la limosna
De callar: ve que no vengo
Con usura; pero tengo
Mucho que hacer para el "Vesna"

Como ando al vuelo, me excusa
Tanta rima en participio,
Y tanto relleno y ripio,—
¡Los postizos de la Musa!

¡Oh, mi amigo,—esos retoños
De pensamiento en tortura!
¡Ese afeitar la hermosura
Con guirindainas y moños!

Gusto de echar del ardiente
Cerebro lo que en él danza,
Como danza en él:—si lanza,
¡Pues lanza resplandeciente!—

A gusto sólo me halio
Libre como el indio esbelto:
¡Desnudo como él; resuelto
Como él; desnudo, a caballo!

Pero yo le diré al menos
Cómo fue; fue que creí
Que, como Vd. es bueno, así
Todos los hombres son buenos.

Sabe Vd. que para mí
No hay agua, ni pan, ni sol,
Mientras mande el español
En la tierra en que nací.

Y no por aquel brutal
Odio, que en mi alma no cabe;
Sino porque España sabe
Vivir bien y mandar mal.

Muy puestecitos de un lado
Estaban, y en su buen rollo,
Los cien pesos de mi escollo
Cuando dejé el Consulado:

Muy amenas de mirar,
Muy seguros de vencer,
Muy contentos de irlo a ver,
Muy ganoso de viajar...

Esto que en gorja le charlo,
Lo voy en gorja diciendo;
¡Pero se me van saliendo
Las lágrimas al contarlo!

Hallé—que a poner corría,
So capa de santa guerra,
La libertad de mi tierra
Bajo nueva tiranía.

Hallé—¡oh cállelo!—que aquellos
A quienes todo me di,
So capa de patria, ¡ay mí!
Sólo pensaban en ellos;

Y gemí, por la salud
De mi pueblo, y trastorné
Mi vida, mas les negué
El manto de mi virtud.

De mí, a nadie cuenta di:
A nadie en mi ansia llamé,—
¡Siempre la soberbia fue
Defecto muy grande en mí!

El plan que urdí con cuidado
Se me vino a tierra, y miento
En eso del llamamiento:—
¡A un amigo, sí he llamado!

Púseme a tajo y destajo
A buscar trabajo,—y digo
Que, amén de Vd., no hay amigo
Más constante que el trabajo.

¡Hallélo, hallélo, por fin!—
Jamás novio recibió
A su novia, como yo
A este trabajo ruin..

Por él en paz desafío
A cuanto torpe quisiera
Que al mundo prostituyera
El limpio espíritu mío;

Por él me quedo otra vez
Libre del odioso influjo
De los pueblos donde el lujo
Se compra con la honradez.

Viva yo en modestia oscura;
Muera en silencio y pobreza;
¡Que ya verán mi cabeza
Por sobre mi sepultura!

¿Que en cuál cárcel mis ideas
Pongo ahora en duro recinto?
¿Que dónde me aprieto el cinto
Para mayores peleas?

No ría, amigo, no ría:
¡Tiene el silencio batallas
Donde suenan más ferrallas
Que en la mayor ferrería!

Y así vivo, y no lo sé:—
Comido de un mal ardiente;
¡Siempre una visión enfrente!
¡Siempre el alemán al pie!

¿Se entra un amor por el alma
Dulce como luz nocturna,
Como el ámbar entra en la urna,
O entra en el cielo una palma?

¿Se alza en el pecho un impulso
Que echa el cuerpo de la silla,
Y enciende en sol la mejilla
Y pone al galope el pulso?

¿Manda una voz singular
Al alma que ame, y se extienda?
—“¡Agradeço a sua encomenda
Pelos ferros d'engommar!”

¿Salta el acero en la mano
O en los labios la palabra,
O en el alma Jesús?—“¡Abra
Conta ao Snr. Campuzano!”

¿Qué si no el grato recuerdo
De su alma noble, pudiera
Calmar un poco esta hoguera
Que me come el lado izquierdo?

A NÉSTOR PONCE DE LEÓN

N. Y., 21 de octubre de 1889

A mi señor
Néstor Ponce de León:

Viene a decirme Capriles
Que alguien dijo en Broadway
Que en mi discurso exclamé:
“¡Los anexionistas viles!”

¡Bien, y con mucha razón
Me mandó usted el recado
De tenerme preparado
El espinudo bastón!

Miente como un zascandil
El que diga que me oyó
Por no pensar como yo
Llamar a un cubano “vil”.

Viles se puede llamar
A los que al lucir el sol
Del Diez, con el español
Fueron, temblando, a formar.

Los que al hombro los fusiles,
Negra el alma y blanco el traje,
Ayudaron al ultraje
De su patria—ésos son viles.

Vil viene bien, y no menos,
Al que por la paga vil,
Mata el ánimo viril
Entre los cubanos buenos.

Pero el que duda—¡yo no!
¡Yo no dudo!—que su tierra
Puede después de la guerra
Vivir con paz y con pro;

Al que comparte la fe—
La fe que yo no comparto—
En el cariño del parto,
Que pudo ser y no fue;

Al que piensa—¡yo no pienso
Así!—que, en tanto desdén,
Es dable un inmenso bien
Sin un sacrificio inmenso;

Al que, por odio a la guerra,
Prefiera—¡yo no prefiero!—
El comerciante extranjero
A la virtud de su tierra;

Ese, ¡quién sabe si arguya
En vano! ¡si en la mar fía!
Pero si su tierra es mía,
También es mi tierra suya.

Y puede, de igual derecho,
En brazos de otro soñarla,
Como sueño en conquistarla
Mano a mano y pecho a pecho.

¡Qué dijera yo de aquel
De opinión diversa, si
Me llamara vil a mí
Por no opinar como él!

No hiero al mismo español,
de quien la sangre heredé.
¿Y fraticida heriré
A mi hermano en pena y sol?

A mis hermanos en pena
No los he de llamar viles,
Los viles son los reptiles
Que viven de fama ajena.

Todo esto es muy simple, todo
Es que nos daban por muertos
El Diez, y al vernos despiertos
Cierran el paso con lodo.

¡Pero quisiera ver yo
Frente a frente al zascandil
Que dice que llamo vil
A mi hermano y que me oyó!

Donde no nos puedan ver
Diré a mi hermano sincero:
“¿Quieres en lecho extranjero
A tu patria, a tu mujer?”

Pero enfrente del tirano
Y del extranjero enfrente.
Al que lo injurie: “¡Deténte!”
Le he de gritar: “¡Es mi hermano!”

En la patria de mi amor
Quisiera yo ver nacer
El pueblo que puede ser,
Sin odios y sin color.

Quisiera, en el juego franco
Del pensamiento sin tasa,
Ver fabricando la casa
Rico y pobre, negro y blanco.

Y cuando todas las manos
Son pocas para el afán,
¡Oh, patria, las usarán
En herirse los hermanos!

Algo en el alma decide,
En su cólera indignada,
Que es más vil que el que degrada
A un pueblo, el que lo divide.

¿Quién con injurias convence?
¿Quién con epítetos labra?
Vence el amor. La palabra
Sólo cuando justa, vence.

Si es uno el honor, los modos
 Varios se habrán de juntar:
 ¡Con todos se ha de fundar,
 Para el bienestar de todos!

Su

MARTÍ

A JUAN BONILLA

JUAN amigo, y mi señor,
 No ha podido usted hacer
 Cosa a sus años mejor
 Que tomar dueña y mujer.

Dos cosas son en verdad
 Las prendas de la salud:
 En el pensar, libertad;
 En amor, esclavitud.

Con la rodilla rendida,
 Bese en mi nombre la mano
 A la que alegra la vida
 De un caballero cubano.

Muy pronto voy a ir a ver
 —Cuando ande menos al vuelo—
 A los que van a saber
 De qué color es el cielo.

Esté solo, solo, junto
 Con su esposa, con su amiga:
 Yo inspector celoso, apunto
 La socia nueva a la Liga.

JOSÉ MARTÍ

Marzo 1, 1890

A JUAN BONILLA

MI querido amigo Juan:

He puesto ahora mismo el nombre
 De usted como ejemplo de hombre,
 En unas cartas que van
 Camino al Cayo, y dirán
 Al constante Cayo Hueso
 Que en esta angustia y exceso
 De oficio que ahoga mi vida,
 Por lo noble no lo olvida
 Su amigo: ni olvida el \$1.00.

Su

MARTÍ

A SERAFÍN SÁNCHEZ

MI señor don Serafín:
 ¿Conque muerto, y no sé qué
 Más, y que ya piensa usted
 Que “mi amor llegó a su fin”?

Si lo piensa, mal pensó;
 Lo que pasa, lo que sí
 Es gran verdad, es que aquí
 No hay más que un muerto, y soy yo.

De tanto ver padecer
 Sin ver cómo consolar,
 Y tanto amargo llorar
 Donde no lo dejo ver;

De tanto esperar en vano
 Con el corazón deshecho
 Que le vuelva el alma al pecho
 Al triste pueblo cubano;

De tanto mover la pluma
 Por obligación y oficio,
 Sin más fruto y beneficio
 Que un poco de pan y espuma;

De tanto esforzar los bríos
 Que—siguiendo el noble ejemplo
 De un don Serafín, retiemple
 Más, mientras más son los fríos;

De tanto avivar la fe
 Que se muere, o que se esconde,
 De tanto cuidar adonde
 Nadie cuida, y nadie ve;

De tanto alzar con mis manos
 Pobres, oscuras y solas,
 Sobre la hiel y las olas,
 Casa igual a mis cubanos;

De tanto esperar—¡es cierto
 Que lo espero cada un día!—
 Que acabe al fin la agonía
 En el reposo del muerto,

Me entran como temporales
 De Silencio—precursor
 De aquel silencio mayor
 Donde todos son iguales.

Sólo para mi deber
 De vivir como hombre honrado,
 Tiene el brazo, fatigado
 De escribir, sangre y poder.

Y luego de hacer el pan
Con el dolor cotidiano,
Muerta la pluma en la mano,
Me envuelvo en el huracán.

Dura un mes, dura dos meses
El silencio extraño, y luego
Renace, con nuevo fuego
El campo, y con nuevas mieses.

Y en cada espiga del trigo
De estas penosas cosechas
Verá, quien mire a derechas:
"Don Serafín es mi amigo".

Le cuentan juntos los granos—
Juntos, en sabios letreros:
¿Para qué somos sinceros?
¿Para qué somos cubanos?

¿Para quién, en estas pascuas?
¿Para quién, en esta hiel,
Pensando en Carlos Manuel,
Compré un vapor en las pascuas?

Rojo de puro coraje,
Así me dice el vapor:
Pero, mi amigo y señor,
¿Cuándo emprendemos el viaje?

Y yo pensando en la espuma
Que lleva al Cayo querido,
Por Carlos Manuel vencido,
Vuelvo la vista a la pluma.

Adiós. El vapor irá
En la semana que viene:
Ya lo tiene, ya lo tiene
Un amigo que se va.

Y de mí le he de decir
Que en seguirlo, sereno,
Sin miedo al rayo ni al trueno
Elaboro el porvenir.

Su

JOSÉ MARTÍ

Feb. 21, 1895